

SERIE OBSIDIANA: LIBRO T

• PROMES
NEGR

NUESTRO AMOR ESTÁ SELI

SERIE OBSIDIANA: LIBRO TRES

• PROMESA •
NEGRA

NUESTRO AMOR ESTÁ SELLADO.



VICTORIA QUINN

PROMESA NEGRA

VICTORIA QUINN

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y sucesos representados en esta novela son ficticios o se han usado de forma ficticia. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún

medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de recuperación y almacenaje de

información, sin el permiso por escrito del editor o de la autora, salvo en el caso de un

crítico, que podrá citar breves pasajes en una crítica.

Promesa negra

Copyright © 2017 de Victoria Quinn

Todos los derechos reservados

Capítulo 1

Rome

ESTABA SOLA EN CASA PORQUE CALLOWAY SE HABÍA MARCHADO AL RUIN.

Me había dicho que tenía asuntos importantes de los que ocuparse y que no podía dejarlos de lado. Había apostado a un guarda fuera de la casa para que tuviera el lugar vigilado y yo no

quedara desprotegida.

A pesar de que aquel hombre era un profesional entrenado y tenía un arma, yo seguía prefiriendo la protección de Calloway. Me había acostado con él porque no podía seguir manteniendo las piernas cerradas. Al no haber tenido ni rastro de acción durante seis semanas, me había vuelto loca. Y saber que aquel hombre grande y sensual estaba justo al otro lado del pasillo había puesto a prueba mi paciencia.

Así que había sucumbido.

Nada había cambiado entre nosotros y, para colmo, Calloway se había largado al Ruin justo después. Así que las posibilidades de que pudiéramos llegar a un acuerdo en algún momento eran escasas.

Había dormido en mi propio cuarto, porque no tenía ni idea de cuánto tiempo tardaría en volver. Mi parte insegura se preguntaba si estaría tirándose a una sumisa en aquel mismo instante, a alguna mujer a la que le gustara tener una cadena alrededor del cuello. Acababa de hacerme el amor a mí, pero podría haberse lanzado de cabeza a mantener relaciones salvajes con otra persona.

Tuve que recordarme a mí misma que Calloway nunca haría eso.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, estaba sola en la cama. Si Calloway había vuelto a casa, debía de haberse quedado en su propio dormitorio para no molestarme. Como todas las mañanas, me preparé para ir a trabajar, y entonces me topé con él en la planta baja.

Parecía exhausto, como si hubiera vuelto tarde la noche anterior. De hecho, parecía que no había pegado ojo.

—Buenos días.

Me puse el bolso en el hombro.

—Buenos días.

Nos marchamos juntos, y su chófer nos llevó hasta la oficina.

Como siempre, entramos juntos; el resto de los trabajadores ya sabía, sin lugar a dudas, que estábamos oficialmente liados. Mis compañeros no me trataban como antes, como si temieran que cualquier cosa que dijeran llegara directamente a los oídos de Calloway.

Odiaba aquello.

En lugar de irse a su despacho como de costumbre, me

acompañó hasta el mío.

—No hace falta que...

—Quiero hablar contigo después del trabajo. Es importante.

—Se quedó frente a mí, cavilando con sus vibrantes ojos azules.

Con aquel traje, parecía una fuente de poder. No sólo poseía aquel edificio, sino la ciudad al completo.

—Vale... —Debía de tratarse del revolcón de la noche anterior,

pero no sabía por qué querría sacar aquel tema justo en ese momento para dejarme intrigada todo el día.

Sin pronunciar una palabra más, se giró y se alejó por el pasillo, con aquel culo prieto dentro de los pantalones de vestir.

En cuanto se hubo marchado, quise que volviera. No quería pasarme el día sentada en la oficina sabiendo que él estaba en el otro extremo del edificio. Quería saber de qué quería hablar, y si eran buenas o malas noticias.

AL FINAL DEL DÍA, se acercó a mi oficina. Callado, pero rebotante de autoridad, se apoyó contra el marco de la puerta, proclamando su presencia únicamente con su poder.

Lo sentí a mis espaldas, así que me di la vuelta en la silla para

mirarlo.

Estaba de pie con las manos en los bolsillos del traje; sus hombros eran extraordinariamente anchos y fuertes. Recordé lo que sentía al pasarle las uñas por la espalda: los músculos se le tensaban y vibraban bajo mis caricias.

Cogí mis cosas y me preparé para marcharme, respondiendo a la orden callada que me había dirigido. Era como un hombre de las cavernas: esperaba que yo leyera su lenguaje corporal para entender lo que quería. Me reuní con él en la puerta y salimos juntos; era mi guardaespaldas privado y silencioso, toda una amenaza inminente.

Su chófer nos llevó de vuelta a su casa, cerca de los límites de la ciudad. Me sentí tentada de preguntarle de qué quería hablar, pero como él no había sacado el tema, di por hecho que prefería esperar a que estuviéramos los dos solos.

Entramos y yo me quité los tacones, como hacía habitualmente cuando me alojé en su casa durante unos meses. Cerró la puerta a nuestras espaldas y se volvió hacia mí de inmediato con una expresión sombría. No estaba claro si estaba enfadado o simplemente serio. Últimamente no era capaz de

descifrar sus expresiones. Estaba tan fuera de sí por la rabia que era impredecible.

—No sé si puedo darte todo lo que quieres, como la casa con la valla de madera y los niños... pero puedo darte esto. —Se sacó una caja del bolsillo y la abrió, revelando un anillo hecho de oro blanco con un diamante negro.

Sabía que no iba a proponerme matrimonio, pero tampoco entendía qué era lo que estaba intentando decir.

—Le he cedido el Ruin a Jackson. Ahora es suyo. Ya no tengo nada que ver con ese lugar.

Ahora que sabía la dirección que estaba tomando aquella conversación, casi no podía respirar. Había dicho que no renunciaría a nada por mí. Que era algo que le resultaría imposible hacer. Pero ahí estaba, demostrando un compromiso que yo no había creído que fuera capaz de mostrar.

—Pero quiero que lleves esto, y yo llevaré el mío. En mi mundo, es una señal de compromiso, fidelidad y lealtad entre la persona dominante y la sumisa. Significa que somos monógamos, que somos pareja. No tienes que ser mi sumisa. Podemos ser lo que tú quieras que seamos, pero quiero que lo

lleves de todas formas. Esa es mi única condición.

Observé el precioso anillo. El diamante negro captaba la luz y, de algún modo, la reflejaba. Transmitía la intensidad de Calloway, su melancolía y su adoración constantes. Vi su rostro en cuanto miré el anillo, examinando la alianza que complementaba la suya de un modo perfecto.

—¿Vas a darme lo que quiero?

—Sí. —Sacó el anillo de la caja y se la volvió a guardar en el bolsillo—. Seré tu novio. Nada más.

Contemplé el anillo con las manos sobre el pecho, dándome cuenta de que aquello era tan importante como una propuesta de matrimonio. Él estaba dándole la espalda a su estilo de vida para poder estar conmigo, algo que le resultaba extremadamente difícil.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—La noche de ayer. —Me cogió la mano derecha y sostuvo el anillo frente a mi dedo anular—. ¿Eso es un sí?

Era exactamente lo que yo quería. No me importaba que me hubiera mentido en un principio, ni que hubiera sido el dueño del Ruin. Lo había echado tanto de menos durante las últimas seis

semanas que ya me daba absolutamente igual. Quería a aquel hombre, para siempre.

—Por supuesto.

Finalmente me lo deslizó por el dedo, haciéndolo pasar por el pequeño nudillo hasta que se ajustó perfectamente contra la base. Contempló el diamante negro sobre mi dedo antes de llevárselo a los labios y besarme el dorso de la mano, sin apartar los ojos de mí en ningún momento.

Sentí un escalofrío bajándome por la espalda, un ardor que abrasó cada centímetro de mi piel.

Me acorraló contra la pared y me hundió una mano en el pelo, reclamándome con un beso que me dejó sin respiración. Su cuerpo poderoso se oprimió contra el mío y, al tacto, su físico cincelado me pareció un muro.

Volvió a enterrar los dedos en mi pelo de forma posesiva, reclamándome como suya una vez más. Esta vez no me dejaría ir. No me dejaría ir nunca.

Con la otra mano me bajó la cremallera del vestido hasta desabrocharlo. Me lo quitó y dejó que la tela cayera formando un montón en el suelo. En lugar de quitarme las bragas, me las

arrancó con sus propias manos. Se partieron por la costura,

desarmándose hasta que cayeron sobre el vestido.

Yo le quité la chaqueta y le aflojé la corbata. Mi boca se movía con la suya, ansiosa por obtener más de sus labios y su lengua.

Cada vez que creía haber recuperado la respiración, él volvía a arrebatármela. Le desabroché el cinturón y por último le abrí los pantalones, deseando liberarlo.

Cuando su erección estuvo a la vista, me levantó y me inmovilizó contra la puerta. Me sostuvo alzada con su cuerpo, mientras una de sus manos permanecía en mi pelo. Entonces se hundió en mi interior, tomando mi entrepierna como si fuera suya.

Nunca me había acostumbrado a tener aquel miembro enorme dentro de mí. Era muy grande y yo era muy pequeña, pero adoraba cada segundo de dolor, cada segundo en el que mi cuerpo se estiraba sólo para adaptarse a él.

Me tomó contra la pared, contrayendo el trasero con cada embestida. Yo podía ver nuestro reflejo en el espejo de la pared opuesta, y contemplé cómo su cuerpo fuerte subyugaba el mío.

Me sostenía en volandas con facilidad, como si yo careciera de peso, y continuó penetrándome como si no hubiéramos hecho el amor la noche anterior.

—Ahora eres mía. ¿Lo entiendes?

Su autoritarismo salió a la luz, pero no me importó lo más mínimo. Él había sido mío todo el tiempo que habíamos estado separados. Si hubiera estado con otra mujer, lo habría considerado un acto de traición.

—Sí.

—Dilo.

Estaba a punto de correrme. Ya podía notarlo.

—Soy tuya...

NOS DUCHAMOS juntos en su cuarto de baño, en la planta de arriba; el agua caliente caía sobre nosotros, aliviando nuestros cuerpos después del sexo salvaje que habíamos practicado contra la pared. Yo todavía llevaba mi anillo, y me había fijado en que él nunca se quitaba el suyo.

—¿Empezaste a llevarlo por mí?

Se aclaró el champú del pelo y miró el anillo negro que llevaba en la mano derecha.

—Sí.

—¿Para que la gente supiera que estabas comprometido conmigo?

Sus ojos encontraron los míos, oscuros e intensos. La única respuesta que me dio fue un beso ardiente, de esa clase que es una mezcla de labios y lengua. Volvió a apartarse y cogió una pastilla de jabón.

Le quité la pastilla de la mano y le enjaboné el pecho con ella. Me encantaba tener cualquier excusa para tocarlo, así que le acaricié la piel con la punta de los dedos. Se los pasé por los hombros y los bajé por el pecho, sintiendo la fuerza que residía debajo. Estaba empalmándose otra vez, a pesar de que acabábamos de disfrutar de un sexo del que ninguno de los dos podíamos quejarnos.

—Bueno... ¿y ahora hacia dónde van las cosas?

—No lo sé, cariño. Hacia donde nosotros queramos.

Él había dicho que no estaba seguro de poder casarse y tener hijos, pero yo estaba segura de que, si le daba suficiente tiempo, cambiaría de opinión. Teníamos que tomárnoslo poco a poco, paso a paso.

—¿Podrás soportar tener sexo vainilla todo el tiempo?

Observó cómo le frotaba el jabón por el cuerpo mientras la espuma se fundía sobre su piel.

—Haré todo lo posible. Es mejor que vivir sin ti. Después de

seis semanas así, ya no podía seguir soportándolo. Sin duda prefiero intentar que esto funcione antes que encontrar a otra persona que no signifique nada para mí.

Me temblaron ligeramente las manos mientras le frotaba el jabón por la piel, conmovida por sus palabras.

—No tenías que dejar el Ruin por mí. En realidad eso nunca me ha supuesto un problema, sino el hecho de que quisieras que fuera tu sumisa. —Volví a mover la mano, pasándole el jabón por el pecho duro y por el vientre aún más duro.

—No es un buen ambiente para mí. No haría más que tentarme. —Me quitó el jabón de la mano y empezó a frotarme, haciendo espuma sobre mi piel y masajeándome las tetas como si estuvieran muy sucias—. Estoy seguro de que Jackson se las apañará. Y si no, siempre puede llamarme.

Aún me costaba creer que hubiera hecho aquello por mí.

—¿Estás seguro de esto?

Calloway me puso la mano en la barbilla y me levantó la cara, forzándome a mirarlo.

—Lo único que sé es que no puedo perderte. Así que si esto es lo que tengo que hacer, lo haré.

AHORA ERA la oveja negra de Humanitarians United. Ya no me invitaban a comer con el resto de los empleados, y cada vez que entraba en una sala, la conversación se apagaba como si hubieran estado hablando de mí.

Era una mierda.

Me había imaginado que las cosas serían difíciles cuando supieran que me acostaba con Calloway, pero no esperaba que todo cambiara de forma tan drástica. A todos les había caído bien antes de que supieran que tenía una relación sentimental con el jefe. Seguía siendo una buena trabajadora a la que le apasionaba su trabajo. Siempre lo daba todo, pero aquello no pareció importarles.

Ahora sólo era la amante del jefe.

A la hora de la comida, Calloway pasó por mi oficina. Se apoyó contra el marco de la puerta y anunció su presencia

silenciosamente.

Yo noté que estaba allí porque la electricidad abundaba en el aire. Me abrasaba la piel y hacía que sintiera calor por todas partes. Me giré y lo miré con ese aspecto de modelo que tenía con el traje negro.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Owens?

Su mirada se volvió un tono más oscura, un poquito más amenazadora.

Supe que había dicho algo equivocado.

—Vamos a comer. —Hizo un gesto en dirección al pasillo—.

Ahora.

Odiaba que me dijeran qué hacer, pero como todo el mundo estaba por allí, no discutí con él. Ya me odiaban, y no quería darles ninguna razón para odiarme más. Cogí el bolso y salí al pasillo con él. Cuando estuvimos en el ascensor, le dije lo que pensaba.

—No me gusta que me digan qué hacer.

Mantuvo las manos en los bolsillos y se quedó de pie al otro lado del ascensor, manteniéndose lejos de mí a propósito.

—Pues qué pena.

—¿Qué pena? —pregunté con frialdad—. ¿Y eso qué se supone que quiere decir?

El ascensor continuó descendiendo hasta la planta baja.

—He renunciado a mi estilo de vida por ti, por si se te había olvidado. Puedes dejar que sea un dominante de otros modos.

Cuando diga que vamos a ir a un sitio, vamos a ese sitio.

—Yo no he accedido a eso —le espeté—. Dijiste que serías mi novio.

—Soy tu novio. —Se giró hacia mí con la mirada fría—. Haré todo lo que me pidas, pero no esperes que cambie quién soy.

Además, sé que te gusta.

—Entonces ¿por qué estoy tan cabreada ahora mismo?

Se encogió de hombros.

—Y yo qué sé.

Entorné los ojos.

—Bueno, pues en el trabajo no lo hagas. —Tenía que admitir que sí me gustaba. Me gustaba cuando me decía que me inclinara hacia adelante para que pudiera penetrarme. Me gustaba cuando me decía que me acurrucara a su lado mientras dormíamos. A veces me excitaba, pero otras, como ahora, no me gustaba lo más

mínimo—. ¿Vale?

Volvió a mirar al frente, esperando a que las puertas se abrieran, ahora que ya estábamos en la planta baja.

—¿Vale? —insistí.

Esgrimía una leve sonrisa arrogante, apenas perceptible. Salió primero y mantuvo la puerta abierta para mí. Su silencio dejaba entrever que para él, la conversación había terminado.

Me guardé la ira para mí y salí. Calloway seguía caminando como si supiera exactamente adónde se dirigía. Cruzamos la calle y entramos en el vestíbulo de un hotel precioso.

—¿Aquí tienen restaurante?

Calloway se acercó al mostrador de recepción sin responder a mi pregunta.

—Reserva para Owens.

¿Reserva?

El recepcionista hizo unas cuantas cosas en el ordenador antes de entregarle la llave de una habitación.

—Disfrute de su estancia, señor.

—Gracias. —Calloway me agarró la mano y tiró de mí hasta el ascensor.

—¿Qué vamos a hacer?

El ascensor subió varias plantas antes de que la puerta volviera a abrirse.

—Vamos a follar y después vamos a comer. —Me cogió la mano y me llevó por el pasillo. Encontró la habitación y abrió la puerta. Detrás había una elegante suite, demasiado bonita para usarla sólo durante la hora de la comida.

—¿Lo dices en serio? —Calloway no era un tipo bromista, pero aquello era exagerado para él.

—Completamente en serio, cariño. —Cogió el teléfono y pidió dos platos de la carta al azar—. Tráiganlo en veinte minutos.

—Colgó y se giró hacia mí, ya desatándose la corbata que rodeaba su cuello marcado. Sus manos musculosas se movían con presteza, dejando caer prendas de ropa al suelo.

—Nunca hemos hecho esto.

—No, no lo hemos hecho, pero ahora las cosas son diferentes.

—Caminó hasta mí y me guio hacia atrás hasta que las rodillas me chocaron contra la base de la cama.

—¿Diferentes en qué sentido?

—Sabes qué tipo de hombre soy. Sabes qué tipo de

necesidades tengo. No te he tenido en seis semanas y ahora tenemos que recuperar el tiempo. —Me quitó la camiseta de un tirón por la cabeza y me empujó hacia la cama—. ¿O prefieres que te folle en el escritorio de mi oficina? La verdad es que yo lo prefiero, pero me imaginé que tú lo preferirías así. —Me quitó las bragas, pero me dejó los tacones puestos. La cama era alta, así que quedaba a la altura perfecta para sus caderas. Me arrastró al borde y dejó caer sus pantalones y sus bóxers al suelo.

Ahora que tenía aquella estupenda erección presionada contra mi abertura, no me importaba lo poco profesionales que estábamos siendo. Quería que estuviera dentro de mí, sentir el modo en que siempre me estiraba hasta que quedaba un poco dolorida.

—Te quiero dentro de mí. No me importa dónde.

Se le oscureció la mirada, y la comisura de la boca se le curvó en una sonrisa arrogante.

—Esa es mi chica. —Me metió el glande y recibió mi humedad con la suya propia. Lentamente, se deslizó en mi interior, estirándome mientras su sexo marcaba su territorio. Me agarró la parte posterior de las rodillas con las manos y me separó las

piernas. De su garganta escapó un fuerte gemido mientras hundía en mí cada centímetro de él—. Qué prieto lo tienes siempre.

Le agarré las caderas y tiré hacia mí mientras él empujaba, en un esfuerzo mutuo por sentir al otro lo máximo posible. Empezó con lentitud y suavidad, mientras los dos disfrutábamos de las sensaciones que nos producíamos. Pero cuando se convirtió en sexo salvaje, ambos ansiamos más del otro.

Me encantaba el modo en que me inmovilizaba al borde de la cama, manteniéndome quieta mientras él movía el cuerpo para follarme. Estaba tan desesperado por tenerme que me había llevado al otro lado de la calle durante nuestro descanso para comer sólo para echar un polvo. Eso me hacía sentir deseable e increíblemente sensual. Calloway no sólo decía frases bonitas para hacerme sentir atractiva. Siempre me tocaba y dejaba clara la atracción que realmente sentía por mí.

Clavó los ojos en los míos con aspecto majestuoso, mientras se mantenía erguido frente a mí. Su impresionante miembro continuaba enterrándose en mi interior, obligando a mi cuerpo a abrirle paso.

—Me encanta mirarte. —Me apretó las rodillas contra la cintura, manteniéndome completamente abierta para mayor disfrute de su erección.

Le rodeé las muñecas con las manos para tener algo a lo que agarrarme. Notaba cómo le latía el pulso contra las yemas de mis dedos, fuerte y poderoso. Podía sentir su excitación a través del intenso latido, la vibración bajo las yemas de mis dedos. Todo lo relativo a aquel momento me ponía, me excitaba hasta cumbres absolutamente nuevas.

—Calloway...

Soltó la mano izquierda y agarró mi mano derecha, entrelazando nuestros dedos para poder sentir el anillo que me había dado. Cuando tocó el metal, su mirada se ensombreció y recobró una nueva intensidad.

Mi orgasmo fue inesperado. Llegó de repente, sacudiéndome todo el cuerpo y obligándome a retorcerme. Arquee la espalda cuando la sensación me sacudió, y el grito que lo acompañó debió de llegar hasta la habitación contigua. Le empapé el sexo, y mi corrida enfundó su erección.

Él se inclinó sobre mí, sosteniendo su cuerpo enorme con sus

fuertes brazos. Meció las caderas contra mí con más fuerza, frotando el cuerpo contra mi clítoris palpitante. Me dio un último beso, lento y seductor, justo antes de correrse en mi interior. Me introdujo hasta el fondo su erección, casi golpeándome el cérvix, y arrojó toda su excitación dentro de mí. Tenía los ojos fijos en los míos, deseando observar cómo me llenaba de su semen. Un gemido suave le escapó del fondo de la garganta al terminar.

—Joder...

Le sostuve las caderas mientras lo mantenía dentro de mí, pues quería sentir nuestra conexión un instante más. Pronto llegaría el servicio de habitaciones y tendríamos que volver al trabajo, pero por ahora podía disfrutar de su miembro un poquito más.

No me tocó el pelo como hacía normalmente, probablemente porque no quería despeinarme antes de volver a la oficina. Me volvió a besar mientras su sexo se ablandaba dentro de mí.

—Quiero que sientas mi corrida el resto del día.

—Yo también...

Me miró a la cara con los ojos entrecerrados, claramente complacido con mi respuesta. Se inclinó hacia adelante y me

besó la frente; su beso era cálido y su olor, intoxicante. Después sacó su miembro mientras se incorporaba.

En el instante en que se alejó, sentí como si me faltara una parte de mí misma.

Alguien llamó a la puerta.

—Servicio de habitaciones.

Calloway se tomó su tiempo para ponerse la ropa, sin apresurarse por nadie.

Yo entré en el baño y cerré la puerta, porque estaba demasiado desastrada como para que me viera nadie. Oí cómo Calloway abría la puerta y cogía la bandeja antes de que el repartidor se marchara.

—Ya se ha ido, cariño.

Salí, ya con el pelo arreglado y la ropa alisada. Aún sentía dentro el peso de su semen, pesado y cálido.

Calloway había preparado la mesa delante del gran ventanal que daba a la ciudad. Había dos vasos de agua junto con nuestros entrantes. Había pedido ensaladas y sándwiches para los dos.

Fue a mi lado de la mesa y me apartó la silla, tal y como haría en un restaurante. Me acababa de follar en un hotel en mitad de su

hora de la comida, pero me trataba como a una reina un instante después.

Se sentó frente a mí y dio un sorbo a su agua; su mandíbula era cincelada y marcada. Su mirada era menos ardiente, menos intensa ahora que había conseguido de mí lo que quería. Empezó con la ensalada y comió despacio, desplazando la mirada hacia la mía de vez en cuando.

Yo comí en silencio, sin nada que decir ahora que nuestros cuerpos habían mantenido una extensa conversación.

—¿Cómo te tratan todos?

Dejé escapar una carcajada sarcástica.

—Todos me odian, Calloway. Y lo sabes.

Dio un mordisco a su sándwich y se tomó su tiempo para masticar. No devoraba la comida como la mayoría de los hombres a los que conocía. Era absolutamente imposible estar musculado cual soldado romano comiendo demasiado.

—Qué lástima. Siento oír eso.

Sacudí la cabeza porque no sabía qué decir.

—Sabía que ocurriría cuando empezamos a exhibirlo por la oficina así.

—No exhibimos nada. Tampoco es como si te hubiera follado en medio de una sala de conferencias durante una reunión.

—Pero es igual de obvio. Siempre llegamos juntos. Nos marchamos juntos. Y si alguien nos hubiera visto ir a comer, se habría dado cuenta de que hemos entrado aquí.

—¿Y qué? —preguntó con frialdad—. En la oficina nos comportamos de forma profesional. No deberían tratarte de modo distinto porque estés acostándote conmigo. No afecta a tus habilidades en el trabajo.

—Pero afecta a mi ética profesional.

Dio otro mordisco, tomándose su tiempo.

—Si alguien lo lleva demasiado lejos, avísame y lo despido.

Aunque me trataran como a una mierda, nunca se lo diría a Calloway. No me aprovecharía de mi relación con él sólo para hacer que mi vida fuera más fácil. Ese no era el motivo por el que estaba con él y no quería que él cuestionara mis sentimientos en ningún momento.

—Con el tiempo pasará. Se acostumbrarán a ello.

—Eso espero. —Sospechaba que siempre se mostrarían reticentes conmigo. Yo era leal a Calloway, así que tendrían

miedo de decirme cualquier cosa porque les preocupaba que yo le pasara la información a él. Ahora era la soplona de la oficina. La fulana de la oficina.

—No permitas que te afecte. —Puso su gran mano sobre la mía encima de la mesa, y me dio un ligero apretón. Las tenía llenas de venas y su fuerza resultaba evidente al ver los músculos de debajo.

Me sentía mejor cuando me tocaba así, cuando me abrazaba como si yo fuera la única mujer que le importaba. Mis labios dibujaron una sonrisa y le puse el pulgar sobre la mano.

—Gracias...

Se llevó mi mano a los labios y depositó un beso suave sobre mis nudillos, rozándome la piel con su cálido aliento. Sus ojos permanecieron fijos en los míos, llenos de afecto y atracción.

—Además, siempre puedes ser mi secretaria privada si las cosas no salen bien. —Movi6 de arriba abajo las cejas antes de soltarme la mano.

—Estoy bastante segura de que ya soy tu secretaria privada... en casa.

Capítulo 2

Calloway

NO ME ALEGRABA DE HABER RENUNCIADO A LA ÚNICA VIDA QUE HABÍA

conocido jamás, pero ya no podía seguir viviendo sin Rome.

Había algo en aquella mujer que me había cambiado. Me fortalecía, a pesar de que ya era fuerte. Me empujaba cuando ya no podía llegar más lejos. Me hacía sentir más hombre, porque era una mujer increíble.

Tenía que intentarlo.

Después del trabajo volvimos a casa y entramos en el edificio vacío que ambos compartíamos. Se estaba alojando en mi casa de forma temporal, o al menos eso era lo que ella creía. Yo tenía unos planes muy distintos para nuestro acuerdo.

Se quitó los zapatos de tacón junto a la puerta, como siempre.

Había llegado a adorar sus pequeñas costumbres, las cosas que hacía sin siquiera darse cuenta. Me encantaba el modo en que se cepillaba los dientes por la noche antes de ir a la cama. Me encantaba la forma en que se pasaba los dedos por el pelo húmedo justo antes de secárselo. Me encantaba el hecho de que estuviera igual de guapa sin maquillaje que cuando se arreglaba. Y me encantaba el aspecto que tenía llevando aquel anillo. El

diamante negro quedaba perfecto contra su piel pálida. Me encantaba poder reclamarla oficialmente, hacerla mía para siempre. Ahora que la había visto con aquel anillo de compromiso puesto, era absolutamente imposible que la dejara marchar.

En el instante en que estuvimos juntos con la puerta cerrada, quise hacer lo que más me gustaba. Quería que estuviera recostada sobre la espalda, con los muslos separados y los tobillos entrelazados alrededor de mi cintura. La oprimí contra la pared y la besé, exactamente en el lugar donde me la había follado el otro día. Puse las manos en la pared y la acorralé, asegurándome de que mi presa no pudiera escapar.

Estaba claro que ella no quería huir. Se derretía bajo mis caricias en el momento justo y llevaba las manos a mis brazos fuertes. Los sonidos quedos que emitía al besarme eran sensuales. No me hacía falta llevar los dedos a su entrepierna para saber que estaba empapada para mí.

Sabía que debía ir al gimnasio después del trabajo y volver a la rutina, pero no quería dejar sola a Rome. De hecho, no quería separarme nunca de ella. Quería tirármela día y noche. Mi mujer

había vuelto a mi vida y no quería desperdiciar ni un instante haciendo otra cosa cuando podía estar enterrado en su interior. La levanté y la llevé por las escaleras hacia mi dormitorio de la tercera planta. La coloqué sobre la cama con dulzura y empecé a quitarle capas de ropa. Aquella tarde sólo le había levantado el vestido y había hundido en ella mi erección, pero ahora quería tomarme mi tiempo, desnudarla para poder disfrutarla de verdad.

Cuando estuvo desnuda en la cama, observé su figura perfecta. Tenía las tetas bonitas, una cintura minúscula y una piel impecable. El demonio que había en mí quería azotarle la delicada piel con la palma de la mano hasta hacerla enrojecer. La excitación me abrumó sólo de pensarlo y se apoderó de mí el recuerdo de tener un cinturón de cuero en la mano, pero lo aparté y me concentré en el sexo sensual del que estaba a punto de disfrutar.

Me desvestí, tomándome mi tiempo para torturarla. Me desaté lentamente la corbata y me la aflojé en el cuello. Ella se retorció en la cama, lamiéndose los labios con la excitación ardiéndole en los ojos.

Dejé caer la corbata sobre su vientre y me desabroché uno a uno los botones de la camisa, revelando lentamente mi físico cincelado.

—Vamos...

No había nada más sexi que ver a una mujer rogando.

—Tócate mientras esperas.

Se llevó la mano a la entrepierna y se acarició el clítoris con movimientos circulares. Ante el primer contacto, se le entrecortó la respiración. Arqueó la espalda mientras se le separaban las piernas y la respiración se le aceleraba de forma perceptible.

Llegué al último botón con una erección dura como el acero en los pantalones. Vi cómo su mano frotaba aquel pequeño botón y cómo se excitaba aún más. Se estaba tocando por mí, poniéndose al ver cómo me desnudaba. Yo pasé a los pantalones, obligándome a ir despacio aunque quería desnudarme lo más rápido posible.

Separó los labios al gemir, moviendo la mano con más fuerza sobre su clítoris. El pecho se le tiñó de un precioso color rosado, y los pezones se le endurecieron, afilándose como cuchillas.

Yo me desabroché los pantalones con rapidez, quitándomelos

a la vez que los bóxers, incapaz de mantener aquel ritmo tan lento. Me quité los zapatos, pero no me molesté en quitarme también los calcetines.

—Joder, qué sexi eres, cariño. —Trepé sobre ella y le puse los

pies contra mi pecho, inmovilizándola bajo mi cuerpo, para que no pudiera escaparse por ningún sitio.

Me agarró las caderas y tiró de mí hacia ella, sintiendo por mí las mismas ansias que yo sentía por ella.

Me encantaba el aspecto que tenía en aquel momento, completamente desesperada por tenerme. Su obsesión igualaba la mía. Aquella mujer era mi fuerza motriz para todo. Era todo mi mundo, todo mi universo. Y yo sabía que ella sentía lo mismo por mí.

Me hundí en ella, dándole lentamente cada centímetro de mí hasta que me tuvo por completo.

—Oh, Dios... —Subió las manos hasta mis bíceps, el músculo al que más le gustaba agarrarse.

Siempre estaba muy prieta. No importaba cuántas veces la penetrara o con cuánta rudeza se lo hiciera. Su sexo era

demasiado pequeño, y el mío demasiado grande. Me balanceé hacia ella despacio para que se acostumbrara a mí. Cada vez que nos lo montábamos, tenía que facilitarle las cosas, darle tiempo a su cuerpo para estirarse y acomodarse a mi gran tamaño. De lo contrario, sólo le haría daño.

Y eso era lo último que quería hacer.

ESTABA en el trabajo cuando me llamó mi investigador privado.

—¿Qué tal, Charles? —dije al altavoz. Tenía los ojos clavados en la ventana, viendo el resto de la ciudad como telón de fondo. Aquella ciudad estaba llena de gente intentando que sus sueños se hicieran realidad, intentando llegar a ser alguien.

—Hank es bastante transparente. Estudió una diplomatura en Dartmouth y se graduó en Derecho en Columbia. Hace mucho tiempo que es una figura pública. Su padre era el alcalde de Nueva York. Su madre era modelo. Ha hecho mucho por la comunidad como fiscal del distrito y ha metido a muchos delincuentes entre rejas, a criminales que mataron a policías. Básicamente es un héroe a ojos de la ciudad.

Eso no era lo que quería oír.

—Aparte de eso, está limpio como una patena. Cero

antecedentes.

Peor todavía.

—Lo siento, señor Owens. Sé que no es lo que quería oír.

Cuando pensé en las cosas abominables que le había hecho a Rome, supe que no podía ser la única. Tenía que haber acosado y agredido a otras mujeres. Normalmente los hombres como él seguían un patrón.

—Investiga a todas sus ex novias. Quiero sus nombres y sus direcciones. Todo.

—Por supuesto, señor —dijo, y colgó el teléfono.

Dejé que la línea se cortara y pulsé el botón de mi teléfono para dar la llamada por terminada. Continué mirando fijamente por la ventana e intenté controlar la ira que me abrasaba como un incendio forestal. No estaba sólo enfadado, estaba fuera de mis cabales. Cerré las manos en puños y los nudillos se me pusieron blancos. Cuando pensaba en lo que aquel cabrón le había hecho a mi mujer, se me nublabla la vista. Rome lo era todo para mí. Si alguien la tocaba, estaba pidiendo su propia ejecución a gritos.

Aunque me sentía feliz por haber vuelto con ella, se trataba de

una alegría efímera. Cuando estaba a solas, mis pensamientos se desviaban de inmediato hacia el hombre al que había proclamado mi enemigo. Le había visto el rostro, y me atormentaba en mis sueños. A veces, en mis pesadillas lo veía encima de Rome, penetrándola con un brillo maniaco en los ojos. Empezaba a sacudirme en la cama hasta que Rome me despertaba. Cada vez que me preguntaba de qué trataban mis pesadillas, yo no respondía.

Si algo le ocurriera alguna vez... yo no podría seguir adelante.

No sería capaz de perdonarme por no haberla protegido.

Hank me recordaba a mi propio padre. Era psicótico, violento y malvado. Yo no me había enfrentado a mi padre hasta mucho después de lo que debería, pero no iba a volver a cometer aquel error. Hank había estado obsesionado con Rome durante demasiado tiempo.

Necesitaba acabar con él.

La voz de mi secretaria llegó a través del teléfono.

—Señor Owens, Christopher está al teléfono para hablar con usted.

Pulsé el botón del interfono.

—Gracias. Pásamelo. —Apreté el botón del altavoz y me dirigí a él—. Qué sorpresa tan agradable. —La relación entre Christopher y yo se había desarrollado sin incidentes desde que se armó todo aquel jaleo. No le caía tan bien como antes, pero me toleraba.

—Como te pasas el día pegado a Rome, sabía que tendría que llamarte durante mi descanso para comer si quería algo de intimidad.

Sin duda alguna, yo no perdía a Rome de vista ni un solo segundo.

—Hank no ha intentado nada. Probablemente no sabe dónde buscarla. ¿Se ha pasado por el apartamento?

—No que yo sepa, pero estoy seguro de que tiene hombres vigilando la zona. Probablemente ha deducido que ella ya no está allí.

Que hubiera puesto hombres a vigilarla era realmente espeluznante.

—Si no te sientes cómodo, siempre serás bien recibido en mi casa, Christopher. —Él no era el tipo de hombre que admitía tener miedo, pero quería ofrecérselo de todas formas.

—Estoy bien —dijo con seguridad—. No me quiere a mí, así que dudo que vuelva a saber nada de él.

—A menos que quiera descubrir dónde está. —Yo sabía que aquello no había acabado. A esas alturas estaba preparado para cualquier cosa. Si Hank había llegado al extremo de colarse en su apartamento en mitad del día, obviamente pensaba que era invencible.

—Yo nunca le diré nada. Puede que se salga con la suya con las agresiones y los abusos, pero ni siquiera el fiscal del distrito puede librarse de un asesinato. No le tengo miedo.

Yo tampoco se lo tenía.

—Si en cualquier momento cambias de opinión, avísame.

—¿Estás de coña? Ahora tengo un piso de soltero enorme para mí solo. A las tías les encanta.

Me reí a través del teléfono.

—Parece que las cosas te han salido bien.

—Algo bueno ha salido de todo esto. Yo no quería vivir con Rome en un principio. Ahora ella es problema tuyo.

Era el mejor problema que había tenido nunca.

—Entonces... ¿eso significa que estáis juntos otra vez? —En su

voz no había esperanza ni temor. No estaba claro cuáles eran sus sentimientos al respecto, tal y como lo estaban normalmente.

—Sí.

—Vaya... Me sorprende que Rome haya cambiado de opinión.

—He cedido yo. —No me avergonzaba admitirlo. El hecho de que durmiera conmigo todas las noches hacía que valiera la pena.

Me encantaba el sexo, no importaba lo vainilla que fuera. Me encantaba todo de ella, aunque no tuviese control sobre ella.

Prefería tener esto que la desdicha que había sentido antes.

—¿Y eso qué quiere decir?

—He dejado el Ruin. He renunciado a mi estilo de vida.

—Vaya... No creía que pudieras hacerlo. Te mantuviste en tus trece durante seis semanas.

—Era lo mejor que podía hacer. Después de lo que le ocurrió... entendí lo mucho que significa para mí. —Saber que Hank le había puesto una mano encima me volvió loco de rabia. No habría ocurrido si hubiera estado durmiendo conmigo. Nadie volvería a molestarla si era mía. No podía dejar que aquello volviera a ocurrir. Abandonar mis viejas costumbres era un precio bajo que pagar con tal de mantenerla a salvo. En realidad

no tenía mucha elección. Si yo no le daba lo que quería, acabaría por mudarse a otra parte y sería vulnerable a otro ataque.

—Sí, ya lo pillo. Yo nunca me he sentido así por una mujer, pero me lo imagino. Yo me quedé bastante afectado cuando ocurrió todo. Rome es buena persona, y no se merece que la acosen y casi la violen sólo por ser guapa. Es vomitivo.

No podía pensar en las implicaciones del éxito de Hank. Si Rome no fuera dura de pelar y no hubiera luchado contra él, él se habría salido con la suya, tomando algo que no le pertenecía. Entonces lo habría matado sin dudar. La fuerza de Rome era el motivo por el que yo no estaba sentado en una celda en ese mismo momento.

—Sí...

—Gracias por estar ahí para ella. Hago todo lo que puedo por cuidarla, pero yo no soy tú. No tengo el mismo tipo de poder.

—No me importa. —Rome lo era todo para mí. Desde el momento en que había entrado en mi vida, todo había sido para mejor. Me hacía feliz, cuando yo no había creído que pudiera serlo. Le daría el mundo entero si pudiera—. Estará segura conmigo. Entre nosotros, tengo la esperanza de que Hank venga

a por mí. Me encantaría matarlo.

—Sí, ya somos dos.

CENAMOS juntos en medio de un cómodo silencio. Era la tercera noche que comíamos sobras, porque Rome se negaba a tirar nada. Se lo comería todo, a menos que estuviera tan estropeado que realmente pudiera ponerla enferma. Dado que para ella era tan importante, a mí me parecía bien hacerlo.

Charlamos un poco sobre el trabajo y hablamos del próximo evento benéfico que íbamos a celebrar en el Four Seasons, pero en realidad yo no estaba escuchándola. Estaba más centrado en sus rasgos, en contemplar el modo en que se le movían los labios al hablar. Sus ojos verdes no eran igual de luminosos que antes. Había una melancolía palpable en ellos, una tristeza que luchaba por ocultarse.

—¿Estás pensando en algo? —Ignoré mi copa de vino porque deseaba que fuera whisky escocés. Había dejado el licor fuerte de lado cuando ella volvió a mudarse conmigo porque había dejado muy claro lo que opinaba al respecto. No se me permitía ser un borracho cuando ella estaba cerca, ni siquiera en mi propia casa.

Pero cuanta más autoridad mostraba ella, más me obsesionaba yo. Su poder me atraía como el fuego a las polillas.

—No. —Mantuvo la mirada baja, una señal de culpabilidad.

—No me mientas. —No era mi intención sonar tan brusco, pero me costaba ser amable cuando estaba preocupado. Quería que se mostrara completamente abierta conmigo, que no hubiera más secretos. Debería haberme hablado de Hank antes de que las cosas llegaran a aquel punto.

Volvió a alzar la vista con un gesto duro en los ojos. Ella siempre peleaba conmigo por principios, pero al mismo tiempo le encantaba mi autoridad. A veces, me preguntaba si llegaba siquiera a darse cuenta de ello.

—¿Has pensado qué vamos a hacer con Hank?

Además de matarlo, lo cierto era que no.

—Mi investigador privado ha reunido algo de información sobre él. Sus antecedentes están limpios como una patena, pero tiene secretos escondidos como cualquier otro político. Y los encontraré.

—¿Qué sabes de él?

—Fue a las mejores universidades. Su padre fue el alcalde

durante mucho tiempo. Metió entre rejas a muchos tíos que mataron a policías. Básicamente es la imagen de la ciudad.

—Eso me temía... —Dio un bocado y bebió un poco de vino.

—Pero esta conducta no puede haber empezado contigo. —La ira volvía a arder dentro de mí, y tuve el impulso de volcar la mesa. Las manos se me cerraron en puños sobre la mesa y me obligué a relajarlas—. Debe de tener un historial de agresiones y abusos. Estoy buscando a sus antiguas amantes para ver si puedo encontrar algo.

—¿Y qué vas a hacer?

—Voy a conseguir que vayan a la policía —expliqué—. Tal vez la palabra de una mujer no baste, pero si son muchas, sí que supone una diferencia.

—Eso es cierto...

—Así que iremos por el camino legal, pero si eso no funciona...

Me contempló con una mirada llena de dudas.

—Si no funciona, ¿qué?

No terminé la frase porque no hacía falta.

—No vamos a ir por ese camino. Esa no es la solución.

Se me encendió el temperamento y no pude controlarlo.

—Aquí las normas las pongo yo, Rome. Haremos lo que yo crea conveniente. Este es mi problema y, créeme, lo voy a solucionar.

Aquella respuesta no le gustó ni lo más mínimo.

—Matarlo no es la respuesta. Podrías perderlo todo, Calloway.

—Pero serías libre.

No tendría que mirar por encima del hombro cada vez que paseara por la calle. No tendría que asegurarse diez veces de que la puerta estuviera cerrada con llave antes de poder conciliar el sueño por la noche. Nunca tendría que volver a preocuparse por que aquel hombre fuera a por ella. Todo eso haría que valiera la pena.

Se le enterneció la mirada como si hubiera dicho algo cómico.

—No es eso lo que quiero, Calloway. No quiero que tú o Christopher os metáis en problemas por culpa de mi error.

—No fue un error, Rome. ¿Cómo se supone que ibas a saber que era un psicópata? Te engañó a propósito. No te disculpes por eso.

Volvió a bajar la vista al plato.

—Según mi experiencia, estos problemas no desaparecen a menos que alguien muera.

—Calloway, deja de hablar así.

—Es verdad. —Apreté la mandíbula con irritación—. Para él sólo se trata de un juego enfermizo. Está obsesionado y no va a parar hasta salirse con la suya. Así es como van estas cosas. Él es el depredador y tú eres la presa. Pero yo soy un depredador aún más grande, así que ahora la presa es él. —Cogí la copa de vino y me la bebí entera, necesitado de todo ese alcohol en el cuerpo, a pesar de sentirme débil. Me habría venido muy bien algo de whisky en aquel momento, pero aquello habría hecho que Rome se enfureciera.

Ella dejó el tenedor y apartó el plato a un lado, evidentemente dando su cena por terminada, aunque aún le quedaban algunos bocados.

Ahora sabía que algo iba realmente mal.

—Cariño, habla conmigo. —¿Había dicho algo que la había disgustado? ¿Había ido demasiado lejos? Tal vez no debería haber ocultado mi ira tan bien, no debería haber hecho que fuera tan invisible.

—Es que... —Se pasó la mano por el pelo, apartándose los suaves mechones castaños mientras mantenía la mirada hacia un lado.

Yo esperé con inquietud, sin saber qué iba a decir.

—Supongo que todo esto me está afectando de verdad. Nunca me he tomado el tiempo para sentarme y pensarlo. Nunca he tenido la oportunidad de sentirme segura, así que continuaba luchando por seguir adelante. Nunca he tenido ninguna elección en este asunto, así que simplemente lidiaba con ello.

No llegaba a comprender lo que estaba diciendo, así que permanecí callado, con la esperanza de que se explicara por propia voluntad.

—Pero ahora que te tengo a ti... Me siento segura. —Mantuvo la cabeza inclinada como si no pudiera mirarme—. Y ahora que sé lo que se siente, no quiero volver a tener miedo. Tengo más miedo de tener miedo... Sé que ahora mismo no estoy diciendo nada lógico, pero cuando me arrastró dentro del apartamento, tenía mucho miedo de perder contra él. Tenía miedo de que ejerciera su poder sobre mí y sabía cuánto daño te haría eso. Mantuve el rostro impassible para hacérselo más fácil, sin

querer que viera mi dolor.

—Sólo quiero que pare, ¿sabes? —susurró—. Sólo tengo la sensación de que nadie puede hacerme daño cuando estoy en esta casa. Sólo me siento protegida cuando estás durmiendo a mi lado. Me encanta sentirme así, pero odio tener que depender de alguien para poder hacerlo. Siento que no tengo libertad, que no tengo poder. —Se volvió a pasar los dedos por el pelo con los ojos humedecidos.

Me levanté y me senté en la silla que había a su lado.

Enganché el brazo en el suyo y apreté la cara contra la suya, consolándola lo mejor que podía.

—Todo esto acabará, cariño. Te lo prometo.

—Ya lo sé...

—Y no va a salirse con la suya nunca, Rome. No va a volver a molestarte nunca. Mientras a mí me quede aliento, nunca te pondrá una mano encima. Puedes disfrutar de esa sensación de seguridad, porque yo seguiré encargándome de mantenerte a salvo. —Le aparté el pelo de la frente y la besé en la sien.

—Sé que lo harás, Calloway. Es sólo que... yo siempre he cuidado de mí misma. Odio tener que depender de otra persona.

No forma parte de mi naturaleza. Siento como si fuera una vergüenza para el resto de las mujeres.

—No digas eso.

—Pero es que me siento así. No quiero correr a los brazos de un hombre que me proteja. Quiero ser yo quien pelee mis propias batallas.

—Todo el mundo necesita ayuda, cariño. No tiene nada que ver con el hecho de que seas mujer. A veces todos necesitamos agruparnos para alcanzar nuestras metas. No estás dependiendo de mí para hacer nada. Estoy cuidando de ti porque... —Las palabras murieron en mis labios antes de que pudiera pronunciarlas, antes de que pudiera hacer algo increíblemente estúpido—. Estoy cuidando de ti porque no puedo vivir sin ti, Rome. Somos un equipo. Estamos juntos en esto. —Volví a besarle la sien; mis labios estaban cálidos contra su piel fría—. Encontraremos una solución, te lo prometo.

Le puse la mano en el cuello y apoyé el pulgar en su latido, que palpitaba con suavidad. Apreté la boca contra la suya y le di un beso lento, lleno de afecto y devoción. Quería que se sintiera segura conmigo, porque no había ningún otro lugar en el mundo

donde pudiera estar más a salvo. No necesitaba pistolas ni

cuchillos para protegerla. Lo único que necesitaba era mi cuerpo y mis propias manos.

ESTABA PROFUNDAMENTE dormido cuando Rome rodó con fuerza hacia mí, golpeando con la mano y acertando de lleno en la parte posterior de mi cabeza.

Me incorporé y la miré fijamente, aún con los ojos entrecerrados y pesados por el sueño. Me pasé la mano por la cara para poder verla mejor, porque mis ojos necesitaban unos instantes para adaptarse a la realidad.

Le caían lágrimas por la cara mientras seguía gimoteando por lo bajo, farfullando frases sin palabras en medio de la agonía de una pesadilla.

—Cariño. —La agarré por el hombro y la sacudí con suavidad—. Venga, estás teniendo una pesadilla. —Volví a sacudirla al ver que mis palabras no bastaban para despertarla—.

Rome —dije con más firmeza, usando su nombre para sacarla del terror en el que se hallaba inmersa.

Finalmente se incorporó, agarrándose el pecho mientras

jadeaba, y respiró hondo, como si fuera la primera vez que tuviera acceso al aire. Cuando notó sus lágrimas, se las apartó con rapidez, avergonzada. Se quedó mirando fijamente la habitación oscura como si estuviera intentando descifrar dónde se encontraba.

—Rome, no pasa nada. —La rodeé con un brazo y me apreté junto a ella—. Sólo ha sido una pesadilla, nada más.

Se llevó las rodillas al pecho y se concentró en controlar su respiración, obligándose a calmarse.

Le di un beso en el hombro y permití que mi afecto la curara, le recordara que estaba a salvo conmigo.

—Sólo estamos tú y yo, nadie más. —Le froté la espalda y seguí besándola, dejando que mi veneración le penetrara la piel y le llegara directa al corazón—. ¿Vale?

Lo único que hizo fue asentir con la cabeza.

Le besé la nuca y después el nacimiento del pelo, brindándole más afecto para lograr que volviera a relajarse. Me volví a tumbar y di unos golpecitos en el colchón, a mi lado.

Miró esa zona antes de trepar por mi pecho, acercándose tanto a mí que no quedaba nada de espacio entre nosotros. El

calor de mi cuerpo la rodeó, llevándola de nuevo a la seguridad que le aportaba mi fuerte constitución.

—Lo siento...

—Shh... No pasa nada. —Le pasé la mano por el pelo y la sostuve pegada a mí.

—Normalmente no tengo pesadillas.

—Nos pasa a todos.

—¿Te he hecho daño?

—No. —Uní mi boca a la suya, dándole un beso seductor que cambió el rumbo de sus pensamientos. Sentir cómo se aferraba a mí para obtener consuelo no hacía más que excitarme. Me encantaba oír que me necesitaba, que yo lograba que se sintiera segura cuando ninguna otra persona en el mundo lo conseguía. Me encantaba ver que confiaba en mí, saber que arriesgaría mi propia vida para proteger la suya. En ese sentido, me recordaba a la relación entre dominante y sumisa que tanto añoraba, en la que mi compañera depositaba toda su confianza en mí para que yo le diera lo que necesitaba.

Ahora me había empalmado, pero no podía hacer nada al respecto.

Seguí besándola hasta que reuní la fuerza para apartarme.

Rome acababa de tener una pesadilla, y sería poco sensible por mi parte intentar acostarme con ella. No podía hacerlo cuando era evidente que seguía disgustada.

Rome se quedó mirándome los labios cuando los aparté; sus ojos adormilados estaban preciosos en la oscuridad. Se acercó a mí de nuevo y me volvió a besar con labios anhelantes. Su olor me inundó y ella me agarró con una mano como si me necesitara. Después tiró de mí para que me pusiera sobre ella y me rodeó la cintura con una pierna.

En cuanto sentí que mi erección se frotaba contra su entrepierna húmeda, toda mi sensibilidad se desvaneció. Mi mujer me deseaba, y de ninguna manera iba a decirle que no.

Capítulo 3

Rome

NO ESTABA PREPARADA PARA LA PESADILLA QUE ME HABÍA ASALTADO LA

noche anterior. Hank era el protagonista, y me había agarrado por el cuello y doblado sobre la cama, levantándome el vestido y quitándome las bragas con agresividad.

No había descubierto el final porque Calloway me había

despertado.

Gracias a Dios.

A la mañana siguiente, me arreglé y me dediqué unas palabras de aliento a mí misma. La noche anterior me había mostrado débil y había dejado ver mi vulnerabilidad, algo que no debería haber hecho. Había admitido que tenía miedo, y aquella confesión había convertido a Hank en el vencedor. Llevaba mucho tiempo cuidándome solita y, hasta el momento, había conseguido mantenerme a flote.

Y seguiría haciéndolo.

Incluso sin Calloway a mi lado, no dejaría que Hank me atrapara. No le permitiría tomar algo que no le pertenecía. Si me veía obligada a hacerlo, lo mataría y después cargaría con las consecuencias.

Calloway y yo nos dirigimos al trabajo en los asientos traseros de su coche. Me puso la mano en el muslo y la dejó allí; la palma de su mano pesaba de pura masculinidad. Mantuvo la vista puesta en el exterior y no me hizo preguntas sobre la noche anterior. En ningún momento me había preguntado de qué trataba mi pesadilla, probablemente porque lo había deducido

por sí solo.

Llegamos al edificio y Calloway me abrió la puerta, tal y como hacía cada mañana. No me cogió la mano ni me rodeó la cintura con el brazo ahora que estábamos delante de la oficina.

Caminamos juntos hacia la puerta de entrada, prácticamente a un kilómetro y medio de distancia. Calloway llevaba un traje oscuro y tenía un aspecto magnífico, como siempre. Tenía la cara perfectamente afeitada y su barbilla expuesta hizo que deseara depositar un sendero de besos a lo largo de su mandíbula.

Pero mantuve las manos quietas.

A medida que nos acercábamos a la puerta, sentí una mirada maliciosa posándose sobre mi cuerpo. Era una mirada abrasadora, diabólica. Muy dentro de mí, sabía de quién era antes incluso de mirar. Giré la cabeza y miré a los ojos al hombre que estaba decidido a arruinarme.

Aquel pedazo de cabrón.

Calloway siguió avanzando hacia la puerta, pero la ira se apoderó de mí e hice algo estúpido. Caminé con determinación hacia Hank con la mano cerrada en un puño. Si creía que podía hacerme algo mientras me dirigía al trabajo, era un imbécil. Le

patearía el culo delante del edificio para que todo el mundo lo viera.

—Pedazo de cabrón.

Hank sonrió como si se tratara de un juego.

—Estaba dando una vuelta por el barrio y me he pasado a verte. Me alegro de ver que te has curado bien.

Lancé el puño contra su cara de inmediato.

Hank lo interceptó y lo bajó hacia mi costado, utilizando su fuerza para dominarme. Sus ojos estaban absortos en mi expresión, así que no vio a Calloway detrás de mí, probablemente con intención de asesinar a Hank en ese mismo instante.

Una sombra pasó a mi lado y entonces supe que Calloway había entrado en acción. Pasó junto a mí, obligándome a hacerme a un lado cuando su cuerpo descomunal me sacó de la jugada. Era más alto que Hank, así que tuvo que bajar levemente la vista hacia él, con los ojos siniestros y amenazadores. No le dirigió una sola palabra a Hank, limitándose a advertirle con una simple mirada.

Hank no retrocedió, pero no cometió el error de pegarle un puñetazo. Contempló a Calloway, evaluando a su oponente antes

de decidir qué hacer a continuación. Llevaba puesto un traje, probablemente porque se dirigía a trabajar a la oficina del fiscal del distrito.

Calloway avanzó un paso hacia adelante.

Hank retrocedió un paso automáticamente, con los brazos tensos a los costados. Calloway era un adversario mucho más grande que yo. No podía detener sus puñetazos fácilmente, con un simple bloqueo. Cuando el rostro de Hank palideció, adquiriendo un tono blanco lechoso, resultó evidente que no le estaba gustando el giro que habían tomado los acontecimientos.

Calloway sabía que era mejor no atacar a Hank al descubierto.

Había testigos por todas partes, y sería fácil tergiversar la historia y decir que Calloway había empezado una pelea sin motivos. Puesto que Hank era un abogado experimentado, era un camino que Calloway no podía seguir.

Hank volvió a retroceder, claramente incómodo por el brillo maníaco que resplandecía en los ojos de Calloway. Yo había sido víctima de aquella mirada y sabía lo terrorífica que era. A

Calloway no le hacía faltar decir una sola palabra para expresar sus sentimientos. Estaban bastante claros, pero dejó escapar una

sola palabra.

—Corre.

Hank se tambaleó hacia atrás mientras tropezaba con sus propios pies. Paró la caída del cuerpo contra el cemento con la mano y volvió a levantarse rápidamente, ensuciándose la parte posterior del traje. No corrió, como Calloway le había recomendado, pero sin duda no perdió tiempo en llegar a la carretera y ponerse a gesticular para detener un taxi.

Calloway lo contempló todo el tiempo con los hombros tensos y los brazos apretados. Siguió el coche con la mirada hasta que se perdió de vista por completo. Incluso entonces, siguió buscando a Hank como si pudiera regresar. Tenía la mandíbula tensa y sus ojos transmitían una amenaza inminente.

Nunca había visto a Hank poner pies en polvorosa de aquel modo. Cada vez que yo lo amenazaba, sólo conseguía estimularlo más. Era evidente que no me consideraba una amenaza, pero con Calloway la historia cambiaba por completo.

Entramos en el edificio y cogimos el ascensor hasta nuestra planta. Calloway se quedó en un lado del ascensor, con las manos en los bolsillos y la mirada centrada en la pared que tenía

delante. No hizo ningún esfuerzo por consolarme. Se estaba centrando en mantenerse tranquilo antes de que las puertas se abrieran y sus empleados pudieran verlo.

Salimos y caminamos junto a los escritorios de todo el mundo, como de costumbre. Él tenía una mano en el bolsillo y mantenía la cabeza alta mientras caminaba. Cuando dejamos atrás a todos, habló.

—A mi oficina —dijo Calloway de modo sombrío—. Ahora.

Yo no puse objeciones.

Entramos y cerró las puertas a nuestras espaldas, sin importarle que la gente pudiera pensar que estábamos follando. Caminó hasta su mesa y se quedó de pie delante de ella, con los anchos hombros en una postura de rigidez. Dio un grito violento antes de tirar todo lo que había encima de la mesa, rompiendo el ordenador y todo lo demás.

Yo crucé los brazos sobre el pecho y guardé silencio, sabiendo que cualquier sonido sólo lograría empeorar las cosas.

Calloway caminó de un lado a otro de la oficina antes de apoyarse contra el escritorio, agarrándose al borde hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Se me quedó mirando con unos

ojos azules que refulgían más que llamas ardientes. El pecho le subía y bajaba con cada profunda respiración, incapaz de dominar su temeridad.

Me acerqué a él lentamente, como si fuera un animal salvaje que pudiera espantarse en cualquier momento. Le puse las manos sobre el pecho y las bajé despacio, tocándolo al igual que hacía cuando estábamos juntos en la ducha.

Calloway se tranquilizó ligeramente al sentir mis caricias. Se le normalizó la respiración al notar la presión de las puntas de mis dedos. Se quedó contemplándome las manos y cerró los ojos un instante antes de volver a abrirlos.

—Nunca antes había visto a Hank hacer eso... —Estaba asombrada de que Calloway lo hubiera ahuyentado con tanta facilidad. Ni siquiera le había hecho falta pronunciar palabra. Le había bastado con flexionar los músculos y dirigirle una mirada gélida. Había hecho algo que yo no creía que nadie pudiera lograr.

—Te tiene miedo.

—Me ha reconocido.

Le puse las manos en los brazos, agarrándole los bíceps.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he notado —dijo con voz queda—. Reconoció el edificio y sumó dos más dos. Puede que yo no sea el fiscal del distrito, pero

soy bastante conocido en esta ciudad. Sabe que no le conviene hacerme enfadar.

Le masajeeé los brazos y sentí cómo el alivio me recorría el cuerpo, pensando por primera vez que Hank podría desaparecer de verdad. Todos aquellos años había estado escapando de Hank, y lo único que necesitaba era a Calloway para ahuyentarlo.

—Entonces, ¿crees que ya no va a volver?

—No estoy seguro. —No me había mirado ni una sola vez; mantenía los ojos clavados en el suelo—. Pero sin duda sabe que soy su enemigo oficialmente. No creo que vuelva a atacarte a plena luz del día. Vamos los dos en el mismo lote.

Le rodeé el cuello con los brazos y me acerqué hacia su pecho, abrazándolo y dejando que me abrazara. Nunca me había sentido tan segura como con aquel hombre. Christopher era fuerte, pero Hank no lo consideraba un problema en absoluto. Pero Calloway era distinto. Era fuerte y poderoso. Era rico e influyente. Y era el hombre más inteligente al que había conocido nunca.

—Gracias.

Cuando percibió la sinceridad de mi voz, me rodeó la cintura con los brazos y me atrajo más hacia sí.

—Ya no tienes que seguir preocupándote por él, cariño.

Mientras yo esté cerca, no te tocará. —Me puso los labios en la línea del pelo y me dio un beso suave mientras estrechaba los brazos a mi alrededor.

Cerré los ojos y me apoyé sobre su pecho musculoso, deseando que estuviéramos en casa, a solas. Calloway me había dado el mayor regalo que podía haberme dado nunca nadie. Me había dado mi independencia, me había dado mi libertad.

CERRÉ la puerta de mi oficina para poder hablar con Christopher sin que nadie escuchara a hurtadillas.

—Hola.

—Hola. ¿Cómo van las cosas con ese hombre de las cavernas?

Hace tiempo que no hablamos y quería asegurarme de que no te haya comido ni nada por el estilo.

En realidad, me comía todo el tiempo.

—La verdad es que están yendo bastante bien.

—Me alegra saberlo.

—Pero eso no significa que no siga mosqueada contigo.

—Hacía tiempo que Christopher y yo no hablábamos, y yo sabía que él lo había hecho a propósito, para que me calmara. Pero me conocía bien, y sabía que me costaba olvidar.

Christopher suspiró desde el otro lado del teléfono.

—Lo siento, ¿vale? Pero hice lo que creía que debía hacer.

—Te dije bien claro que no se lo contaras a Calloway.

Su ira se avivó del mismo modo que la mía.

—Era eso o dejar que ese psicópata te atrapara. De verdad pensé que estarías más segura con Calloway de lo que estarías conmigo jamás. Siento que estés enfadada, pero te aguantas.

Tomé una decisión y no me arrepiento. Eres mi hermana, Rome.

Tengo que protegerte, aunque te cabree al hacerlo.

Tras oír cómo Christopher se defendía, no pude seguir enfadada con él. Además, al final tenía razón.

—Tenías razón sobre Calloway. Es la única persona a la que Hank parece tener miedo.

—¿Qué quieres decir?

—Hank ha intentado acorralarme hoy delante del trabajo.

Calloway estaba conmigo y lo ha espantado con una sola mirada.

Nunca había visto a Hank echarse atrás en una pelea. De hecho, casi se ha puesto a correr. No sé si eso significa que se va a largar para siempre, pero creo que es una buena señal.

—Toma ya. —Christopher dio un aplauso desde el otro lado de la línea—. Calloway es un tío de la hostia. Te lo dije. Te lo dije desde el principio, Rome. Te vas a quedar allí para siempre, así podré dormir por la noche.

—No sé si será para siempre... —Ahora que estaba viviendo allí de nuevo, no quería marcharme. Me encantaba compartir el cuarto de Calloway con él. Me encantaba dormir en aquella cama enorme, con él justo a mi lado. Teníamos una rutina todas las mañanas antes de ir a trabajar y todas las noches antes de dormir. Y yo lo apreciaba.

—Me ha dicho que ha renunciado a todo por ti, Rome. Sí, yo diría que es para siempre.

—¿Te ha contado...?

—Lo llamé el otro día —explicó Christopher—. Para ver cómo iban las cosas.

Yo creía que Christopher estaba enfadado con Calloway por haberme mentado, pero era evidente que lo había superado.

—No me ha dicho que me quiere.

—Con palabras no, pero claro que te quiere.

—¿Por qué crees que sí? —El corazón me latía a cien por hora y la adrenalina me recorría el cuerpo. No había nada que deseara más que decirle que lo quería y que él me respondiera lo mismo.

—¿Otra vez con cotilleos de chicas?

—Responde a la pregunta y basta.

—Porque es obvio, Rome —soltó—. Está dejando que vuelvas a vivir con él. Vigila cada paso que das. Ha dejado el Ruin por ti.

¿De verdad necesitas que te lo explique?

—Entonces, ¿por qué no me lo dice y punto?

—Porque las palabras son estúpidas. No tienen ningún significado. Pueden retirarse en un abrir y cerrar de ojos. Pero sus acciones dicen todo lo que hay que decir, Rome. A lo mejor le da miedo la intimidad. Quizás le da miedo pronunciar las palabras en voz alta. Pero te quiere, eso los dos lo sabemos.

Cuando le había dicho a Calloway que le quería, su mirada se había enternecido como nunca antes. Después me había hecho el amor con dulzura sobre el sofá, moviéndose lentamente y tomándose su tiempo para que pudiéramos disfrutar el uno del

otro tanto como del sexo. Yo creía que sí me quería.

Simplemente, no estaba preparado para decirlo.

CALLOWAY VINO a mi despacho al final del día, justo a tiempo.

—¿Lista para marcharte, cariño? —Me dirigió aquella palabra cariñosa en mitad del pasillo, donde todos podían oírla, pero era obvio que no le importaba.

Como todo el mundo sabía que me acostaba con él, supuse que aquel apelativo en realidad no marcaba ninguna diferencia a esas alturas. Cogí mis cosas y me reuní con él en la puerta.

Bajó los ojos hacia mí como si quisiera besarme. Me miró los labios con su habitual mirada intensa, probablemente deseando inmovilizarme contra la pared y follarme en aquel momento y en aquel lugar. No quería que me besara porque estábamos en el trabajo, pero no lo detendría si lo hacía. Al final tomó la decisión de apartarse.

Salimos del edificio y cogimos el coche para volver a su casa.

Cuando nos sentamos juntos en los asientos traseros, me tomó de la mano y me pasó el pulgar por los nudillos. Tenía los ojos fijos en la ventana, pero me lanzaba alguna mirada de vez en cuando.

Llegamos a casa y entramos. En cuanto nos quedamos solos, la electricidad inundó el aire que nos rodeaba. Sus deseos eran como un libro abierto. Podía sentir su excitación incluso sin mirarlo.

Me puso las manos en la cintura y me colocó contra la pared.

Antes de que me besara, dije lo que estaba pensando.

—Quiero complacerte.

Me miró a los labios, con las manos aún sujetándome las caderas mientras me sostenía contra la pared.

—Hoy has hecho algo increíble por mí, así que yo quiero hacer algo por ti.

Apretó las manos sobre mis caderas y su mirada se tornó más intensa.

—No me debes nada, cariño. —Apoyó la cara contra la mía y me dio un beso en la comisura de la boca.

—Pero quiero hacerlo... —Subí las manos por su pecho y le desabroché los botones de la camisa, soltándolos de uno en uno.

Le aflojé la corbata y dejé que quedara suelta sobre su pecho—. Lo que tú quieras, Calloway. En esta ocasión, lo haré.

Cuando se le oscureció la mirada, supe que había entendido

exactamente lo que le estaba ofreciendo.

Él había ahuyentado a mi mayor pesadilla y me había devuelto mi libertad. Había hecho muchísimo por mí sin pedir nada a cambio. Yo sabía que él tenía sus fantasías, y yo podía cumplir una... Una que fuera inocente.

—¿Estás segura, cariño? —Dio un paso hacia mí, apoyando el pecho sobre el mío mientras me arrinconaba contra la pared.

—Sí... Algo suave. —Él sabía que yo no quería que me pusiera una mano encima nunca, que no quería que me golpeará como había hecho Hank. Fuera lo que fuera, no podía ser violento de ningún modo.

Se esforzó por decir que no, por proporcionarme el sexo lento y sensual del que él sabía que yo disfrutaba. Pero su cuerpo entero se lo impidió. Estaba en contra de su naturaleza, en contra de la bestia que residía en el fondo de su ser.

Me bajó la cremallera del vestido y lo dejó caer al suelo. A continuación, se ocupó del sujetador y de las bragas, quitándome la ropa hasta que estuve completamente desnuda, con excepción de los zapatos de tacón. Se quitó la corbata de un tirón y me dio la vuelta con energía y sin previo aviso. Me empujó contra la pared,

y mis pechos chocaron contra la superficie fría. Me unió las muñecas y me las ató con la corbata de seda. Mantuvo los labios cerca de mi oreja, respirando con pesadez contra mi oído.

—Última oportunidad.

Tenía miedo, pero también me sentía excitada.

—Confío en ti.

Apoyó la cara contra mi nuca y respiró hondo, presionando las manos contra la pared mientras le temblaban. Algo de lo que yo había dicho le había llegado directo a su esencia, directo a su ser.

Me besó la nuca.

—Joder, cariño. —Se desabrochó los pantalones de vestir y los dejó caer al suelo, y los bóxers se le bajaron hasta los tobillos. Sin previo aviso, se introdujo en mí, embistiéndome sin la dulzura que normalmente mostraba. Me penetró con fuerza y rapidez, inmovilizándome contra la pared mientras me follaba febrilmente. Me agarró las caderas y me sostuvo quieta mientras me daba su larga erección una y otra vez, respirado y gruñendo. Me lo hizo con más fuerza que nunca, como si hubiera perdido la cabeza por la tentación carnal.

Yo arqueé la espalda y usé la pared para mantener el

equilibrio, ya que tenía las manos atadas a la espalda. Sentía su excitación, su adrenalina, y caí en el abismo con él. Su sexo me parecía enorme como siempre, pero el dolor era exquisito.

Yo ya había empezado a gritar después de un minuto. Tenía la cara apoyada en la pared y el cuerpo me temblaba mientras se hundía en mí como si nunca antes me hubiera penetrado. Ahora que su secreto se había revelado, me estaba mostrando su verdadera cara. Me estaba mostrando la rudeza con la que le gustaba follar.

Y era una sensación fantástica.

—Córrete para mí. —Me pegó la boca a la oreja—. Ahora.

Yo estaba al límite, así que no tuvo que insistir.

—Ahora. —Me agarró por la garganta y me sostuvo con fuerza mientras su pene me estiraba como si yo fuera un juguete en lugar de una mujer.

Mi cuerpo respondió a su orden como si tuviera mente propia.

Me corrí con un sonoro gemido, sintiendo cómo mi cuerpo entero se tensaba por el éxtasis mientras me sacudía una sensación maravillosa. Sólo notaba sensaciones increíbles. Estaba en el paraíso y en el infierno al mismo tiempo.

—Calloway...

Empujó unas cuantas veces más antes de correrse con un gemido callado mientras aún me sujetaba la garganta con la mano y mantenía la boca contra mi oreja. Me llenó con toda su semilla, dándome otra carga de su semen.

Cuando hubo terminado, descansó contra mí, con la pared como punto de equilibrio. Su erección se ablandó lentamente en mi interior; la sangre se retiraba y volvía al resto de su cuerpo.

Depositó un beso suave en mi mejilla y luego en mis labios, como si estuviera disculpándose por el modo en que acababa de follarme con desenfreno.

Finalmente sacó el miembro de mí, provocándome una mueca cuando mi entrepierna quedó yerma de su sexo.

—Vamos a ducharnos. —Aún hablaba con autoridad, pero ahora sonaba enfadado, furioso. El increíble sexo del que acabábamos de disfrutar parecía haberlo irritado más que satisfecho.

Pero eso no podía ser cierto.

Capítulo 4

Calloway

DEJÉ QUE EL AGUA ME EMPAPARA, PERO LAS GOTAS CÁLIDAS NO HICIERON

nada por aliviar la ira que se había alojado en el fondo de mi pecho. Cual terremoto, los temblores aún me sacudían el cuerpo incluso después de que la explosión inicial hubiera pasado.

Rome finalmente entró conmigo, metiéndose a la ducha y mojándose el pelo bajo el agua. Se le pegó al cuello de inmediato a medida que adquiría peso. Me miró con inquietud, sabiendo que algo iba mal.

—¿Qué ocurre?

Estaba furioso con ella, a pesar de que no debería.

—No vuelvas a decirme eso.

—¿Decirte el qué?

—No me tientes. —No me eché el champú en el pelo ni me froté el jabón por el cuerpo. Mis brazos permanecían a mis lados, donde sabía que se quedarían.

—Me pediste que lo dejara todo por ti y lo he hecho. No me tientes con posibilidades. No me recuerdes lo que echo en falta.

Sólo hará que sea más difícil para mí.

Ella bajó la mirada, como si no se hubiera percatado de su error hasta ese momento.

—Si quieres sexo vainilla, te daré vainilla. Pero no permitas que piense siquiera en el sabor oscuro que me gusta de verdad.

No juegues conmigo, Rome.

Ella permaneció con los ojos fijos en el sumidero de la ducha, recordándome a la sumisa que yo deseaba que fuera.

—Lo siento. No era mi intención...

—Bueno, pues no vuelvas a hacerlo. —Me eché champú en la mano y me masajé el pelo, hundiéndome las uñas en el cuero cabelludo. No miré a Rome, y me quedé en mi propia burbuja de frustración.

Su expresión sombría se disipó rápidamente, dejando paso a un gesto feroz.

—Calloway, me he disculpado. No hace falta que me hables así.

Incliné la cabeza bajo el agua y dejé que la espuma me bajara por el cuerpo. Aquel día había sido una pesadilla. Ver a Hank había hecho que deseara cometer un asesinato. Y después había saboreado una pizca de dominación, una pizca de la vida que tenía antes. Aquella breve experiencia me había recordado todo lo que me faltaba. El hecho de poder tenerlo hizo que me

enfadara momentáneamente. Y después me había cabreado haberme rendido a ella, haber permitido que me doblegara.

—No lo he pensado, Calloway. Tú has hecho mucho por mí y yo sólo quería hacer algo por ti. Nada más.

Yo sabía que mi enfado estaba fuera de lugar. Mi lado dominante había salido a la luz, desatado y poderoso. Y ahora que estaba fuera, me resultaba difícil controlarlo. Pero sabía que tenía que volver a encerrarlo, devolverlo a las oscuras profundidades a las que pertenecía.

Debía disculparme por la agresividad con que le había hablado, pero no fui capaz de hacerlo. En lugar de eso, reduje la

distancia que había entre nosotros y le puse las manos en las mejillas. Apoyé la frente contra la suya y la sostuve bajo el agua, disculpándome con afecto en vez de con palabras.

Ella me puso las manos en las muñecas y cerró los ojos, disfrutando de la increíble electricidad que nos corría por el cuerpo. Hacía que mi cuerpo cobrara vida, sentía la conexión natural que se había establecido entre nosotros en el instante en que la vi en aquel bar. Sentía la solidez de su anillo negro, el

anillo que ella había accedido a llevar para que yo pudiera poseerla por completo. Los dos habíamos acordado que era mía, pero aquello no me parecía suficiente.

Le puse los labios en la frente y le di un beso suave, sintiendo que finalmente me calmaba ahora que estaba tan cerca de ella. La mejor versión de mí mismo, la del filántropo generoso, había vuelto una vez más. Había encerrado a mi parte oscura, mi parte maligna.

—Lo siento.

Cuando estaba mojada en la ducha, tenía un aspecto maravilloso. El maquillaje le corría por las mejillas y el rímel le goteaba, pero la imagen seguía siendo extraordinaria.

Su fuerza y su poder irradiaban en pequeñas ondas. Bajaba la guardia cuando estaba conmigo, pero seguía siendo la mujer fuerte a la que yo había llegado a venerar.

—No pasa nada, Calloway.

¿HANK SE HABÍA largado de verdad?

Parecía demasiado bueno para ser cierto.

En el instante en que me había mirado, había parecido completamente atemorizado. Como si fuera un niño pequeño

corriendo a las faldas de su madre, se había esfumado casi a la carrera. Se había dado cuenta de que Rome ya no era una mujer vulnerable. Tenía a un soldado romano por guardaespaldas, a un hombre que hacía que los soldados de 300 parecieran patéticos. No podía meterse conmigo.

Si aquella hubiera sido la solución para todo aquello, sería perfecto, pero yo me temía que había sido demasiado simple, demasiado fácil. Si Rome me hubiera contado la verdad antes, podría haber espantado a su demonio con mucha facilidad. A pesar de que fuera un oponente difícil, podría haber hecho desaparecer el problema de todos modos. Cuando ella dormía entre mis brazos cada noche, yo sabía que se sentía segura.

Cuando la llevaba a todas partes, sabía que apreciaba tenerme al lado. No era el tipo de mujer que mostraba miedo. De hecho, normalmente se resistía a que la protegiera. No tenía ningún problema con vivir en un apartamento de mala muerte o con ir todos los días al trabajo en metro, pero ahora que realmente tenía miedo de Hank, había aceptado mi ayuda sin rechistar. De hecho, quería mi ayuda.

Y eso hacía que la deseara más. Quería que me quisiera a su

lado, que me necesitara. Me hacía sentir más hombre. Ella era toda una mujer, una mujer de bandera que no toleraba ninguna bobada, y que una mujer tan fuerte dependiera de mí me excitaba. Me gustaba ser su campeón, su protector.

Era jodidamente excitante.

Cenamos juntos y nos sentamos juntos en el salón a ver la tele. Como siempre, Rome estaba sentada a mi lado trabajando en el papeleo de la oficina; era la persona más trabajadora de la empresa. Se encargaba de proyectos adicionales sin cobrar por el trabajo extra y aligeraba la carga de sus compañeros.

Pero ahora que sabían que se acostaba conmigo, todo el trabajo duro no significaba nada para ellos. La odiaban a pesar de todo.

Apoyé el brazo sobre el respaldo del sofá y le pasé las puntas de los dedos por el pelo, sintiendo cómo los mechones suaves se movían bajo mi piel áspera. En lugar de ver la tele, yo la contemplaba a ella. La línea de la mandíbula era extremadamente elegante, llena de fuerza pero con las formas suaves de una diosa. Sus labios siempre resultaban magnéticos y atraían a los míos como una abeja a una flor. Era tan guapa que a

veces me dolía.

Apartó la vista del trabajo y me miró. En sus labios se dibujaba una ligera sonrisa, traviesa y seria al mismo tiempo.

—¿Sí?

—¿Sí, qué?

—¿Por qué me estás mirando fijamente?

—Porque eres preciosa. —Me incliné hacia ella y le di un beso en el cuello, sintiendo la piel cálida contra mis labios.

Ella se tensó de inmediato ante el roce y estiró el cuello hacia un lado para darme más espacio. Las reacciones de su cuerpo me decían todo lo que necesitaba saber. Sabía cuándo me deseaba. Y sabía cuándo me deseaba de verdad.

Le quité los papeles del regazo y los tiré al suelo, oyendo cómo se desperdigaban al caer sobre la madera. Mi cuerpo guio al suyo hacia el sofá, haciendo que apoyara la espalda sobre los cojines y la cabeza sobre el reposabrazos.

Llevaba una de mis camisetas, que le quedaban grandes, así que fue fácil quitarle las bragas. Me bajé los pantalones deportivos y los bóxers por el trasero hasta los muslos para poder dejar al descubierto mi erección. Ya estaba dura y ansiosa por la

mujer que se había convertido en su obsesión.

Me puso las manos en la cintura hasta que los tobillos le quedaron enganchados en la parte baja de mi espalda. Con entusiasmo, me rodeó el cuello con los brazos y me hundió los dedos en el pelo. Respiró junto a mi boca antes de besarme con los labios temblorosos.

—Quiero que estés dentro de mí... —Me acercó más usando las piernas, impaciente repentinamente por tener mi sexo.

Me encantaban su fuego y su desesperación. Me había deseado desde aquella noche en que nos habíamos conocido oficialmente en el evento benéfico. Había querido invitarme a su casa y entregarme su virginidad en ese mismo momento, pero de algún modo había logrado contenerse. Ahora estaba lista para la acción al instante, tan ansiosa por tenerme como yo lo estaba por tenerla a ella.

A pesar de que el sexo no era duro como a mí me gustaba, me satisfacía. Me encantaba el instante antes de entrar en ella, ver la excitación en sus ojos. Ella quería mi erección y prácticamente suplicaba por ella. El hecho de que yo fuera el único hombre que hubiera estado dentro de ella hacía que fuera incluso mejor. Le

encantaba el sexo por mí y sólo por mí.

Froté mi miembro contra sus pliegues, empapándome de inmediato con su humedad. Yo gemí automáticamente al entrar en contacto con ella, al mismo tiempo que el olor a sexo me inundaba la nariz. Tenía el miembro duro y palpitante, emocionado como si nunca antes me la hubiera follado.

—¿Quieres mi polla, cariño?

Me besó y me metió la lengua en la boca, aumentando su pasión.

—Te deseo. —Me agarró el trasero y me atrajo hacia sí, rogándome en silencio que le diera mi sexo—. Hazme el amor.

Cuando mi mujer me lo pedía, no la hacía esperar. Me agarré la base e introduje el glande en ella, que fue recibido por su humedad. Empujé introduciéndome suavemente, tomándola despacio a diferencia de la otra vez aquel mismo día. Me deslicé por su sexo resbaladizo y prieto, finalmente introduciendo mi erección por completo en su interior.

—Joder, Rome. —Le enterré una mano en el pelo, sosteniéndola con fuerza para que no se escapara. Era mi mujer, y quería venerarla del modo en que se merecía. Cada vez que

estaba dentro de ella, quedaba a su merced. Haría cualquier cosa que me pidiera en ese momento y lugar. Su entrepierna era más adictiva que la cocaína.

Me agarró la camisa y me la quitó por la cabeza para poder sentir mi pecho con sus propias manos. Me arrastró las uñas por la piel levemente, casi arañándome. Ella meció las caderas conmigo, recibiendo mi erección cada vez que se la daba. Sus gemidos sensuales acompañaban los ruidos que hacían nuestros cuerpos al moverse al compás. Tenía el pelo extendido por el reposabrazos, esparcido y despeinado. Los ojos le brillaban con su fuego habitual y tenía la boca ligeramente abierta contra la mía.

Joder, ya tenía ganas de correrme.

Ella me tocaba por todas partes, venerándome como si yo fuera el único hombre al que adoraba. Su sexo parecía estrecharse cada vez más cuanto más nos movíamos juntos. Mi pene había marcado su cuerpo apropiándose de él, y comprendía cada uno de sus pequeños rasgos. Aún tenía puesta la camiseta y no podía ver sus pechos, pero había algo en el hecho de que estuviera vestida que me excitaba. No podíamos esperar lo

suficiente para desnudarnos. Queríamos sentirnos mutuamente lo antes posible.

Ella ya no podía seguir besándome porque estaba gimiendo, y sus jadeos me acariciaban la cara. Su vagina cada vez se contraía más, cerrándose sobre mi sexo palpitante mientras se iba aproximando al clímax.

Ahora me moría de ganas de correrme. Hacer que Rome llegara al orgasmo me hacía sentir más vivo.

Me arrastró las uñas por la espalda mientras se corría, gimiéndome directamente en la boca mientras disfrutaba del éxtasis supremo que yo le proporcionaba. Me clavó más las uñas y se estrechó más sobre mí a medida que sus sensaciones se apoderaban de ella. Pareció durar una eternidad y yo disfruté de todas sus expresiones, del modo en que su rostro se iluminaba con una euforia orgásmica.

Eché la cabeza hacia atrás y curvó la espalda bajo mi cuerpo, disfrutando de las últimas sensaciones provenientes de su entrepierna. Respiró al terminar el clímax, relajando las uñas lentamente y separándolas del lugar en que se habían alojado en mi piel.

Ahora quería correrme dentro de ella, llenarla con tanto semen que no hubiera espacio para todo. Nunca me había sentido tan obsesionado, tan comprometido con otra mujer. El afecto y la atracción sólo hacían que el sexo fuera un millón de veces mejor. Aun sin los látigos y las cadenas, lo disfrutaba a conciencia.

Me miró a los ojos con una expresión de desenfreno sexual en el rostro, aún extasiada por el orgasmo que acababa de disfrutar. Me puso las manos en los hombros antes de hundirme los dedos en el pelo una vez más.

—Te quiero, Calloway. —Lo dijo con voz firme, llena de una determinación innegable. Tenía los ojos fijos en los míos mientras hablaba, y las palabras se deslizaron por su lengua como si las hubiera pronunciado un millón de veces.

Me encantaba oírle decirlo aunque yo no pudiera responder lo mismo. Saber que estaba totalmente enamorada de mí me hacía sentir el hombre más afortunado del mundo. Tenía el amor de la mujer más bonita a la que hubiera visto nunca. En aquel mismo momento, estaba retorciéndose debajo de mí, preparada para recibir con entusiasmo todo mi semen.

—Dilo otra vez.

Me sostuvo la cara y me besó en la comisura de la boca.

—Te quiero, Calloway.

Sus palabras detonaron algo en mi interior y me corrí con un fuerte gruñido. Introduje mi erección en ella lo máximo posible y le entregué toda mi semilla, deseando que recibiera hasta la última gota y que la conservara en su interior. Yo nunca me había excitado con algo tan romántico, pero su compromiso conmigo me resultaba increíblemente sensual. Me encantaba ser dueño de su devoción, sentir como si hubiera hecho algo bien para merecérmele.

Derramé todo mi semen en su interior y la besé en la boca mientras mi sexo se ablandaba lentamente en su entrepierna rebosante. Sentí cómo mi propia corrida me rodeaba el pene mientras este se hacía cada vez más pequeño. Había algo en el hecho de que tuviera mi semen dentro que me encendía de una forma inigualable. Me hacía sentir como si la hubiera reclamado de un modo en que nadie lo había hecho nunca.

—No salgas. —Me agarró el trasero y me mantuvo dentro de

ella.

Miré a aquella diosa del sexo que estaba debajo de mí, viendo cómo me deseaba más que nunca antes. Sospechaba que tenía algo que ver con el hecho de que hubiera alejado a su infame enemigo. Se sentía en deuda conmigo por haber resuelto un problema que nadie más podía solucionarle. La policía le había fallado y Christopher no contaba con el poder necesario para hacer nada. Yo era el único hombre que podía liberarla y ahora me veneraba todavía más.

—No voy a irme a ningún sitio, cariño.

ME QUEDÉ TUMBADO JUNTO a ella en la cama, abrazándola por detrás. Tenía el trasero presionado contra mi entrepierna, pero aquella noche le había hecho el amor tantas veces que me bastaba con sólo abrazarla. Yo tenía el rostro pegado a su nuca e inhalaba su aroma mientras me iba quedando dormido lentamente. Iba contando sus respiraciones mientras atesoraba aquel instante, pues recordaba perfectamente lo que se sentía al dormir solo.

Había sido infeliz.

No había una sensación mejor en el mundo que volver a

tenerla entre mis brazos. Que no preguntarme si estaba envuelta en los brazos de otro hombre. Cada vez que la espalda se le elevaba al respirar, se oprimía contra mi pecho. Había algo en aquella sensación que me hacía sentir completamente relajado. Tiempo atrás, yo había sido incapaz de dormir con nadie en casa. Entonces Rome había entrado en mi vida y lo había cambiado todo. Ahora no podía dormir a menos que estuviera pegada a mí mientras mis brazos la rodeaban como barreras de protección. Quería que estuviera junto a mí en todo momento, no sólo para protegerla, sino para poder estar con ella constantemente. Nunca antes había sido así.

Yo prefería la soledad.

Noté que estaba profundamente dormida por el modo en que respiraba. En el instante en que posaba la cabeza en la almohada, se quedaba dormida como un tronco. La única vez que le había costado dormir había sido cuando tuvo la pesadilla unas noches antes, pero sospechaba que no volvería a tener otra ahora que había dado un susto de muerte a Hank.

Mi teléfono sonó sobre la mesilla de noche, emitiendo un sonido estridente a pesar de que eran casi las once.

¿Quién cojones sería?

Rome se revolvió de inmediato al oír aquel ruido imposible de ignorar.

Vi de reojo el nombre de Jackson en la pantalla antes de responder.

—¿Qué?

—Vaya, hola a ti también.

—Son las once. —Nadie llamaba a nadie a aquellas horas a menos que fuera importante.

—¿Y qué? ¿Ahora sois un matrimonio de viejos? Antes te ibas a la cama a las dos como muy pronto.

La habitación estaba en silencio y su voz resonaba con fuerza a través del teléfono, así que Rome podía oírlo todo.

—¿Necesitas algo, Jackson?

—Sí, estoy teniendo algunos problemas en el Ruin. ¿Puedes pasarte?

—¿Esta noche? —pregunté con incredulidad.

—Sí, esta noche. —No me estaba insultando tanto como haría habitualmente, probablemente porque necesitaba algo—. ¿Vas a venir o qué?

La hora de la noche que era para mí no suponía ninguna diferencia, pero Rome era un problema. No podía dejarla allí sola, aunque era poco probable que Hank hiciera nada.

Probablemente había renunciado a sus tendencias acosadoras al darse cuenta de que podía aplastarle el cráneo con una sola mano. Mentalmente, intenté tomar una decisión.

—¿Hola? —preguntó con voz irritada.

—Estoy pensando, idiota.

—Pues piensa más rápido.

No quería que el Ruin cambiara, aunque yo ya no fuera parte de él. Quería que siguiera siendo tan perfecto como era.

—Estaré allí en quince minutos.

—Genial. Ahora te veo. —Colgó.

Rome seguía allí tumbada como si no hubiera ocurrido nada, más preocupada por dormir que por la conversación con mi hermano.

—Cariño, vamos a vestirnos. —Le besé el hombro desnudo a modo de disculpa, deseando no tener que interrumpir su hermoso descanso.

—¿Por qué? —preguntó con un gemido somnoliento.

—Tenemos que pasar por el Ruin.

—Puedes ir sin mí. —Abrazó la almohada con más fuerza.

—La verdad es que no. —Volví a rozarle el hombro con los labios—. No quiero dejarte aquí sola en mitad de la noche.

—Seguro que estaré bien, Calloway.

—Preferiría no correr el riesgo. —Para conseguir que moviera el culo, la destapé y dejé que le diera el aire frío—. Vamos. Puedes quedarte en la oficina mientras me encargo de todo. Hasta puedes dormir si quieres.

Su respuesta fue un gruñido.

—Tienes dos opciones. —Me puse encima de ella y acerqué la cara a la suya—. O levantas el culo o te llevo en brazos. Tú decides.

Me rodeó la cintura con las piernas.

—¿Y si en vez de eso hacemos el amor y volvemos a dormir?

Gruñí por lo bajo, odiando aquella táctica astuta que acababa de emplear. Si alguna vez quería tenerme bajo su dominio, sólo tenía que ofrecerme sexo. Como un idiota sin cerebro, me había convertido en un loco por el sexo, obsesionado con aquella mujer.

—A pesar de lo tentador que suena, me necesitan allí.

Hizo un puchero con los labios para protestar.

—Hank no va a molestarme. —Me bajó las manos por el pecho—. Mi hombre grande y sexi lo ha espantado.

Cerré los ojos y dejé escapar otro suspiro frustrado.

—Sé lo que estás haciendo.

—Pues deja que lo haga —repuso—. Hazme el amor y después

márchate al Ruin.

Mi sexo sabía lo que quería, pero mi necesidad de protegerla se antepuso.

—Vamos, levanta el culo. No me hagas pedírtelo otra vez.

—En esta ocasión, me levanté de la cama para no verme tentado a sumergirme entre sus piernas.

Ella sabía que su táctica no iba a funcionar, así que suspiró y salió de la cama.

—Dame un momento para maquillarme y buscar algo que ponerme.

—No necesitas maquillaje. —Me encantaba su aspecto a primera hora de la mañana, con la cara fresca y los ojos

descansados. Me empapaba de sus rasgos por completo, viendo más allá del lápiz de ojos y la base que se ponía para ir al trabajo. En ambos casos estaba increíble, pero era una de las pocas mujeres que no necesitaban ningún tipo de ayuda para embellecerse—. Sólo estaré allí veinte minutos. —Entonces me di cuenta de que iba a llevar a Rome al Ruin, al lugar que contenía mi esencia. Vería de primera mano el tipo de basura que solía gustarme, que todavía me gustaba.

—Entonces, ¿para qué necesitas que vaya?

Caminé hasta ella y estuve a punto de agarrarla por el cuello, igual que antes hacía con Isabella. La desobediencia y las preguntas me irritaban, me contrariaban hasta la médula. Pero dejé la mano quieta, respetando los deseos de Rome.

—Ya sabes por qué.

EL PORTERO me lanzó una mirada y se hizo a un lado.

—Buenas noches, señor Owens.

—Hola, Charles. —Choqué el puño contra el suyo y agarré a Rome de la mano, manteniéndola a mi lado. Llevaba el anillo de sumisa, así que todos los dominantes de aquel lugar sabrían y respetarían que era mía. Pero, de todas formas, quería tenerla

cerca de mí.

La música retumbaba por los altavoces y la luz era tenue para que la gente pudiera zambullirse en las sombras. Algunas mujeres iban vestidas con prendas ceñidas de cuero. Otras llevaban el pecho descubierto y los pezones perforados con una cadena que colgaba entre ambos. Los hombres paseaban a sus sumisas con correas en el cuello, tirando de la cadena cuando sus mujeres no les seguían el paso.

Puse el brazo sobre la cintura de Rome y la guie a través de la caótica multitud hasta la segunda planta. Ella vio muchas cosas al mismo tiempo, un buen vistazo al inframundo. Era el tipo de cosa que uno no olvidaba.

Tiré de ella pasando por la barra hasta llegar a uno de los pasillos donde estaban las habitaciones privadas. Estaba pegada a mi costado, por lo que no había duda de que era de mi propiedad. No quería que los demás hombres la miraran siquiera. Con suerte, el hecho de haberla llevado allí aquella noche no

tendría repercusiones. Tal vez recordara por qué me había dejado y se marchara de nuevo. Ahora que Hank ya no era un problema, no había nada que la detuviera.

Pero no la dejaría ir.

No podía.

Abrí la puerta de la oficina y entré en la sala en la que solía sentarme a pensar todo el tiempo. Isabella solía arrodillarse delante de mi escritorio hasta que yo daba por terminado el trabajo. Entonces, ambos nos entregábamos a nuestra sesión de diversión.

Jackson ya estaba allí y era evidente que iba dejando su sello en aquel lugar. Había papeles esparcidos por todas partes y mi escritorio estaba completamente reorganizado. Había una mujer tumbada en uno de los sofás que estaba junto a la pared, vestida con un corsé negro y pantalones de cuero. Tenía los brazos estirados por encima de la cabeza y el pelo le caía sobre los cojines como una cascada.

—Ya estoy aquí. —Solté la mano de Rome cuando estuve delante del escritorio—. Toma asiento, cariño.

Miró a la mujer que había en el otro sofá como si acabara de

pedirle que se sentara con ella.

Di unas palmaditas en la silla de cuero que había delante de la mesa.

—Sólo serán unos minutos.

Se sentó y cruzó las piernas, intentando no mirar a nadie demasiado fijamente.

Jackson le lanzó una ojeada y después me miró a mí con una sonrisa.

Yo lo fulminé con la mirada, advirtiéndole de que sería estúpido decir una tontería en aquel preciso instante.

Jackson no me provocó.

—Estoy teniendo algunos problemas con el negocio. He preguntado por ahí, pero no he podido arreglarlo yo solo, así que gracias por venir.

—Tú intenta que no se convierta en una costumbre, ¿vale?

—Me has dejado este marrón sin avisar, imbécil. No tuve tiempo para prepararme.

—Has currado conmigo veinte años —le espeté—. Has tenido un montón de tiempo para prepararte, no es mi culpa que no escuches. Ahora vamos a acabar con esta mierda.

—¿Para que puedas volver a tu aburrida vida vainilla?

Lo amenacé con un gesto.

—¿Quieres que me largue ahora mismo?

Él puso los ojos en blanco y rodeó la mesa.

—Puede que me hayas dado el Ruin, pero los dos sabemos que siempre estarás unido a este lugar. —Se dirigió hacia la puerta—.

Vamos, ven conmigo.

Le dirigí una última mirada a Rome, con la esperanza de no ver decepción ni resentimiento en su rostro.

Su expresión era inexistente, inexpresiva como una pared en blanco. Fueran cuales fueran sus pensamientos, estaba decidida a no dejar que los viera.

TARDAMOS unos treinta minutos en tratar todos los problemas.

Jackson no había comprendido de cuántas cosas me encargaba en realidad en el Ruin. En cuanto me marché, se dio cuenta de que no sabía cómo manejar la electrónica del local, cómo controlar el espectáculo de luces, y otras cosas que a él le parecían insignificantes, pero que realmente tenían importancia en el club.

—¿Qué tal va todo con Vainilla? —preguntó cuando hubimos terminado.

—No puedo quejarme.

Nos quedamos en la planta alta cerca de las habitaciones privadas, en la parte opuesta al lugar en el que estaba mi antigua oficina.

—¿De verdad? —preguntó Jackson con incredulidad—. ¿Ha pasado un mes y no tienes ninguna queja?

Sí, echaba de menos ser su dominante. Conformarme con ser sólo su novio a veces me resultaba difícil, pero la mayor parte del tiempo, era feliz. Cuando comparaba mi vida actual con ella con cómo había sido cuando la perdí, sabía que había tomado la decisión correcta.

—Algunos días no son tan buenos como otros. —Cuando ella había abierto la jaula y había dejado salir a mi parte dominante sólo por un momento, me había resultado prácticamente imposible conseguir que volviera a entrar.

—¿Crees que puedes hacer esto para siempre?

La gente pasaba por nuestro lado en el pasillo, parejas que se dirigían a las salas de juegos exclusivas.

—No lo sé. —Tal vez se convirtiera en una rutina con el tiempo. Tal vez lo haría durante tanto tiempo que cambiaría. A lo mejor un día mis tendencias violentas desaparecerían.

—Es que, bueno, le he estado dando vueltas a si vas a volver...

—Cruzó los brazos sobre el pecho, con la cabeza ligeramente inclinada.

—¿Quieres que vuelva?

Después de una pausa larga, se encogió de hombros.

—Supongo que dirigir el Ruin no mola tanto como yo había pensado. Da muchísimo trabajo. Ya me conoces, me gusta hacer el bobo y cobrar. Tú eres mejor propietario de lo que yo le seré nunca, pero eso ya lo sabemos los dos.

No podía volver, ni siquiera después de que Jackson me lo hubiera pedido. La tentación era demasiado grande. No podía dejar a Rome sola en mi cama mientras yo me escabullía al inframundo. Sólo conseguiría poner a prueba mi paciencia, resquebrar mi fachada.

—Lo acabarás pillando, Jackson.

—Sí, pero no quiero hacerlo. Entonces, ¿todo esto con Rome es permanente? ¿Tengo que aceptarlo y punto?

—Sí. —Seguía sin poder imaginarme casándome. Ni siquiera podía decirle que la quería. Había renunciado a mi lado dominante por ella, pero había otras cosas con las que no podía ceder. Quizás llevaría más tiempo. O tal vez no ocurriría.

—¿Acaso no puedes seguir dirigiendo el Ruin y después volver a casa con ella?

Sacudí la cabeza.

—Sabes que sería demasiado difícil para mí.

—A Isabella no la engañabas mientras estabas aquí.

No era lo mismo, y él lo sabía.

—Si hemos acabado, debería marcharme a casa.

Al ver que Jackson no se movía, quedó claro que la conversación no había terminado.

—Isabella está mejor últimamente.

Quería decir que no me importaba, pero no era cierto. No sentía nada por ella, pero tampoco quería que fuera infeliz. Había pasado un año de mi vida con ella. Quería que tuviera una relación apasionada con otro hombre, ya fuera un dominante o alguien normal.

—Me alegro por ella.

—Pero sigue preguntando mucho por ti. Cuando le dije que te ibas a marchar del Ruin, se llevó una decepción.

—La vida sigue, ¿no? —Aunque Jackson no hubiera terminado la conversación, yo sí lo había hecho. Me giré y volví a la oficina. Jackson se rindió y me siguió.

—¿Cómo va todo con el psicópata ese? ¿Ha dejado a Rome en paz ya?

—Creo que he conseguido que se aleje. Es evidente que valora su vida y ha tomado la sabia decisión de marcharse.

—Si te da algún tipo de problema, avísame. No me importaría matarlo con mis propias manos.

Jackson a veces podía ser todo un enigma. Podía mosquearme una barbaridad, pero estaba ahí para las cosas importantes.

—Gracias. —Acabábamos de cruzar la pasarela hacia el otro lado cuando apareció Isabella. Como si tuviera un radar y pudiera rastrear cada uno de mis movimientos, siempre parecía detectar mi ubicación.

A juzgar por la sorpresa de su rostro, no esperaba verme. Se

me quedó mirando con sus ojos de color moca, embebiéndose de

mí como solía hacer antes. Aún se percibía el anhelo, los recuerdos de la intensa relación que habíamos tenido.

Estaba tan concentrado en su rostro, en su pelo negro azabache, que no me fijé en el hombre que había detrás de ella.

Llegó hasta ella y le rodeó la cintura con el brazo, inconsciente del contacto visual que compartíamos Isabella y yo.

Me crucé con ella y su hombro estuvo a punto de rozarme el brazo. Fue sólo un instante, y pasó en seguida. Yo seguí caminando y ella también. Me alegré de verla con alguien, de ver su cara atractiva en lugar de una cascada de lágrimas.

Finalmente la culpa dejó de resultarme una carga.

Tenía la esperanza de que aquello fuera definitivamente el final entre nosotros, de que hubiera aceptado el hecho de que yo me había consagrado a otra mujer para siempre. No había ninguna posibilidad de que volviéramos juntos. Yo estaba feliz donde estaba, con la mujer con la que estaba obsesionado.

Cuando Isabella ya no podía oírnos, Jackson habló.

—Te lo has tomado bien.

—No me importa que esté con otro.

—Ya lo sé, pero están yendo a una sala de juegos. Estoy seguro

de que eso te trae recuerdos.

Nunca olvidaría la sensación de tener un látigo en la mano.

Nunca olvidaría cómo se enrojecía el trasero de una mujer bajo el mordisco de mi cinturón de cuero. Por mi mente pasaron bridas, cadenas y esposas que me hicieron excitarme.

Me quité la idea de la cabeza, negándome a pensar en ello.

—No me importa.

ROME y yo no hablamos de camino a casa.

Conduje por las calles casi vacías hasta llegar a mi casa, a las afueras de la ciudad. Ella guardaba silencio desde su lado del coche, bien porque estaba disgustada, bien a causa del agotamiento. Por lo normal podía interpretarla bastante bien, pero en ese momento estaba completamente desorientado. Sin mirar a aquellos impresionantes ojos verdes, el portal de su alma, estaba a ciegas.

Aparqué en el garaje y entramos en la casa a oscuras.

Habíamos estado fuera una hora y media, así que los dos estaríamos cansados en el trabajo, un par de horas más tarde.

Pero prefería afrontar que estuviera un poco cansada a que fuera secuestrada por aquel psicópata.

Subimos a la planta de arriba y nos quitamos la ropa para poder volver a la cama. Mis pensamientos continuaban desviándose hacia las cosas depravadas que quería hacerle a Rome. Seguía imaginándomela con las manos atadas a la espalda, con el culo en pompa y los tobillos encadenados con grilletes. La imaginé suspendida del techo con las piernas alrededor de mi cintura. Me imaginé azotándola con la palma de la mano hasta que ambas nalgas estuvieran enrojecidas. Me había puesto duro como una piedra.

No quería acurrucarme con ella porque sabría lo excitado que estaba, y probablemente deduciría a qué se debía mi erección. Lo mejor era mantener la distancia e intentar pensar en otra cosa. Rome se puso de lado lejos de mí con las rodillas dobladas hacia el pecho. Al ver que no me dedicaba muestras de afecto, supe que algo iba mal.

Pero no quería hablar de ello, no cuando no tenía un buen argumento. Lo mejor era no decir nada y esperar que estuviera más calmada por la mañana. De todos modos, no había nada que decir que no se hubiera dicho ya.

Capítulo 5

Rome

SEGUIMOS NUESTRA RUTINA HABITUAL POR LA MAÑANA. NOS ARREGLAMOS Y

nos dirigimos al trabajo juntos a la hora de siempre.

Habitualmente nos cogíamos de la mano durante el trayecto en coche, y Calloway me pasaba su gran pulgar por los nudillos, pero aquel día no compartimos ningún gesto de afecto.

Cuando llegamos al trabajo, pasamos por delante del resto de la plantilla sin hacer nuestro típico teatrillo. Caminamos el uno junto al otro, casi rozándonos los brazos. Aunque para todos los demás, aquello era como si estuviéramos follando.

Calloway me acompañó a mi despacho, a pesar de que era innecesario. Aunque Hank hubiera sido una amenaza, no hacía falta que lo hiciera, pero como yo no estaba de humor para discutir, no me molesté en pelear.

Se quedó de pie en el umbral de la puerta, mirándome, diciéndome con aquellos ojos azules lo que sus labios no podían.

Me dirigió su típica mirada penetrante, disculpándose pero al mismo tiempo defendiendo su posición. Con aquellos hombros musculosos, su físico definido y la cara de estrella de cine, era difícil no desearlo, incluso después de la noche anterior.

—Luego te veo. —Entré en la oficina para no tener que seguir mirándolo. No estaba completamente segura de cómo me sentía con respecto a la noche anterior, pero fuera lo que fuera, no era algo bueno.

Me siguió al interior y me rodeó la cintura con el brazo. Me atrajo hacia su pecho y me dio un beso lento en los labios, sin importarle un comino que un compañero pasara por allí y presenciara aquella muestra de afecto.

Quise apartarlo, pero mi cuerpo reaccionó de inmediato. En aquel momento, mis labios le devolvieron el beso, y el corazón me aleteó como las alas de una mariposa. Apoyé los brazos sobre los suyos y sentí su erección a través de sus pantalones de vestir. Él se separó y me lanzó aquella mirada intensa, sin duda deseando besarme durante más tiempo y con más intensidad. Si pudiera hacer su voluntad, me habría puesto encima del escritorio y me habría tomado allí mismo.

Pero tomó la decisión correcta.

Sin decir una palabra más, salió y se encaminó hacia su oficina.

Yo me apoyé sobre el escritorio y me agarré al borde, sabiendo que pensaría en aquel beso durante todo el día, hasta recibir el siguiente.

TENÍAMOS una reunión en la sala de conferencias durante la comida.

Y eso significaba que era una de las raras ocasiones en que vería a Calloway en horas de trabajo.

Tomé asiento con mi sándwich y mi ensalada y, por supuesto, nadie se sentó a mi lado hasta poco antes del comienzo de la reunión, cuando ya no quedaban más asientos entre los que elegir. Bill se sentó a mi derecha y Alexa a mi izquierda.

Nadie me dedicó ningún tipo de saludo.

Calloway entró justo en el último minuto, esperando hasta que todas las personas de la oficina estuvieron preparadas para hacer acto de presencia. Caminó hasta la cabecera de la mesa, al asiento que todo el mundo sabía que estaba reservado para él.

Pero no se sentó.

Cogió el mando del proyector y pulsó un botón.

—Buenas tardes a todos. Vamos a repasar el último trimestre, porque podríamos hacer algunas mejoras importantes. —Apretó

el botón de nuevo y cambió de diapositiva. Como si hubieran liberado a un toro de su celda, inclinó la cabeza con aspecto enfadado. A veces costaba distinguir si estaba serio y concentrado, o simplemente cabreado.

En cualquier caso, estaba tremendamente sexi.

En lugar de escuchar lo que estaba diciendo, yo seguí fantaseando con él. Estaba muy sensual con aquel traje negro, que destacaba sus hombros anchos y fuertes y sus piernas largas y musculosas. Si tenía que permanecer sentada allí y mirarlo durante una hora, sabía que era imposible no pensar en sexo.

Estaba segura de que todas las demás mujeres de la sala estaban pensando lo mismo.

Me imaginé postrándome de rodillas delante de él, con su enorme sexo hundido en mi garganta mientras me sostenía por el pelo como si fueran las riendas de un caballo.

Di un sorbo de agua y me obligué a relajarme.

—Nos han invitado a un evento benéfico de toda la ciudad que tendrá lugar en el Plaza el sábado que viene. Es una responsabilidad laboral y espero que todo el mundo asista. Todos cobraréis las horas extras por vuestra asistencia. Si os viene mal,

hablad con Theresa y veremos qué podemos hacer.

Todo el mundo recogió sus cosas, dando la reunión por

—
terminada.

—No he acabado. —La profunda voz de Calloway hizo eco en la sala y todo el mundo se encogió en sus asientos. Sus empleados lo respetaban a él y respetaban la empresa que había creado, y rara vez lo oían ponerse tan sombrío. Yo estaba acostumbrada, pero sabía que ellos no.

Tiró el mando a la mesa y se metió las manos en los bolsillos.

—Tengo que decir que estoy muy decepcionado con todos vosotros por el modo en que estáis tratando a Rome.

Dios mío.

No.

¿Qué coño estaba haciendo?

—Sí, estamos liados. Sí, es una empleada; pero sinceramente, no es asunto vuestro. Rome es la que más trabaja aquí. Se come vuestros marrones sin esperar que le deis las gracias, y nunca habíamos sido tan productivos como lo somos desde que ella se ha unido al equipo. Todas las mejoras que hay que hacer se deben

a vuestras negligencias, no a las suyas. Así que en vez de excluirla como si estuviéramos en el comedor del instituto, espero que todos y cada uno de vosotros la tratéis con respeto, tal y como hacíais antes de que hiciéramos pública nuestra relación. Si no podéis hacerlo, estaré más que dispuesto a sustituiros.

—Cogió una pila de carpetas y la dejó caer sobre la mesa. Se oyó un golpe sordo cuando chocó contra la superficie de madera—. Estas son todas las solicitudes de trabajo que he recibido en un mes. —En aquel montón debía de haber centenares—. Sólo para vuestra información.

ESTABA MUERTA DE VERGÜENZA.

Había soltado aquella bomba sin que yo tuviera ni idea de lo que iba a hacer. Había dado por sentado que sería una reunión trimestral rutinaria, como las que habíamos tenido en otras ocasiones, pero él había aprovechado la oportunidad para poner nuestra relación sobre la mesa.

Estaba segura de que no había hecho más que empeorar la situación.

Pasé el resto de la tarde metida en mi despacho, intentando esconderme de todo el mundo para que no vieran lo sonrojadas

que tenía las mejillas. Pasaría al menos un mes hasta que todo el mundo dejara de hablar del tema.

Quizás incluso más.

—Hola, Rome. —Alexa llamó a mi puerta, que estaba abierta, antes de pasar a la oficina.

Tal vez debería haber dejado la puerta cerrada.

—Hola, Alexa. ¿Puedo ayudarte en algo? —Cuando mis compañeros necesitaban algo de mí, normalmente se limitaban a enviarme un correo. Dado que antes venían a mi despacho, sabía que se trataba de una táctica para evitarme. Ahora se me hacía raro hablar con alguien cara a cara.

—Voy a ir a la cafetería de abajo. ¿Quieres algo? —No me miraba con aquella mirada prejuiciosa que me había acostumbrado a recibir. Hasta ella misma me la había dedicado unas cuantas veces.

—Eh... —No pude pensar con rapidez por lo mucho que me sorprendió la oferta—. Sí, un café solo. —No me apetecía tomar café, pero quería que aquella conversación fuera bien. Cogí la cartera y busqué dinero.

—No te preocupes —dijo mientras se marchaba—. Puedes

pagar tú la próxima vez.

Ahora ya no sabía qué estaba pasando. ¿Acaso iban a cambiar su actitud para mantener el trabajo? ¿O se habían dado cuenta de que se estaban comportando como imbéciles conmigo? No estaba

segura, pero esperaba que fuera lo segundo.

CALLOWAY VINO a mi oficina cuando terminó de trabajar. A veces se quedaba más que el resto porque tenía más cosas que hacer, así que yo también continuaba trabajando hasta que venía a buscarme.

Se apoyó contra el marco de la puerta y anunció su presencia en silencio. Era tan poderosa que notaba cuándo venía por el pasillo de camino a mi oficina. No podía oírlo, pero sin duda podía sentirlo.

Como de costumbre, organicé mis cosas y salí con él.

Calloway andaba con las manos en los bolsillos y se despidió de las pocas personas que seguían frente a sus escritorios.

Ellos también se despidieron de mí, lo cual era un cambio agradable.

En el momento en que estuvimos en el ascensor con las

puertas cerradas, le solté lo que pensaba.

—¿Estás loco?

—Sí. —Tenía la mirada fija al frente—. Pero eso ya lo sabías.

—No me puedo creer que soltaras todo eso en la reunión.

—Me da igual. Soy el propietario de esta empresa y puedo hacer lo que me dé la puta gana. —Me lanzó una mirada, con unos ojos que irradiaban autoridad—. Si no les gusta, pueden buscarse otro trabajo. Yo ofrezco unos salarios buenísimos, prestaciones, una cantidad de tiempo exagerada para las bajas por enfermedad y de maternidad y una pensión, así que a lo mejor deberían valorar lo que les doy, y demostrarlo tratándote como a un ser humano, y no como a una puta.

Yo sabía que sus intenciones eran buenas, y eso me llegaba al corazón.

—Es que no quiero que la gente me odie aún más.

—Te lo repito: si tienen algún problema, se pueden largar.

Alexa me había llevado el café aquella tarde, y Bill me había saludado cuando fui a coger un bollo a la sala de descanso. De repente, todos habían dejado de tratarme como si yo fuera invisible. Probablemente sólo lo hacían por guardar las

apariencias, pero de todos modos, era un cambio agradable.

Se ajustó los gemelos sin mirarse las manos.

—Siempre les he mostrado respeto. Ya era hora de que hicieran lo mismo por mí. —Las puertas se abrieron y salió con el aspecto de un modelo que acababa de desfilarse por una pasarela.

Caminamos hasta el coche y su chófer nos llevó a casa.

Calloway se sentó en el otro lado del coche con las piernas estiradas y las rodillas separadas. Apoyó el codo en el reposabrazos y miró por la ventana, absorto en sus pensamientos.

El chófer bajó la ventanilla de separación para poder hablar con Calloway.

—Señor Owens, su equipo ya ha sido entregado. Acaban de terminar de instalarlo todo en el garaje.

Calloway mantuvo la mirada fija en el exterior.

—Gracias, Tom.

El conductor volvió a subir la ventanilla.

Tenía curiosidad por saber a qué tipo de equipo se estaba refiriendo, pero no sabía si sería entrometido preguntar. Decidió no hacerlo, con la esperanza de que Calloway lo mencionara.

Ahora mismo me sentía como una visita a largo plazo. El único motivo por el que vivía con él y por el que lo había hecho en el pasado era por protección. Nunca me había pedido oficialmente que viviera con él de forma permanente, así que no creía tener derecho a preguntar nada.

Llegamos a la casa y pasamos al interior. Calloway fue inmediatamente al garaje mientras se aflojaba la corbata del cuello.

No pensé que seguirlo pudiera tener nada de malo.

Abrimos la puerta del lugar donde se encontraba su Aston Martin. Tenía un garaje de dos plazas, pero un solo coche, así que había espacio libre. Ahora había una cinta de correr, algunas máquinas de pesas, mancuernas y algunas bancas de ejercicio. Era un gimnasio personal y todo el equipo era completamente nuevo.

Calloway lo inspeccionó todo, asegurándose de que fuera exactamente lo que había pedido. Miró las mancuernas y examinó la cinta de correr.

—Supongo que no esperas que use nada de eso. —Yo no era una persona deportista. Prefería no comer que hacer deporte. O

al menos, eso era lo que había hecho toda mi vida.

Me miró sin una pizca de diversión.

—He dejado de lado mis sesiones en el gimnasio y he pensado que si tenía mi propia sala de ejercicio, podría hacer deporte mientras estás en casa. Así tengo ambas cosas.

—Creo que puedes irte una hora al gimnasio y dejarme sola.

—Después de ver cómo se acobardaba Hank, ya no le tenía miedo—. O podría ir contigo al gimnasio y caminar, o algo así.

Volvió hasta la puerta.

—Esto me viene mejor, de todas formas. No me gusta estar con gente. —Entró y cerró la puerta a nuestras espaldas.

Ahora que estábamos a solas, me vinieron a la mente los acontecimientos de la noche anterior. Calloway sabía que estaba disgustada, pero no me había preguntado al respecto. Yo tampoco había sacado el tema, porque ni siquiera sabía qué era lo que quería decir.

Calloway se quitó la chaqueta y la lanzó al reposabrazos. Se desabotonó la parte superior de la camisa y dejó que los dos extremos de la corbata le colgaran sobre el pecho. Se metió las manos en los bolsillos y me miró.

Yo crucé los brazos sobre el pecho y le devolví la mirada.

—Estás enfadada conmigo. —No formuló una pregunta, pero sonó como si lo fuera.

—No, no estoy enfadada.

—¿Entonces? —preguntó quedamente.

Yo sabía lo que era el Ruin, pero nunca lo había visto con mis propios ojos. Había presenciado cosas que no podría borrar de mi mente jamás.

—Es que... supongo que estoy abrumada por lo que vi anoche.

—Christopher me había hablado de las mujeres que accedían voluntariamente a ponerse cadenas en el cuello, pero verlo en persona había sido muy distinto. Las mujeres apartaban la mirada cuando se les acercaba un hombre que no era su dominante. Las mujeres eran ciudadanas de segunda y deseaban que así fuera—. Supongo que sigue impactándome que te guste eso... que quieras que yo sea así.

Me sostuvo la mirada sin parpadear, con una expresión dura e indescifrable. Apartó la vista y se frotó la barbilla, rozándose con los ásperos dedos la barba incipiente que le brotaba en la mandíbula. Cuando se afeitaba, tenía un aspecto limpio y

sensual. Cuando no se afeitaba, estaba tosco y sensual. Se pasó el pulgar por el labio inferior antes de girarse hacia mí.

—No voy a disculparme por las cosas que me excitan. No me avergüenzan mis gustos. Seguiré diciéndote que es una de las relaciones más bonitas entre un hombre y una mujer. Mataría por tener eso contigo, por contar con tu confianza inquebrantable. Me encantaría dominarte, atarte y controlarte. Me encantaría inmovilizarte y tomarte como me diera la gana. Me encantaría que me obedecieras. —Cerró los ojos como si le inundara una oleada de emociones. No pudo seguir hablando hasta que volvió a tomar las riendas de su cordura. Abrió los ojos de nuevo, con la mandíbula apretada con fuerza—. Te he dado lo que quieres, así que no tienes derecho a juzgarme. Tú me dices que me quieres, pero yo te he dado algo para demostrar lo profundos que son mis sentimientos. He renunciado a mi mayor alegría para estar contigo, y eso no es poco. Es un sacrificio. No lo habría hecho por ninguna mujer del mundo, excepto por ti. Sentí dos emociones contradictorias al mismo tiempo. Seguía molestándome que quisiera hacer esas cosas conmigo, que quisiera que me sometiera a él. Renunciar a mi libertad y

disfrutar de su crueldad era algo que me desconcertaba. Sería atentar contra mi propio género. Pero las palabras que dijo a continuación me dejaron completamente paralizada. Quería estar conmigo en detrimento de todo lo demás, y eso para mí significaba un mundo.

Me observó mientras esperaba mi reacción, mientras esperaba a que dijera algo.

Yo nunca querría ser su sumisa, pero había algo en sus palabras que me excitó. Sabía que si alguna vez me arrodillaba y dejaba que me diera órdenes, se pondría más que nunca. Se le expandiría el pecho por los fuertes jadeos y su intensidad se multiplicaría por un millón. La idea de excitar a Calloway me excitó a mí, pero ni aun así haría aquel sacrificio.

—No te juzgo, Calloway. Nunca te he juzgado. Es sólo que no lo entiendo.

—Lo entenderías si lo intentaras. —Sus palabras insinuaban a qué se refería, dejaban claro que tenía que permitirle ser un dominante para comprender realmente lo que quería decir.

Tendría que sumergirme con él en la oscuridad, convertirme en un demonio al igual que él.

—Es que... desearía ser suficiente para ti.

Su mirada se suavizó, con remordimiento.

—Nunca he dicho que no lo seas, Rome. Cuando fui al Ruin, no me excitó el recuerdo de tener una sumisa. Me excitó la fantasía de tenerte a ti como mi sumisa, de convertirte en mi juguete.

Siempre has sido suficiente para mí, cariño. No quiero estar con nadie más que contigo.

Bajé la vista al suelo, incapaz de seguir manteniendo su intensa mirada.

—Después de todo este tiempo, desearía que entendieras que yo nunca te haría daño. Que lo que nosotros tendríamos no se parecería en nada a la relación violenta que tenías con ese cabrón.

—Sé que sería diferente, Calloway. No te comparo...

—Entonces, ¿por qué no lo pruebas conmigo?

Debería haber sabido que la conversación acabaría así.

Durante las primeras semanas, habíamos sido felices juntos, pero la verdad siempre hallaba un modo de volver.

—Porque no quiero, Calloway. —Intenté decirlo con la mayor suavidad posible, aunque se sentiría decepcionado igualmente—.

No siento ningún deseo de que me traten así. Me encanta que hagamos el amor. Me encanta cuando ni siquiera nos da tiempo a quitarnos la ropa antes de follar en la mesa de la cocina. Ese tipo de pasión es más que suficiente para mí. No quiero que cambie.

—¿Y si tenemos las dos cosas?

—No. —No quería cumplir su fantasía de ser una posesión endeble.

—Yo he hecho un sacrificio por ti. ¿No vas a hacer tú uno por mí? —Logró que la dureza no se transmitiera en su voz, pero dejó escapar algo de resentimiento.

—Yo nunca te pedí que hicieras ese sacrificio.

—Y una mierda.

Una ráfaga de fuego me sacudió el cuerpo a un millón de kilómetros por hora.

—Yo te dije que no quería ser tu sumisa y me marché. Fuiste tú el que dijiste que cambiarías para que esto saliera bien. Yo nunca te pedí que lo hicieras.

—Pero no me dejaste otra opción.

—No es lo mismo —rebatí—. Si tanto lo echas de menos, ¿por qué no vuelves? Puedes encontrar una mujer mucho más guapa

que yo que se ponga de rodillas y te pida que la fustigues. —La idea de que estuviera con otra persona me repugnaba, pero estaba demasiado enfadada como para controlar lo que decía. —No puedo vivir sin ti —soltó—. Y no hagas como si no lo supieras.

—Nunca me dices que me quieres.

Se le hinchó la nariz, como si hubiera dicho algo que lo había cabreado de verdad. Se le tensaron los hombros de furia y respiró dejando a un lado la ira e intentando mantenerse bajo control.

Después, de repente, se movió hacia a mí.

Se abalanzó sobre mí con tanta rapidez que apenas lo vi moverse. Sólo podía echarme hacia atrás, y mi espalda chocó contra la encimera de la cocina cuando me quedé sin espacio. Me agarró de las caderas y me subió a la encimera antes de tirar de las bragas y rasgármelas. Se desabrochó los pantalones y se sacó el miembro en tiempo récord, introduciéndose en mi interior con violencia.

Yo me agarré a sus hombros y me sujeté mientras me follaba sobre la encimera, penetrándome con fuerza, sin darle ni un segundo a mi cuerpo para acostumbrarse a su gran tamaño. Fue

más brusco de lo que nunca antes había sido, tomándome como un animal.

Me agarró de la nuca y me miró a los ojos, aún embistiéndome hasta el fondo.

—Porque no hace falta que lo diga.

Capítulo 6

Calloway

ROME NO IBA A CAMBIAR DE OPINIÓN.

Tenía que aceptarlo y seguir adelante.

La mayor parte del tiempo, creía que podía lograrlo. El sexo me satisfacía. No quería estar con ninguna mujer que no fuera ella. No fantaseaba con otras mujeres, y evidentemente no pensaba en mi antigua amante, Isabella.

Pero había momentos... de debilidad.

A veces mis pensamientos divagaban durante las horas de trabajo e imaginaba cómo sería tener a Rome en mi sala de juegos exclusiva del Ruin. Restallaría el filo del látigo contra su piel delicada, dibujando patrones con mis movimientos. Y golpearía sin avisar, dándole palmadas en la espalda y el trasero. Y también en la cima entre sus piernas.

Me di cuenta de que me había excitado tanto que me obligué a pensar en el trabajo, algo que me parecía inherentemente aburrido. Normalmente empleaba ese truco y el miembro se me desinflaba como un globo pinchado. Tras unos minutos de dolor en los testículos, aquella sensación también desaparecía.

Y yo volvía a la calma.

Rome y yo no volvimos a hablar de nuestra pelea después de hacerlo en la encimera de la cocina. Los dos descargamos la rabia en el otro, follando para despojarnos de la irritación que sentíamos ambos. Yo quería que cambiara para mí, que se comprometiera del todo. Y ella quería que yo fuera absolutamente vainilla, un hombre que quedaba satisfecho con el sexo normal.

Nunca habría un punto intermedio.

Pero como no había otra opción, me quedé. Yo podría estar con otra mujer, pero eso significaría que ella podría estar con otro hombre.

Y eso, sin duda alguna, me llevaría a cometer un asesinato.

Dediqué toda mi energía a hacer deporte aquella mañana antes de que Rome se levantara, echando una larga carrera en la

pista de correr y después entregándome a fondo con las pesas. Últimamente no había seguido mi rutina porque estaba demasiado deprimido cuando Rome me había dejado. Luego, cuando volvió conmigo, no había querido dejarla desprotegida sólo para ir al gimnasio. Montar un gimnasio privado en el garaje parecía ser la mejor solución para mi problema.

Terminé una serie y después me senté en el banco de ejercicio, con el sudor empapándome la ropa y la piel. Era agradable volver a hacer deporte. Mi cuerpo por fin estaba en movimiento y sentía aquellas endorfinas que echaba de menos. En algunos aspectos, la intensidad me recordaba a mis sesiones con una sumisa: enérgicas y estimulantes.

La puerta del garaje se abrió y Rome apareció allí de pie con una de mis camisetas negras. Mi ropa le quedaba al menos tres tallas grande, pero aquella tela informe de algún modo la hacía sexi, probablemente porque sólo era otra forma en que yo la poseía.

—Es sábado por la mañana.

—¿Y?

—¿Quién hace deporte un sábado por la mañana? —preguntó

con incredulidad.

—Un hombre con una mujer atractiva a la que satisfacer.

—Coloqué las pesas y me limpié el sudor de la frente con la camiseta.

—Pues entonces podrías venir arriba y satisfacerme —dijo con picardía—. Y dejar las pesas.

—Va de la mano. —Si quería que siguiera siendo tan adicta a mí como yo lo era a ella, tenía que mantenerme en forma. Mi cuerpo necesitaba estar cincelado como el mármol y mis músculos debían ser tan duros como el cemento. A Rome le encantaban mi tamaño y mi fuerza. Nunca me lo había dicho específicamente, pero yo lo notaba.

—Voy a preparar el desayuno. ¿Quieres algo?

—Claras de huevo y tostada de trigo.

Entornó los ojos.

—Esa es la comida más aburrida que he oído en mi vida.

—No está tan mal. —Me masajé las manos porque había notado cómo se me tensaban los músculos de las articulaciones al agarrar las barras de metal de las pesas—. Voy a ducharme. En quince minutos estoy contigo.

—Vale. —Se puso de puntillas y me besó los labios, sin preocuparse por el sudor. Me puso la mano en el pecho, encima de la camiseta húmeda. Aquello tampoco pareció importarle porque cuando se apartó, tenía una sonrisa en los labios.

—Me encantaría verte hacer deporte alguna vez.

—Entonces, lo haré sin camiseta. —Fui a la planta de arriba y me duché antes de reunirme con ella en la mesa de la cocina. Mi aburrida comida estaba tapada con papel de aluminio para que se mantuviera caliente. Lo quité y di un sorbo al café.

Era obvio que ninguno de los dos iba a mencionar la noche anterior. La conversación no iba a llegar a buen puerto.

Tendríamos que aceptar la postura del otro y sacarle el mejor partido posible. Ninguno de los dos quería dejarlo ni estar con otra persona. Ignorar aquel descomunal problema era la única opción que teníamos.

Rome dio un mordisco a su única rebanada de pan francés y se puso a leer el periódico. Había círculos negros marcados sobre algunos anuncios, como si estuviera buscando algo que comprar.

Di un sorbo al café y entrecerré los ojos para ver lo que hacía.

—¿Qué estás haciendo?

—Estaba viendo los anuncios para ver si hay algo disponible.

—¿Anuncios de qué?

—De apartamentos.

Estaba a punto de dar un mordisco a la tostada cuando dudé.

¿Estaba planteándose marcharse?

—¿Por qué buscas un apartamento? —¿Era por la pelea de la noche anterior?

—Porque sé que me mudé aquí por la situación con Hank.

Ahora que ya no es un problema, he pensando que debería marcharme. —Finalmente levantó la vista del periódico y me miró a los ojos. Hizo una mueca de inmediato al ver la furia que destilaban mis ojos.

—Primero, no sabemos si sigue siendo un problema. Se acojonó al enfrentarse a mí cara a cara, pero a lo mejor le echa huevos y reúne un poco de valor. Segundo, ya viviste conmigo una vez y te marchaste, aunque yo no quería. Ahora estás intentando largarte otra vez. Yo quiero que estemos los dos bajo el mismo techo, así que no te vas a ir a ninguna parte.

—Es sólo que...

Le arrebaté el periódico y lo arrugué con una mano antes de

ponerlo sobre la mesa.

Rome permaneció tranquila a pesar de mi hostilidad.

—Me pediste que viviera contigo porque Hank era un problema. No sabía si la oferta seguía en pie porque...

—Siempre está en pie. —Quería que durmiera conmigo todas las noches. Quería mirarla a la cara todas las mañanas. Quería que estuviéramos juntos todo el tiempo. Si vivía con otra persona, pagar el alquiler sería tirar dinero, porque pasaría todo el tiempo en mi casa de todas formas. Y yo estaría constantemente preocupado si viviera sola.

—Entonces... ¿me estás pidiendo que me quede a vivir contigo?

—Claro.

—Calloway. —Me dirigió una mirada firme, diciéndome que hablaba completamente en serio—. ¿De verdad me lo estás pidiendo?

Ni siquiera llevábamos un año saliendo y nuestra relación estaba muy lejos de ser normal. Habíamos esperado un mes para acostarnos, pero aun así nuestra relación avanzaba a un paso alarmantemente rápido. Pero en mi mente no había rastro de

duda de que ella debía estar allí, conmigo. No quería que viviera sola sólo por principios. Quería que estuviéramos juntos para siempre.

—No.

Frunció el ceño.

—Te estoy diciendo que vivas conmigo.

Se le enterneció la mirada al oír mi puntualización y las mejillas se le tiñeron de rubor. Cuando mostraba su parte vulnerable, era de algún modo más guapa que cuando estaba enfadada. Respiró hondo como si estuviera intentando controlar una emoción que se le estuviera arremolinando en el pecho.

—Vale. Porque de todas formas, yo no quería marcharme.

—Cogió el periódico hecho una bola y me lo lanzó a la cara con un gesto juguetón.

Dejé que me rebotara en la mejilla antes de sonreír.

—Me alegro de que por fin estemos de acuerdo en algo.

EN CUANTO ME desperté a la mañana siguiente, el pene me latía, ansioso por descargarse. Apenas abrí los ojos antes de girarme y ponerme encima de Rome, separándole los muslos con las

rodillas.

Todavía estaba medio dormida, pero su cuerpo me respondió y las piernas se le abrieron con facilidad. Respiró hondo mientras abría los ojos, contemplando mis rasgos mientras me pasaba los dedos por el cuerpo. Su cuerpo se balanceó ligeramente, cobrando vida ahora que sabía lo que se avecinaba.

Mi glande encontró su abertura como si tuviera vida propia.

Me deslicé en su interior y sentí la humedad entre sus piernas.

Me abrí paso, apreciando lo resbaladiza que estaba mientras me hundía en ella. Aquella mañana de domingo decidí ser holgazán y me sostuve apoyado sobre los codos. Una vez que estuve completamente dentro, le pegué la cara al cuello y embestí lentamente.

Ella aún no estaba totalmente despierta, pero eso hacía que el sexo fuera mejor. Podíamos sentirnos mutuamente de verdad, sin pensar. Lo único que hacíamos era disfrutar de estar en contacto con el otro, del éxtasis de nuestro afecto. Mi miembro se sentía en casa al estar en su apretada entrepierna, el lugar que había reclamado como propiedad exclusiva.

Ella hundió la cara en mi cuello mientras me agarraba los

hombros con las manos. Se mecía suavemente conmigo, pero me dejaba hacer la mayor parte del trabajo. Era un polvo perezoso en el que los dos nos estábamos excitando, pero haciendo el mínimo esfuerzo posible.

Nunca habría pensado que lo disfrutaría tanto.

No hubo preliminares. No se dijeron obscenidades. Sólo había buen sexo.

Se corrió en tiempo récord, respirando con fuerza contra mi cuello mientras se dejaba atravesar por la sensación. Me clavó los dientes en la piel, mordiendo el músculo mientras amortiguaba el grito. Todavía tenía la garganta áspera por el sueño de la noche, así que sus gemidos no se oyeron como habitualmente.

Ahora quería correrme.

Tenía la vagina húmeda y prieta, y seguía mordiéndome mientras me arrastraba las uñas por los hombros.

Le posé los labios sobre la sien mientras daba los últimos empujones.

—Me encanta correrme dentro de ti, cariño.

—Mmm... —Tiró de mí, introduciéndome hasta el fondo, mientras se preparaba para mi orgasmo.

Aquel sonido leve y sensual que hizo me llevó a explotar. Me enterré lo más profundamente que pude, derramando mi semilla y sintiéndome extasiado mientras lo hacía. No había nada que me hiciera sentir más hombre que correrme dentro de Rome. Al terminar, me quedé en la misma posición, aún con la cara hundida en su cuello. Podía oler su aroma natural con facilidad, y me encantaba. Mi sexo se ablandó dentro de ella, pero no tenía prisa por marcharme.

—Buenos días.

—Buenos días. —Suspiró y dejó todas las extremidades enganchadas alrededor de mí, poco interesada en alejarse, al igual que yo.

—Podría quedarme así todo el día.

—Yo también... si no fuera porque tengo que hacer pis.

Solté una risa y le besé el nacimiento del pelo.

—Buen argumento. —Me aparté de ella y salí lentamente,

—

mientras mi miembro aún dejaba caer gotas de mi semilla.

Cuando bajé la mirada a su entrepierna, vi cómo goteaba mi semen.

Y volví a excitarme de nuevo.

Rome se llevó los dedos entre las piernas y se tocó esa zona, logrando que el semen se le pegara a los dedos. Se los metió en la boca y los chupó.

«La madre que la parió».

Me dedicó una sonrisa seductora antes de salir de la cama.

No iba a dejar que se marchara después de aquello. La agarré de la muñeca y tiré de ella hacia la cama. La coloqué en diagonal, me volví a poner encima y la penetré con mi miembro a medio empalmar. Me introduje entre su humedad y los restos de mi corrida y, en cuestión de minutos, volví a tenerla dura.

—No te vas a ir a ningún sitio.

—COMO NO TENEMOS ningún plan hoy, ¿qué te parece que vayamos a ver a tu madre? —Rome puso los platos en la mesa, pollo a la plancha con arroz y verduras. Se sentó como si la conversación fuera casual.

Pero cuando se trataba de mi madre, nunca era casual.

Llevaba tiempo sin ir a leerle a mi madre. Había estado demasiado angustiado cuando Rome me había dejado, y cuando volvió, estaba demasiado preocupado. Cada vez que iba a ver a mi

madre, esperaba que las cosas fueran más fáciles, pero nunca era así.

Al ver que no decía nada, Rome levantó la vista del plato y me miró.

—Llevo tiempo sin ir a verla y con intención de pasarme por allí. —Me llevé un bocado a la boca.

—Entonces deberíamos ir hoy.

No quería complicar las cosas, pero había algo que tenía que decir.

—Aprecio la oferta, pero no hace falta que vengas conmigo.

No me importa ir solo.

Me miró dubitativa, como si no estuviera segura de si había dicho algo equivocado.

—¿Preferirías ir solo?

—No. Es sólo que no quiero que te sientas obligada. —Era mi madre, no la suya. No era una carga que Rome tuviera que soportar.

—No me siento obligada, Calloway —dijo en voz baja—. No tienes que hacerlo todo solo. Estamos juntos en esto, lo sabes. Tú

me ayudaste con Hank cuando no tenías por qué hacerlo. Yo quiero ayudarte de cualquier manera que pueda. Al parecer mi presencia le va bien a su memoria...

Cuanto más avanzaba aquella relación, más me daba cuenta de lo dependiente que era de ella. Antes de que Rome llegara a mi vida, no estaba atado a nadie ni a nada. Estaba solo y era libre, pero me parecía bien. Pero en el momento en que había mirado a Rome, había sentido algo. Había resultado ser una mujer de la que nunca podría alejarme. El afecto, la cercanía, todo era agradable. Ahora era adicto a todo aquello.

—Vale. Iremos cuando terminemos de comer.

CON EL MISMO libro bajo el brazo, entramos en la residencia de cuidados asistidos y saludamos a la enfermera de mi madre. Ella siempre se acordaba de mí porque llevaba años yendo a aquel lugar. Sabía muchas cosas sobre mi vida, sobre mi trabajo e incluso sobre Jackson, mi hermano pequeño. Pero eso no compensaba el hecho de que mi madre ni siquiera se acordara de mi cara.

Caminamos hasta la habitación de mi madre, un apartamento pequeño con un salón, una cocina y un dormitorio individual al

final del pasillo. Era un lugar agradable con mucho espacio para una sola persona, y el balcón era la mejor parte. Me costaba un ojo de la cara mantenerla allí, especialmente porque Jackson se negaba a contribuir. Pero merecía la pena saber que vivía en un buen lugar.

Mi madre estaba en el balcón en su mecedora, como siempre.

Cuando estaba bien, solía hacer exactamente lo mismo.

Cualquier excusa servía para estar fuera. Le gustaba pasar tiempo en labores de jardinería o simplemente dando sorbos a un vaso de limonada mientras miraba a los niños del vecindario en sus bicicletas.

Examiné sus rasgos en cuanto puse un pie fuera, viendo mis ojos en su rostro. Incluso sin su memoria, seguía manteniendo la misma elegancia. Sus atuendos siempre tenían que ser bonitos y sin arrugas, y las joyas que se ponía estaban muy elegidas. No tenía a nadie a quien impresionar, pero estaba en sus principios el deseo de tener buen aspecto.

Como todas las demás veces en que la veía, me presenté.

—Soy Calloway. Soy de Humanitarias United y he venido a leerte. —Extendí la mano.

Ella la observó durante un momento, como si no estuviera segura de si debía tocarme. Después puso la mano sobre la mía y me dio un suave apretón.

—Encantada de conocerte, Calloway. Siéntate, por favor.

Me hice a un lado y dejé que Rome la saludara.

Mi madre se quedó mirándole la mano fijamente, y un atisbo de reconocimiento le cruzó el rostro.

—¿Te conozco de algo, querida?

No debería sentir celos por el hecho de que mi madre recordara a Rome mejor que a mí. Sólo debería albergar la esperanza de que hubiera una posibilidad de que mi madre pudiera volver a ser ella gracias a aquello, de que pudiera recordar algunos acontecimientos de su vida, incluyéndome a mí.

—Vine a leerte hace tiempo. —Rome puso la mano sobre la de mi madre, con un cálido gesto de afecto—. Debes de recordarme por eso. —Se inclinó hacia abajo y abrazó a mi madre, rodeándola con los brazos.

Mi madre se enterneció al notarlo y le devolvió el abrazo, como si estuviera saludando a una hija.

—Qué adorable eres.

Rome se sentó en la silla a mi lado, aún con aquella preciosa sonrisa en la cara. No sólo era guapa, sino que además tenía aquella fascinante cualidad que atraía la atención de todo el mundo. Había algo en ella que obsesionaba a todo el mundo, que hacía que desearan saber más sobre ella y estar con ella constantemente. Era obvio que tenía algún tipo de habilidad especial porque me había cambiado a mí, a un dominante.

—¿Qué tal va el día? —Rome cruzó las piernas y se metió el pelo detrás de la oreja.

—Va —dijo mi madre con un suspiro—. He tenido una mañana difícil... No recordaba dónde estaba ni cómo había llegado aquí. Es uno de esos días.

No podía imaginar qué se sentiría al vivir eso. Cada mañana, mi madre se despertaba con la mente en blanco. No recordaba a su familia ni a sus amigos. Se despertaba en un lugar que no había visto nunca. Su enfermera me había dicho que algunos días eran difíciles, y que otros eran extremadamente difíciles.

—Hoy tienes muy buen aspecto, Laura. —Era extraño llamarla por su nombre en lugar de decir mamá. A pesar de que yo era un

adulto, prefería dirigirme a ella con ese apelativo. Al fin y al cabo, era la mujer que me había criado.

—Gracias... —Me examinó la cara, como si estuviera intentando recordar mi nombre.

—Calloway. —Oculté el dolor con una sonrisa.

—Calloway... Qué nombre tan bonito.

Era la vigésima vez que le oía decir aquello.

—Gracias. Mi madre tiene buen gusto.

Rome me puso la mano en la rodilla y me dio un apretón.

—¿Estáis casados? —preguntó mi madre.

—No —respondí—. Estamos saliendo.

—Tendríais hijos preciosos —dijo con una sonrisa elegante.

—Gracias —dijo Rome—. A lo mejor los tenemos algún día.

Yo no me imaginaba siendo padre. Estaba demasiado mal de la cabeza. Pero si Rome lograba tenerme comiendo de su mano todavía más, quién sabía lo que podría hacer. Era como si prácticamente Rome tuviera poderes mágicos.

—¿Te gustaría que te leyera?

—Igual más tarde —dijo—. Quiero saber más de ti. ¿Dónde trabajas?

—En Humanitarians United —expliqué—. Es una organización benéfica destinada a ayudar a las personas necesitadas en el estado de Nueva York.

—Parece un buen programa —susurró—. ¿Eres voluntario?

—Trabajo allí —expliqué—. Los trabajadores cobran un buen salario y todos los ingresos adicionales se reinvierten en el programa para ayudar a la gente necesitada.

—Eso es espléndido —dijo—. Si tuviera dinero, te haría una donación... pero no creo que tenga dinero. —Desvió la vista e intentó cuantificar sus riquezas. Ella no había trabajado ni un solo día de su vida porque mis padres se habían casado a una edad muy temprana, pero no recordaba nada de eso.

Me sentí fatal por ella.

—No te preocupes por eso. Ahora mismo a la empresa le va muy bien.

—¿Os conocisteis así? —preguntó.

No podía contarle a mi madre la historia de cómo había conocido a Rome. Nadie lo entendería nunca.

—Sí.

—Eso es maravilloso —dijo mi madre—. Algunas personas

dicen que no se debe salir con alguien con quien trabajas, pero a mí me parece una idea fantástica. ¿Dónde si no vas a conocer a alguien?

En un bar en el que una mujer se te acerque y te dé un bofetón.

Mi madre le hizo a Rome algunas preguntas más sobre Humanitarians United. Las dos se llevaban bien y notaba que mi madre la querría si pudiera acordarse de ella. Sería la nuera perfecta. Era una lástima que mi madre no fuera a acordarse de ninguno de los dos a la mañana siguiente.

A veces me preguntaba por qué yo mismo me hacía pasar por aquello. Cada vez que contemplaba el brillo confuso de sus ojos, se me rompía el corazón. Cada vez que veía la expresión perdida de su rostro, me sentía decepcionado. Y cada vez que me marchaba, sentía que no había logrado cambiar ni una puta mierda.

Entonces, ¿por qué seguía haciéndolo?

Los médicos habían dicho que las cosas no harían más que empeorar. No había posibilidad de mejora, ni siquiera con las nuevas investigaciones. Pero odiaba la idea de que mi madre

estuviera completamente sola, sin nadie que la visitara. No lo recordaba de todas formas, pero aun así quería estar ahí para ella. Sabía que ella estaría a mi lado si la situación fuera a la inversa.

Rome parecía saber que lo estaba pasando mal mientras permanecía callado, porque puso la mano sobre la mía y me dirigió una mirada de remordimiento. Me apretó suavemente las puntas de los dedos, diciéndome que ella siempre estaría a mi lado.

Le dirigí una leve inclinación de cabeza, un pobre intento de mostrarle mi aprecio.

EL DOCTOR NILES se sentó detrás de su escritorio con el historial de mi madre en la mano.

—¿Cómo está hoy, señor Owens?

Me sentía como el culo. ¿Qué había cambiado?

—Bien. ¿Y usted?

Rome estaba sentada a mi lado en la otra silla. Había pretendido esperar fuera, pero yo le había dicho que su lugar estaba dentro de aquella sala, conmigo. Yo no tenía ningún

secreto con ella, ya no.

—Muy bien. —Hojeó el historial de mi madre antes de entrelazar los dedos sobre la mesa—. He estado comprobando el estado de su madre y se encuentra en buena forma. Buenos reflejos, patrones de habla óptimos y los resultados de las analíticas son excelentes. Su madre goza de muy buena salud. Dejando de lado el hecho de que había perdido la cabeza por completo.

—Es bueno saberlo. ¿Y qué hay de su memoria? ¿Es de esperar que empeore? —No había posibilidad de que su memoria se deteriorara mucho más, pero el cerebro era complejo. Podría haber otras complicaciones.

Suspiró antes de responder.

—Eso está por ver. Pero por ahora, todo parece mantenerse estable.

Rome se inclinó hacia mí y me susurró:

—¿No deberías hablarle de la última vez que viniste...?

El doctor Niles observó nuestra interacción con los ojos entrecerrados.

Aquel suceso no se me había olvidado, pero no quería albergar

esperanzas y que el médico me dijera que era un evento fortuito.

El doctor Niles cogió el bolígrafo y apretó el pulsador con el pulgar. Colocó la punta sobre su cuaderno.

—¿Le importaría que hablemos de este suceso?

Rome me dirigió una mirada de ánimo.

Yo me froté la nuca antes de responder.

—Vine aquí hace unas semanas y creyó reconocerme.

—¿Y lo hizo? —El doctor Niles tenía la mirada clavada en mi cara, intrigado por la historia.

—Me recordaba de algo, pero no fue capaz de saber exactamente de qué. Entonces mencionó a Rome... así que se acordó de ella de la anterior visita. Pero hoy, cuando hemos hablado con ella, no nos ha reconocido a ninguno de los dos. No sé si eso significa algo. Puede que sólo haya sido algo fortuito.

El doctor Niles se mordió el labio inferior mientras lo anotaba todo, garabateando sus notas con un entusiasmo contenido.

Tenía las gafas sobre el puente de la nariz y se le iban deslizando hacia adelante lentamente por tener tanto tiempo la cabeza inclinada.

—Eso es muy interesante...

—¿Cree que significa algo?

Terminó de escribir y dejó el bolígrafo.

—¿Alguna vez le había pasado algo así?

—No.

—Yo diría que es una buena señal. A lo mejor puede crear nuevos recuerdos, pero no puede acordarse de los del pasado.

Creo que debería visitarla todos los días, si puede, y tal vez eso provoque algún cambio. A veces un fuerte estímulo puede cambiar las reacciones químicas del cerebro. ¿Con qué frecuencia la visita ahora?

—Vengo una vez cada varias semanas. —No iba tanto como debería, pero no era por pereza, sino porque a veces era demasiado doloroso.

—Intente venir todos los días, y veamos si eso cambia algo. El cerebro es como cualquier otro músculo del cuerpo. Cuanto más se usa, más fuerte se vuelve —dijo el doctor Niles.

—Pero no recuerda a su enfermera —dijo Rome—, y la ve todos los días.

—Pero con ella no existe un vínculo emocional —explicó el

doctor Niles—. Con ustedes dos podría ser diferente. Calloway es su hijo. Ella tiene recuerdos suyos, aunque no se dé cuenta. Es sólo que están enterrados en el fondo de su mente.

Podía sacar tiempo para ir a ver a mi madre todos los días.

Tenía mucho que hacer, pero si había siquiera una pequeña esperanza de que Rome y yo pudiéramos ayudarla, teníamos que intentarlo.

—Haremos la prueba.

ME SENTÉ FRENTE a mi escritorio y me apreté el puente de la nariz con los dedos, ignorando los documentos que tenía que firmar y el aluvión de correos que tenía en la bandeja de entrada.

Llevaba trabajando sin parar desde que había llegado aquella mañana, y ahora necesitaba un descanso mental. La enfermedad de mi madre me pesaba sobre los hombros aquella tarde, unida al conflicto que había tenido recientemente con Rome. Yo quería algo más que sexo vainilla, pero ella no iba a dármelo. Además, me temía que Jackson estuviera dejando que el Ruin se fuera a pique sin que yo estuviera allí para echarle una mano. Y Hank seguía siendo un problema, hasta donde yo sabía.

Todo se iba a la mierda.

Lo único positivo que pasaba en la oficina era que mis empleados por fin estaban teniendo dos dedos de frente y trataban a Rome como a un ser humano en vez de como a una prostituta. Me alegraba que se hubieran tomado mi amenaza tan en serio, porque los habría despedido a todos y cada uno de ellos si hubieran seguido comportándose como imbéciles.

La voz de mi secretaria sonó a través del interfono.

—Señor Owens, Isabella ha venido a verle.

Me quité la mano de la nariz y me quedé mirando fijamente el interfono que estaba sobre la mesa. Sólo conocía a una mujer con ese nombre, y más le valía no estar dentro de aquel edificio.

Golpeé el botón con un dedo.

—¿Isabella qué más?

—No lo sé, señor. Dice que es del Ruin.

Joder, se trataba de la misma Isabella. Sabía que no era inteligente ignorarla. Fuera lo que fuera lo que tenía que decirme, obviamente era importante si había ido hasta allí. Si no le prestaba la atención que ella quería, la conseguiría de otro modo: presentándose en mi casa.

—Dile que pase.

—Sí, señor Owens.

No me levanté de la silla porque era demasiado trabajo por mi parte. Aquello estaba relacionado con nuestro encuentro en el Ruin la semana anterior. A lo mejor seguía pensando que cabía la esperanza de que retomáramos aquella relación.

Tenía que acabar por completo con aquella fantasía.

La puerta se abrió y entró Isabella, manteniendo la cabeza alta con confianza. Entró tomándose su tiempo en la sala, bamboleando las caderas con el aspecto de una modelo sobre una pasarela, en lugar de parecer una persona normal que estuviera pasando por la oficina de alguien. Llevaba un ceñido vestido negro, como si acabara de salir del club más picante de la ciudad. Cualquier hombre pensaría que era guapa. Despampanante, incluso. Era cierto que tenía unos rasgos impresionantes. Mejillas altas, labios gruesos y unos ojos almendrados que hacían que sus rasgos fueran incluso más suaves. La primera vez que la había visto, había pensado que era única. Era extraño y contradictorio mirarla ahora y no sentir nada.

—¿Puedo ayudarte en algo, Isabella? Espero que no estés buscando trabajo, mi plantilla está al completo. —Mantuve la

conversación informal porque ella la llevaría hacia caminos más oscuros en cuanto tomara las riendas.

Se sentó en la silla de cuero que había frente a mi escritorio.

Cruzó sus largas piernas y se echó el pelo hacia atrás, en un claro intento de atraerme sexualmente con su belleza. Había utilizado aquella táctica varias veces, y yo no sabía por qué seguía molestándose.

—Sólo estaba dando una vuelta por el barrio.

Cada vez me estaba costando más contener mi temperamento.

—Estoy en el trabajo, Isabella. No tengo tiempo de hacerte compañía.

—Jackson me ha dicho que sigues con esa chica simplona.

—Créeme, no es simplona.

—Es vainilla —dijo con desprecio.

Ignoró mis últimas palabras.

—Es vainilla, pero no simplona. —Había una gran diferencia.

En realidad era insultante para Isabella que Rome pudiera mantener mi atención con sexo vainilla, cuando ella no conseguía atraerme con látigos y cadenas—. Y sí, Rome y yo

somos muy felices.

Apoyó el codo encima del reposabrazos y puso la barbilla sobre las puntas de sus dedos esbeltos.

—En serio, ¿cuánto tiempo va a durar esto, Calloway? Sólo vas a hacerle daño a esa pobre chica. —Su condescendencia inundaba el ambiente, como si fuera superior a Rome.

—Mucho tiempo. —Era difícil imaginar que fuera a acabar en algún momento. El mes que habíamos estado separados, yo había estado deprimido hasta la locura. No recordaba la última vez que había estado tan hundido. Había acabado con todo el mueble bar y le había tenido que pedir a Tom que lo rellenara porque estaba demasiado borracho para hacerlo yo mismo.

—Espero que no sea ese el motivo por el que estás aquí. Había dado por hecho que habías pasado página y te habías olvidado de mí. —La había visto con aquel hombre en el pasillo. No podía estar seguro, pero parecía un dominante. Muy pocos hombres que no fueran dominantes iban a aquel lugar.

—Lo que teníamos era demasiado bueno como para olvidarlo.

—Nunca dije que lo olvidáramos, sólo que pasáramos página.

Continuó observándome con sus ojos almendrados, su cuello

esbelto y aterciopelado. Recordaba lo que se sentía al agarrarlo.

—Te conozco mejor que nadie, Calloway. Sé exactamente lo que te gusta. Sé exactamente lo que necesitas.

—No eres la única.

—Ella no te acepta tal y como eres. No te aprecia por ser el hombre en el que te has convertido. Pero yo sí, Calloway. Yo comprendo exactamente qué es lo que necesitas y puedo dártelo. Al final vas a tocar fondo en esta relación. Vas a darte cuenta de que no puedes seguir aguantando esa mierda de nenazas que le gusta a ella. Vas a romperle el corazón y, de paso, vas a perder el tiempo. Pero conmigo puedes tener justo lo que quieres.

Después de todo ese tiempo, seguía sin rendirse.

—Por respeto a lo que teníamos, he sido paciente contigo, pero casi se me ha agotado la paciencia. Tú y yo nunca volveremos a estar juntos, ni siquiera aunque Rome y yo lo dejáramos. ¿Me entiendes, Isabella?

—Sí. —Dejó caer el brazo y siguió mirándome fijamente—. Te entiendo tan bien que veo el futuro incluso mejor que tú.

Calloway, necesitas saciar tu lado dominante si quieres que esa relación funcione. De lo contrario, vas a estallar en el momento

menos esperado. Yo puedo solucionarlo todo.

Ahora no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—Deja que sea tu sumisa, Calloway. Dame órdenes que obedecer. Haz que me someta. Sé el dominante que estabas destinado a ser.

No podía negar que lo echaba de menos. Cuando me pedía que la dominara, sentía una corriente de energía que me recorría todo el cuerpo. Rome no estaba dispuesta a comprometerse conmigo y la única vez que me había permitido tomar el control, casi había perdido la cabeza.

—Estoy comprometido con Rome.

—Ya lo sé —dijo con frialdad—, pero eso no significa que no puedas ser mi dominante. Eso no significa que yo no pueda estar de rodillas y ser la sumisa perfecta. Si me dices que me arrodille, lo haré. Si me dices que guarde silencio, lo haré. Podemos tener lo que los dos queremos y tú puedes tener lo que tienes con Rome.

Quería que fuera el novio de Rome y su dominante. Me odiaba por sentirme tentado por la oferta, por necesitar dar salida a mis ansias de control de algún modo. Si tuviera eso con Rome, no

sentiría ninguna tentación en absoluto, pero eso nunca ocurriría entre nosotros.

—No hace falta que haya sexo de por medio —dijo—. Ningún contacto. Sólo dominación pura.

La mano derecha se me cerró en un puño, tenso y doloroso.

Mantuve una expresión estoica, pero me estaba deshaciendo por dentro. Con todas las cosas por las que estaba pasando, necesitaba dejar salir a mi dominante interior. Necesitaba descargar mis frustraciones y mis sentimientos del modo en que mejor sabía.

—No. —A pesar de lo mucho que deseaba decir que sí, estaría mal. Rome lo vería como una traición, aunque ella se negaba a darme lo que necesitaba. Y yo no podía hacer daño a la mujer que dormía en mi cama todas las noches. Significaba demasiado para mí—. Esa es mi respuesta final. No vuelvas a preguntármelo.

Los ojos de Isabella se posaron en la mano que tenía cerrada en un puño sobre el escritorio. Su mirada permaneció sobre ella durante mucho tiempo antes de volver a mirarme a los ojos. Una leve sonrisa apareció en sus labios, como si supiera algo que yo desconocía.

—Sabes dónde encontrarme cuando cambies de opinión, Cal.

—No voy a cambiar de opinión, Isabella.

Se levantó de la silla y caminó hasta la puerta, paseando como una modelo una vez más.

—Eso dices ahora, pero acabarás sucumbiendo, Calloway.

Capítulo 7

Rome

TERMINÉ LA JORNADA Y, AL NO TENER NADA MÁS QUE HACER, DECIDÍ IR A LA

oficina de Calloway. Todo el mundo sabía que estaba saliendo con él, y como por fin estaban siendo simpáticos conmigo, había optado por hacer lo que quisiera sin preocuparme por lo que pensarán de mí.

Le dije a su secretaria que estaba fuera y esperé a que él me diera permiso para pasar. Cuando ella me dio la confirmación, abrí la puerta y pasé.

Calloway estaba de mal humor. Lo notaba por la oscuridad de su mirada y por la tensión de su mandíbula. No se puso de pie para saludarme como hacía normalmente. Se quedó tras su escritorio, irradiando oleadas de exasperación.

—¿Vengo en mal momento? —Me acerqué a él con lentitud,

como si fuera un animal salvaje.

—No tienes que preguntarle a mi secretaria si puedes pasar,

Rome. Entra y punto.

—A lo mejor te pillo en medio de una reunión.

Se le intensificó la mirada.

—No importa lo que esté haciendo. Siempre eres bien recibida.

Habría considerado bonitas sus palabras si no hubiera sentido tanta hostilidad al mismo tiempo.

Me contempló con la misma expresión fría y no se aproximó a mí.

Yo sabía que estaba sometido a mucho estrés. Estaba preocupado por su madre, por el Ruin, por Hank y por todas las demás cosas del planeta. El único momento en que parecía estar de buen humor era cuando nos acostábamos.

Rodeé la mesa y me quedé tras él. La clavé las manos en los músculos fuertes y le di un masaje, intentando deshacer la tensión de su cuerpo. A través del traje, los músculos se notaban incluso más tensos.

Cuando volvió a hablar, su tono no fue tan duro.

—¿Necesitabas algo, cariño?

—No. —Lo rodeé y le pasé una pierna por el regazo, montándome a horcajadas y tomando asiento. Le subí las manos por el pecho y noté la ausencia de su erección. No recordaba la última vez que había estado tan cerca de él sin sentir su miembro erecto. Tenía la esperanza de que no tardara en aparecer—. Ya he terminado de trabajar, así que se me ocurrió venir a esperarte aquí hasta que acabaras. —Le rodeé el cuello con los brazos, me incliné hacia adelante y apreté la cara contra la suya.

Se le endureció el sexo bajo mi cuerpo, justo como imaginaba.

Al menos el enfado se iba disipando.

—No creo que ahora consiga hacer nada... —Me agarró las caderas y me besó en la boca, dándome un beso ardiente y seductor. Se metió mi labio inferior en la boca y me apretó las nalgas por encima del vestido.

Al ver que la situación se estaba encendiendo, me di cuenta de mi error. Cuando me besaba de aquel modo, el resultado era siempre sexo apasionado. No era algo apropiado estando en la oficina, pero Calloway no era la clase de hombre al que le preocupaba la ética profesional.

Se desabrochó el cinturón y se bajó la cremallera para dejar libre su erección. Yo tenía el vestido subido y las bragas apartadas hacia un lado. Me movió las caderas y tiró de mí hacia su sexo, haciendo que me deslizara sobre él hasta llegar a los testículos. Hundió la cara en mi cuello y me besó mientras el pecho se le hinchaba con cada respiración.

—Joder, sí... —Volvió a ponerme las manos en el culo y me guio las caderas de la forma idónea, haciendo que tomara su erección una y otra vez.

En el momento en que estuvo en mi interior, me olvidé de las normas que nos estábamos saltando y de cuáles serían las consecuencias si entraba alguien. Vi cómo el deseo le dominaba el rostro, observé cómo aumentaba la intensidad de sus ojos, y estuve perdida.

Me rozó la clavícula con los dientes y me mordisqueó el lóbulo de la oreja; su respiración era cálida y seductora. Me tocó por todas partes antes de llevar la mano a mi entrepierna. Me frotó el clítoris con agresividad, dándome más placer del que necesitaba. Me mordí el labio para lograr mantenerme en silencio. Su secretaria estaba justo al otro lado de la puerta y yo no quería ser

la culpable de avergonzarnos para siempre. Pero con cada caricia y cada beso, él hacía que me resultara imposible permanecer callada. Estaba acostumbrada al lujo de la intimidad, de poder gritar tan fuerte como quería cuando hacía que me corriera.

—Córrete para mí, cariño. —Me habló al oído, hundiendo su sexo hasta el fondo.

Yo enterré la cara en su cuello y clavé las uñas en su excepcional traje. El clímax me sacudió con tanta fuerza que prácticamente me resultó doloroso. Le mordí el hombro, amortiguando mis gemidos y sintiendo cómo mi entrepierna le

empapaba el sexo palpitante.

—Cariño... —Me embistió unas cuantas veces más antes de alcanzar su propio orgasmo. Él fue silencioso, a diferencia de mí. Descargó la tensión agarrándome con más fuerza, aferrándose a mí con tanta firmeza que casi me dejó los pulmones sin aire. Su erección seguía moviéndose dentro de mí, y fue reduciendo su actividad lentamente mientras terminaba de darme todo su semen.

Yo no quería moverme porque estaba cómoda contra su

pecho, con su miembro ablandándose dentro de mí.

—Parece que ya no puedo seguir viniendo aquí.

Él me dio un beso en el nacimiento del pelo.

—No. Ahora quiero que vengas todos los días.

«HACE COMO un millón de años que no te veo».

El mensaje de Christopher apareció en la pantalla de mi teléfono.

«Eso suena a que me echas de menos».

«No. En ningún momento he dicho eso».

«Entonces, ¿por qué me escribes?».

«Joe. Sólo quería saber si te apetece ir a cenar».

Estaba sentada en el asiento trasero del coche con una sonrisa en la cara.

«Así que sí que me echas de menos. Lo sabía».

«Joder, que no. ¿Vamos a quedar o no?».

Solté una carcajada porque Christopher no era ni por asomo tan avisado como pretendía ser.

«Claro. Puedo verte en quince minutos».

«Paso a recogerte por casa».

Christopher nunca se ofrecía para cosas así, y yo sabía que lo

hacía porque seguía preocupado por mí. No había habido rastro de Hank ni una sola vez en semanas. Yo estaba bastante segura de que ya no era un problema, pero no le dije que no a Christopher porque Calloway me llevaría hasta allí de todos modos si Christopher no me acompañaba. Tenía que escoger lo uno o lo otro.

«Vale».

Calloway miraba por la ventana y no me preguntó a quién escribía. Era el tipo de hombre celoso, pero nunca se metía en mis cosas ni cuestionaba lo que estaba haciendo. Yo apreciaba aquella muestra de respeto y me comportaba del mismo modo con él.

—Christopher va a venir a casa en quince minutos. Quiere que salgamos a cenar juntos.

—¿Se ha equivocado y quería escribir a otra persona?

—bromeó.

Puse los ojos en blanco.

—Me echa de menos. Se lo noto.

—O quiere algo.

—Lo dudo. Christopher no es del tipo de persona que pide

nada.

—Vaya. Entonces a lo mejor sí que se parece a ti. Me había engañado.

Le di una palmada en el antebrazo en broma.

—Cállate.

Se rio y me agarró el muslo. Sus nudillos eran pronunciados y musculosos. Me dio un apretón sensual, dándome a entender lo que podría hacer con las manos si me quedaba en casa a pasar la noche.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—No lo sé. Depende del aguante de Christopher.

Se rio.

—

—Entonces estarás en casa en una hora como mucho.

Volví a darle en el brazo.

—CUÁNTO TIEMPO SIN VERTE. —Me miró de arriba abajo—. Pero sigues igual de horrible, hay cosas que nunca cambian.

Entorné los ojos.

—Pues ahora vas a pagar tú la cena.

—Me parece bien. Iba a invitarte de todas formas. —Se giró

hacia Calloway e hizo un gesto con la cabeza—. ¿Te va bien con este monstruo viviendo en tu casa?

—Se gana la estancia cocinando, así que todo bien —respondió Calloway.

Y follando. Pero no era tan tonta como para decirle eso a mi hermano.

—Volvemos en un rato, luego nos vemos. —Me giré de inmediato hacia la puerta.

Calloway me cogió por el codo y me atrajo de nuevo hacia su pecho, dejando claro que no le importaba lo que pensara mi hermano. Pegó la boca a la mía y me dio un beso, un beso que decía que estaría esperando para continuar cuando yo volviera a casa. Me dio una cachetada en el culo y se alejó.

—Buena suerte, Christopher.

—Actúas como si fuera mi primer asalto. —Christopher salió conmigo y subimos la calle juntos. El tiempo había mejorado al acabar el invierno. Ahora un ambiente primaveral impregnaba el aire, y las flores iban apareciendo en las ramas de los árboles.

Christopher llevaba una chaqueta fina sobre su cuerpo esbelto—.

¿Quieres ir a ese italiano que te gusta?

—¿Te acuerdas de los sitios que me gustan?

—Venga ya, tampoco es que no nos hayamos visto nunca.

—Pero nunca escuchas lo que te digo.

Se encogió de hombros.

—A lo mejor escucho más de lo que tú te crees.

Llegamos al restaurante y nos sentamos juntos en una de las mesas. Pedimos una botella de vino para compartir y miramos la carta.

—¿Qué hay de nuevo entre tú y ese hombre de las cavernas?

—preguntó Christopher mientras seguía mirando las opciones.

—En realidad nada.

—¿Vas a volver a mudarte conmigo dentro de poco?

—¿Por qué? ¿Quieres que vaya?

Puso un gesto de asco.

—No. Tengo pibas en casa todo el tiempo. Tú lo echarías todo a perder.

Hacía demasiado tiempo que conocía a Christopher como para saber que estaba mintiendo. Casi nunca lo hacía, así que se lo notaba rápido. Antes Christopher y yo nos veíamos todo el día, pero después de que yo conociera a Calloway y me mudara con él,

Christopher y yo ya no hablábamos tanto como solíamos hacerlo.

Y apenas nos veíamos.

—Es que Calloway me ha pedido que me quede a vivir con él... permanentemente.

—¿En serio? —Finalmente bajó la carta—. ¿O sea que te vas a quedar allí indefinidamente?

—Espero que para siempre.

—La hostia... Supongo que entonces la cosa va muy en serio.

—Creo que los dos vamos muy en serio.

A veces tenía mis dudas de si podríamos hacer que las cosas funcionaran, teniendo en cuenta que Calloway me prefería encadenada, pero estaba tan loca por él que no podía pensar con claridad. Prefería las dificultades de tener una relación con ese hombre que estar con cualquier otro.

—Entonces, ¿el apartamento es mío del todo?

—Sí. Así puedes seguir entreteniéndote a tus amiguitas.

—¿No te quedas con él sólo por lo de Hank?

A Calloway no le había gustado la idea cuando me había visto buscando un apartamento al que mudarme. La situación con Hank no parecía tener nada que ver con nuestros temas de

vivienda.

—No. Creo que Hank ya no será un problema.

—¿Calloway lo ha matado? —preguntó con cara seria.

—Claro que no.

—Entonces en realidad no lo sabes. Ese tío es un acosador. Te dejará en paz tres meses y luego se te plantará delante otra vez.

Yo no daría por sentado que ya no es un problema.

—No viste lo asustado que estaba. —Cogí un trozo de pan de la cesta y unté mantequilla en la superficie con el cuchillo.

—Miró a Calloway y metió el rabo entre las piernas. Nunca he visto a nadie acojonarse tanto.

—Por ahora —dijo Christopher—. ¿Y si se le vuelve a ocurrir intentarlo?

Di un mordisco y dejé el resto del trozo sobre el plato.

—No lo sé, Christopher, pero no me voy a pasar la vida asustada. Si lo hiciera, ganaría él.

—Ya lo sé, pero creo que tampoco deberíamos dar por hecho que no va a volver. Eso es lo que quiero decir. —Cogió la mitad que quedaba de mi rebanada de pan y se la metió en la boca.

—¡Eh! —dije, fingiendo estar ofendida.

—Ya le habías puesto la mantequilla y todo. Era más fácil.

—Pero ya le había dado un mordisco.

Se encogió de hombros.

—Da igual. Correré el riesgo.

Pedimos la comida y devolvimos las cartas. Después de eso, hablamos del trabajo mientras nos tomábamos el vino. Todo iba como la seda hasta que Christopher soltó algo totalmente inesperado.

—Bueno, vale. Supongo que sí que te echo un poco de menos.

—Lo sabía. —Esbocé una sonrisa triunfal.

—En realidad no echo de menos vivir contigo —dijo—, pero no hemos hablado en un mes más o menos. Y al final se hace raro. No estoy diciendo que no me incordies, pero supongo que de algún modo necesito que me incordies... Sé que no tiene mucho sentido.

—Tú también me incordias, Christopher. Creo que los hermanos se necesitan mutuamente.

—A lo mejor —dijo—. Y he estado preocupado por ti.

Resoplé porque su preocupación era ridícula.

—Créeme, no hace falta que te preocupes por mí teniendo a

Calloway cerca.

—Pero no está contigo cada segundo del día.

—En realidad, sí.

—¿Se pasa el día sentado en tu despacho? —preguntó con incredulidad.

—No, pero está al final del pasillo.

—No sé... —Sacudió la cabeza—. Hank se coló en nuestro apartamento y te atacó justo cuando todo el mundo estaba saliendo de trabajar. Podrían haberlo visto, pero le dio igual.

Estoy seguro de que en aquel momento tuvo miedo de Calloway, pero no me cabe duda de que ya lo debe de haber superado.

Tal vez tenía razón, pero yo prefería no creerlo. Calloway siempre me mantendría a salvo. Era sobreprotector y obsesivo la mayor parte del tiempo, pero eran cualidades que resultaban útiles cuando había un ex novio acosador de por medio. Calloway no dejaría que nada le pasara desapercibido.

—Creo que tenemos que seguir adelante con nuestras vidas, e intentar ser más positivos.

—Vale, pilló la indirecta. —Miró por la ventana, frunciendo el ceño con gesto consternado—. Por lo demás, ¿va todo bien?

No mencioné a la madre de Calloway porque sabía que era algo privado, así que hablé del trabajo.

—Todos mis compañeros de trabajo me odiaban, así que Calloway amenazó con despedirlos si no lo arreglaban.

Christopher se rio.

—Joder, tengo que empezar a tirarme a mi jefa.

—Ese es precisamente el motivo por el que empezaron a odiarme. Créeme, al principio a todos les caía bien.

—Lo dudo —bromeó.

—Sé que sólo están siendo amables conmigo porque tienen que serlo, pero aun así, es mejor que sentirse ignorada todo el tiempo.

—Me lo imagino. Bueno, yo es que le caigo bien a todo el mundo, así que no me lo pudo imaginar del todo, pero sé a lo que te refieres. —Agitó el vino antes de dar un trago—. ¿Habrán campanas de boda y esas cosas en el futuro?

—Pues eso no lo sé... —Por ahora, los dos estábamos viviendo el momento. Estábamos intentando hacer que funcionara una relación normal. Eso estaba demasiado lejos para los dos.

—Si te ha pedido que vivas con él para siempre, yo diría que

no se opone a la idea.

Yo la verdad es que no estaba segura.

—¿Parece que te vuelve a caer bien?

Se encogió de hombros antes de volver a tomar vino.

—Me pareció asqueroso por su parte que te mintiera durante tanto tiempo, pero noto que le importas de verdad. Te cuida mucho mejor de lo que yo podría cuidarte nunca. Cuando te veo con él, se nota que está encoñado. Ha hecho muchas cosas buenas para compensar las malas, así que sí, me cae bien.

Además, es asquerosamente rico.

El cuerpo se me tensó de enfado al instante.

—Eso da igual, Christopher.

—Joder, pues claro que no da igual. No hagas como que un hombre rico es lo mismo que uno pobre.

—Es lo mismo. No me importa que Calloway sea rico.

Puso los ojos en blanco.

—Todas las mujeres dicen eso, pero es mentira. A lo mejor no te importa el dinero en sí, pero el hecho de que sea lo bastante ambicioso, resuelto e inteligente como para construir su propio imperio es sexi. Joder, hasta yo pienso que es sexi. Así que sí, el

hecho de que sea rico hace que sea más deseable. Tú eres una mujer trabajadora, Rome. ¿Estarías con un hombre que no se dejara el pellejo todos los días como lo has hecho tú?

Cuando lo explicó de aquel modo, entendí su punto de vista.

—Me atrae su motivación, pero no su cuenta bancaria.

—Me parece justo. Y sé que él siempre será capaz de cuidar de ti.

Christopher tenía buenas intenciones, pero aquella afirmación me sentó mal.

—Yo siempre seré capaz de cuidar de mí misma. Llevo mucho tiempo haciéndolo.

Christopher ocultó su reacción dándole un trago al vino. Miró por la ventana y cambió de tema bruscamente, como si estuviera ocultándome algo.

—Me han ascendido en el trabajo.

El enfado desapareció de inmediato.

—¿En serio? Vaya, ¡enhorabuena! Ahora tengo que invitarte a cenar yo a ti.

—Nah. —Le restó importancia haciendo un gesto con la mano—. Hoy te he insultado mucho. Ya sabes, como hacía

mucho tiempo que no tenía la oportunidad, tenía que soltarlo todo. Además... —Frotó el pulgar con el índice—. Debería gastarme el aumento en algo bueno.

—¿En empacharme? —pregunté con una sonrisa.

—Sí.

Levanté el vaso y lo choqué contra el suyo.

—Enhorabuena, Christopher. Te lo mereces.

—Gracias. —Sonrió antes de dar un largo trago al vino.

Aunque me acababa de dar una noticia increíble, de repente parecía sombrío, como si algo estuviera molestándole por dentro.

Cuando pensé en todo lo que había ocurrido aquel día, me di cuenta de que el comportamiento de Christopher no era normal. Ahora me preguntaba si le estaba pasando algo malo y si estaba tardando mucho en contarme la verdad.

—¿Qué pasa? —Fui directa al grano porque nuestra relación era lo bastante fuerte para eso.

Me miró con ojos culpables, sin sorprenderse de que lo hubiera deducido sólo por hablar con él.

—Es que...

El camarero trajo los platos de comida y nos los puso delante.

Nos preguntó si necesitábamos algo más antes de marcharse.

El momento era igual de tenso que cuando había llegado el camarero, y yo no había apartado la vista de su rostro.

—Christopher. De verdad, estoy un poco preocupada...

—No es nada malo —se apresuró a decir—. Es que... me ascendieron hace unas semanas y me di cuenta de que no tenía a nadie a quien contárselo.

No tenía ni idea de qué quería decir con eso, pero no me pareció el mejor momento para preguntarlo.

—Lo publiqué en las redes sociales, pero eso no es una persona real, ¿sabes?

Asentí, aunque no sabía en qué le estaba dando la razón.

—Quería contártelo, claro, pero entonces me acordé de que vivías con Calloway y de que tienes tu propia vida.

—Da igual si un día estoy casada o tengo hijos. Yo siempre quiero saber de ti, Christopher. Lo sabes.

—Claro que sí —dijo al momento—. Sólo quiero decir que, además de ti, en realidad no tengo a nadie. No tengo ni idea de quiénes eran mis padres. A lo mejor tengo algún hermano por

ahí, ¿quién sabe? Pero... no tengo unas raíces, una familia.

Comencé poco a poco a darme cuenta de lo que me estaba diciendo. Sabía exactamente a qué se refería porque era algo que me había quitado el sueño toda mi vida. Christopher era lo único que tenía parecido a una familia, aunque se debiera a momentos de penuria.

—Ahora que vas en serio con Calloway, veo lo unidos que estáis los dos. Sois más que dos personas saliendo. Noto que te quiere sólo con mirarlo, y es evidente que tú sientes lo mismo. Sabía que Calloway me quería, aunque se negara a decirlo con palabras. Era obvio en cada beso, en cada caricia. No me habría pedido que viviera con él ni pasaría cada hora del día conmigo si no sintiera algo. Y evidentemente tampoco habría sacrificado su estilo de vida.

—Entiendo lo que quieres decir, pero... no sé adónde quieres ir a parar con esto.

—Supongo... supongo que quiero una familia.

—¿Una familia?

—Sí. —Asintió—. Supongo que quiero una mujer. Nunca habría pensado que querría casarme, pero supongo que sería

bonito tener a alguien que me quisiera, ¿sabes? Alguien que quisiera unir su vida a la mía para poder formar una familia. Y después tendríamos niños... y entonces tendría a alguien que de verdad comparta mi ADN. Sé que ahora estoy sonando como un mariquita ahora mismo...

—No sueñas para nada como un mariquita, Christopher. —Lo que había dicho era increíblemente bonito, sorprendentemente vulnerable—. Ese es un sentimiento normal que tenemos todos. Yo quiero eso con Calloway. Quiero tener un hijo que sea igual que él. Quiero ser parte de alguien de una forma preciosa. De verdad, lo entiendo.

—Va contra todo lo que he dicho siempre...

—Christopher, los hombres superan esa fase. A lo mejor tú ya has superado la tuya.

—Supongo... —Tenía el vaso vacío, así que se lo llenó otra vez—. Nunca he tenido una relación, así que no sé por dónde empezar. He salido con un montón de mujeres impresionantes, pero fui un cabrón con ellas, así que la cagué.

—Hay más peces en el mar.

—Sí, pero incluso aunque los encuentre, no sabría qué hacer.

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste?

Frunció el ceño.

—Te he dicho muchas cosas sabias, Rome...

—Me dijiste que un hombre cambia al conocer a la mujer adecuada. —Me había dicho que no me preocupara por los problemas que tenía Calloway para comprometerse porque todo eso desaparecería cuando se diera cuenta de que no podía vivir sin mí—. Así que cuando conozcas a la mujer adecuada, sabrás cómo tener una relación.

—Imagino.

—Pues entonces, no te preocupes por eso. Pero tampoco te acuestes con ella a la primera de cambio.

—Menuda fue a hablar —me pinchó.

—¿Perdona? —rebatí—. Calloway y yo esperamos mucho tiempo hasta llegar a ese punto.

—¿Cuánto? ¿Un día? —preguntó con incredulidad—. Ese tío es una bestia sexual. Es imposible que una mujer pudiera mantener las piernas cerradas.

Estuve a punto de mostrarme ofendida por su comentario, pero entonces me di cuenta de la parte más perturbadora de esa

frase.

—Eh... ¿acabas de admirar el atractivo sexual de mi novio?

—No —dijo con un gesto de asco—. Pero sé que es un tío guapo que la mete donde quiere.

Hice una mueca al oír el final de la frase, incómoda ante la idea de que Calloway hubiera estado con otras mujeres antes de estar conmigo... Con muchas mujeres.

—Bueno, el caso es que Calloway y yo esperamos un mes. Yo no quería algo rápido y fácil. Me pillé por él desde el principio y quería asegurarme de que sería algo duradero.

—¿Un mes? —preguntó impactado—. Yo no podría esperar un mes ni aunque me apuntaran con una pistola a la cabeza. A lo mejor una semana, pero sigue siendo una exageración.

—Sólo era un consejo. Haz con él lo que quieras.

Finalmente llegó la comida y los dos comimos despacio, sin decir nada durante un buen rato. Sólo estar sentada con Christopher y disfrutar de su compañía era agradable. Antes veíamos la tele juntos en el sofá cuando no tenía una cita por la noche. La camaradería silenciosa siempre era la mejor. Era la definición de una auténtica compatibilidad.

—¿Alguna otra noticia? —preguntó Christopher después de tragar la comida.

—En realidad, no. Mi vida es bastante aburrida.

—Eso ya lo sabía —dijo con una carcajada.

No le devolví el insulto porque sabía que había echado de menos sus bromas. Ahora que había confesado que se sentía solo en aquella enorme ciudad, comprendía cuánto significaba nuestra relación para él. Me recordó que tenía que pasar más tiempo con él, que debía esforzarme por que permaneciéramos tan unidos como lo habíamos estado siempre. Después de todo lo que habíamos sufrido, no podíamos distanciarnos.

Habíamos pasado demasiadas cosas juntos.

Capítulo 8

Calloway

EN EL MOMENTO EN QUE ESTUVO DE VUELTA EN CASA Y EN MI CAMPO DE

visión, me sentí mejor. Lo más probable era que no volviéramos a ver el pelo a Hank, porque era un cobarde. Había escogido a Rome como objetivo porque era una mujer menuda, pero ahora que un hombre como yo había entrado en escena, no tenía poder para hacer nada.

Tenía que relajarme.

Pero no podía hacerlo hasta que hubiera vuelto a mi lado en las mismas condiciones que cuando se había marchado.

Le rodeé la cintura con los brazos y la besé en cuanto entró por la puerta, sin importarme si Christopher nos estaba mirando o no. Puede que fuera su hermana, pero era mi mujer. Yo cuidaba de ella y la adoraba, así que podía besarla cuando me saliera de las narices.

Cuando me volví hacia Christopher, estaba contemplando un cuadro que tenía en la pared, obviamente buscando algo a lo que mirar que no fuera nuestra muestra de afecto.

—¿Lo habéis pasado bien? —Le estreché la mano, como había hecho cuando había llegado a casa.

—Bah. —Se encogió de hombros—. Ha sido un poco molesta, pero no tanto como otras veces. —Sonrió, indicándome que estaba bromeando—. Así que yo diría que ha ido bastante bien.

—Han ascendido a Christopher en el trabajo. —Rome se puso a un lado con los brazos cruzados sobre el pecho. Llevaba un jersey gris de manga larga que se ajustaba a sus maravillosos pechos. El pelo castaño le caía en sueltos tirabuzones sobre el

pecho, enmarcando su hermoso rostro. Sus ojos verdes eran más intensos cuando se maquillaba de forma especial. Era muy guapa, y no entendía cómo era posible que Christopher no la encontrara atractiva. No eran parientes de sangre y no se habían conocido hasta la adolescencia, pero no parecía que Christopher la viera de ese modo.

—Enhorabuena, tío. —Le di una palmada en el hombro—. Me alegro por ti.

—Gracias —respondió Christopher—. Y no, no me estoy acostando con mi jefa... a diferencia de otras. —Le dirigió a Rome una mirada llena de acusación.

—Yo ya me acostaba con él antes de que fuera mi jefe —repuso Rome—. Así que no cuenta.

—Pero así conseguiste el trabajo, ¿no? —argumentó Christopher.

Me di cuenta de que los dos ya estaban como siempre.

—¿Quieres que te pida un taxi?

—No. —Christopher me chocó el puño antes de dirigirse a la puerta—. Me gusta caminar. Así tengo más posibilidades de divisar a alguna mujer guapa. —Guiñó el ojo y salió.

Cerré la puerta tras él en cuanto se marchó. Cuando me di la vuelta hacia Rome, la vi de pie en el mismo sitio, todavía con los brazos cruzados sobre el pecho. Sin intentarlo siquiera, tenía un aspecto despampanante con aquel jersey y los vaqueros. Había algo en sus rasgos naturales que la convertía en la mujer más sensual del mundo, con o sin ropa.

—¿Lo has pasado bien?

—Sí.

Di algunos pasos hacia ella y reduje la distancia que había entre nosotros. Sólo había estado fuera unas horas, pero a mí me había parecido una eternidad. Había hecho deporte en mi gimnasio privado con la música tronando en los auriculares, pero la distracción no había bastado para que dejara de pensar en ella.

—¿Qué has hecho mientras estaba fuera?

—Deporte.

—Ah... Ya decía yo que se te veían los brazos bonitos. —Me subió la mano por el brazo hasta el bíceps y le dio un suave apretón al músculo.

Quise hacer lo mismo con sus pechos.

—¿Te echaba de menos como tú creías?

—La verdad es que sí. Me ha contado algo interesante...

Esperé a que terminara la frase, negándome a pedirle que se explicara.

—Ha dicho que quiere crear su propia familia. Se siente solo.

—¿Solo? —Siempre me había dado la impresión de que Christopher era un hombre que prefería la soledad, como un lobo solitario.

—Sí. Verme contigo ha hecho que se dé cuenta de que yo no estaré siempre cerca, al menos no como antes, y eso ha hecho que se sienta un poco solo. Así que ahora quiere encontrar una mujer y tener hijos. Ya sabes, fundar su propia familia.

No sabía qué decir al respecto. No me parecía que Christopher fuera un hombre emocional o sentimental. Pero yo tenía a mi madre y a mi hermano en mi vida. Tenía el Ruin, entre otras cosas. Pero al conocer a Rome, había sabido que debía tenerla a

ella, y no porque me sintiera solo. De hecho, nunca me había dado cuenta de lo solitario que era hasta que ella había entrado en mi vida.

—No me había dado cuenta de que estaba tan apegado a ti.

—Supongo que yo siempre lo he sabido en cierto modo... pero nunca me había puesto a pensar en ello. —Se frotó los brazos lentamente de arriba abajo con las manos, como si tuviera algo de frío.

Lo único que necesitaba era a un hombre fuerte y grande como yo que la mantuviera cálida. Le rodeé la cintura con los brazos y pegué la cara a la suya. No me gustaba compartirla con nadie, ni siquiera con su hermano. Mi boca se movió de inmediato hasta la suya y la besé despacio, sintiendo cómo se formaba el calor en mi entrepierna.

Mi lengua bailaba con la suya y sentí cómo me sacudía la excitación, igual que las olas del océano durante la tormenta. Me vinieron imágenes a la mente de su trasero alzado y sus manos esposadas en la parte baja de la espalda. Su sexo relucía de excitación, su vagina estaba ansiosa por recibir mi erección. Yo caminaba de atrás hacia adelante a los pies de la cama con el

cinturón de cuero en las manos. Después la golpeaba con fuerza en las nalgas, marcando aquella preciosa piel y volviéndola de un sabroso color rojo.

Joder.

Aparté el pensamiento de mi cabeza porque estaba mal. Era una fantasía y no debía pensar en algo que no era real cuando tenía a una mujer como Rome justo delante de mí. Era perfecta en todos los sentidos, lo bastante para satisfacerme. No tenía que imaginarme lastimándola, escuchándola llorar y gemir al mismo tiempo.

No.

—Te he echado de menos —susurró contra mi boca.

Mis manos la agarraron con más fuerza de la necesaria, mientras mi deseo tomaba las riendas de mi comportamiento. La guie hacia atrás hasta que la parte posterior de sus rodillas chocó con el sofá. Interrumpí el beso y la moví hasta que apoyó el trasero en el cojín.

Como si tuviéramos una sola mente, llevó las manos a mis vaqueros y me los desabrochó. Los pantalones y los bóxers cayeron hasta mis tobillos y yo los aparté con los pies. Estaba

descalzo, así que estaba listo para la acción. Ella se agarró a mis caderas y rodeó mi sexo con su boca cálida, envolviéndolo con su saliva.

Me la quedé mirando y me sentí como un rey.

Mientras tanto, se llevó las manos a los pantalones vaqueros y se los desabrochó, apurada por tener mi erección dentro. Su boca continuó ocupándose de mi miembro al mismo tiempo, mientras su lengua experimentada seguía lamiéndome sin pausa.

Me vino una nueva imagen a la cabeza: sus manos atadas a la espalda con mi corbata. Tenía una venda en la cara y se balanceaba sobre las rodillas mientras seguía recibiendo mi erección. Yo le sujetaba el pelo con fuerza con la palma de la mano, como si fuera un animal con correa.

Aparté aquel pensamiento.

Le quité los pantalones y las bragas y me coloqué sobre ella en el sofá. Puse sus piernas sobre mis hombros mientras la inmovilizaba sobre el cojín, ella con la cabeza en el reposabrazos.

Cuando estaba encogida de aquel modo debajo de mí, me excitaba hasta la demencia. Era como una prisionera, como un juguete.

Le froté los labios con los míos antes de hundirme en ella, deslizándome por la humedad que había emanado en el instante en que había entrado por la puerta. Con las rodillas juntas, estaba más estrecha de lo normal. Mi erección estaba en el paraíso, sintiendo su ceñida humedad.

—Calloway... —Gimió en el momento en que me sintió y se

agarró a mis brazos para mantener el equilibrio.

Me encantaba estar enterrado en su interior de aquel modo.

Era verdaderamente mía, mi propiedad. Yo había sido el primero en follármela, y más valía que fuera también el último. Con los ojos fijos en su rostro, empujé con las caderas y llegué hasta el fondo, notando aquella entrepierna que adoraba. Observaba cada una de sus expresiones, contemplaba cada vez que los labios le temblaban. Si no tuviera tantas ganas de correrme, haría aquello para siempre. Lo único que podía hacer era aguantar lo suficiente como para que se corriera.

Y justo en el momento preciso, eso fue lo que hizo.

YO NUNCA LE había hablado a Rome de Isabella, porque sabía que no resultaría en nada bueno. Mi opinión sobre nuestra relación

física estaba absolutamente clara, así que no había nada que pudiera decir para hacer que Rome cambiara de opinión al respecto.

Había intentado olvidar lo que me había dicho Isabella, pero me resultaba difícil.

Como si un monstruo dentro de mí hubiera cobrado vida, no había modo de retener al demonio. Me vi imaginando a Rome en posturas comprometedoras, con el trasero rojo y las mejillas cubiertas de lágrimas. Fantaseaba con su mirada clavada en el suelo mientras permanecía de rodillas, completamente sometida.

Me excitaba tanto que sentía deseos de gritar.

Tenía que contener aquellos impulsos. Tenía que luchar contra aquellos pensamientos oscuros. Lo único que tenía con Rome era sexo vainilla, y tenía que disfrutar de eso, no fantasear con ella encadenada.

Si me centraba lo suficiente, podía hacerlo.

¿Verdad?

El investigador privado me llamó poco después de la comida, esperaba que para darme noticias sobre Hank.

—Hola, Charles. ¿Qué tienes?

Charles habló con tono aburrido, como solía hacer.

—Resulta que sí había algunas transgresiones anteriores con otras mujeres. Rome no es la primera.

Claro que no lo era. No me hacía falta un investigador privado para confirmar eso.

—¿Alguna prueba?

—Nada concreto. Nada que vaya a servir ante los tribunales, si es eso lo que quieres decir.

—¿Alguna de esas mujeres estaría dispuesta a denunciar? —Si lo acusaban por su cuenta, yo no tendría que mancharme las manos en absoluto.

—Eso tampoco lo sé. Estoy seguro de que le tienen tanto miedo como le tenía Rome. Necesitarían algún empujón. Probablemente un hombre fuerte que las protegiera.

—¿Algo más?

—No. El pasado de Rome sigue siendo un misterio para mí. He hablado con algunos contactos, pero no he llegado a nada.

No había investigado a Rome desde que habíamos empezado a ir en serio. Cualquier cosa que yo quería saber, normalmente me

la contaba por voluntad propia. Debía de haberseme olvidado decirle a Charles que no continuara.

—No hace falta que sigas investigándola a ella, Charles. Pero gracias.

—Es un alivio —dijo—. De todas formas, ni siquiera he averiguado cuál era su nombre anterior, así que no puedo seguir la pista de ningún tipo de información.

Mantuve el teléfono pegado a la oreja y me paré al escuchar lo que había dicho. Al principio, cuando le había pedido que investigara a Rome, me había contado que su pasado había sido borrado por completo después de que cambiara de nombre. Él nunca había averiguado por qué lo había hecho. Y el hallazgo se me había pasado por completo a lo largo de nuestra relación.

—¿Señor Owens?

Había olvidado que seguía al teléfono.

—Sigue investigando a Hank. No te preocupes por Rome.

—Vale. Luego hablamos.

Colgué sin decir adiós.

Rome me había contado que había tenido una vida dura mientras crecía. Así era como su camino y el de Christopher se

habían cruzado. Pero algo debía de atormentarla si se había tomado la molestia de eliminar una gran parte de su vida.

¿Por qué no me lo había contado?

No pude evitar sentirme ofendido. Había esperado demasiado para hablarme de Hank y, como consecuencia, la había agredido.

¿Tenía más secretos que me estaba ocultando? Yo había comprometido toda mi vida por ella. ¿Acaso eso no bastaba para para ganarme su confianza?

Quería abordar el tema con ella, pero de inmediato me invadió la incertidumbre. El único modo en que podía contar con aquella información era habiendo investigado sus orígenes sin su permiso. Y ya conocía a Rome desde hacía suficiente tiempo para saber cuáles serían las consecuencias.

Se pondría furiosa.

Así que tendría que sacárselo de alguna otra forma. A lo mejor si sacaba el tema durante la cena, podría convencerla para que se sincerara sobre lo que fuera que me estaba ocultando. No estaba intentando ser entrometido. Desde luego, respetaba su intimidad. Pero si había otro psicópata que la estuviera buscando, tenía que saberlo.

Yo nunca dejaba que nadie me pillara con la guardia baja.

O podría preguntarle a Christopher.

Eso sería otro acto de traición. Rome no me hablaría durante una semana si usaba esa artimaña. En ese caso, bien podía hablarlo directamente con ella. Además, de todas formas prefería oír la historia de sus propios labios.

TERMINÉ la sesión de ejercicio en el garaje y me sequé la cara con una toalla. Entré en la casa, sintiendo cómo se me pegaba la camiseta a la piel por el sudor. Me sequé la cara con unos toquecitos y me puse la toalla en el hombro. Rome estaba de pie frente a mí, con unas mallas negras y un sujetador deportivo rosa.

—¿En qué anda metida mi mujer? —Estaba guapa con aquel atuendo deportivo y el pelo recogido hacia atrás en una coleta alta. Su físico natural con forma de reloj de arena era sexi. No tenía que mover ni un solo dedo y su cuerpo seguía siendo increíble. No podía decir lo mismo de mí. Yo necesitaba músculos para ser masculino. Y los músculos no crecían por sí solos.

—¿Tu mujer?

—Sí. Ese es uno de tus muchos nombres. —A veces era cariño.

A veces era Rome. Pero cuando me sentía especialmente posesivo o excitado, siempre era mujer. Lo sentía más primitivo, más carnal, incluso.

—Iba a entrenar en el gimnasio.

Intenté no sonreír.

—¿A correr en la cinta?

—Eh, que también puedo levantar pesas. No soy una ignorante del todo.

—Pero ten cuidado. Muchas cosas pesan.

Puso los ojos en blanco y pasó por mi lado, sacudiendo las caderas al caminar.

Le di un cachete en el culo cuando estuvo junto a mí y sentí aquel trasero prieto.

—Voy a ducharme. Ya sabes dónde encontrarme.

—Y yo voy a acabar acalorada y sudorosa. Ya sabes dónde encontrarme.

Entré en mi dormitorio y me metí en la ducha. En el momento en que el agua caliente empezó a caer sobre mi cuerpo, me

imaginé a Rome haciendo un tipo de ejercicio muy diferente. No le hacían falta ni un gimnasio ni pesas. Si íbamos a mi sala de juegos del Ruin, obtendría todo el ejercicio cardiovascular que necesitaba.

Mi miembro se endureció en cuanto le toqué el culo, y ahora estaba incluso más duro porque mis pensamientos habían tomado derroteros siniestros. Quería meterle un consolador anal en el trasero y mirar la joya reluciente del extremo mientras la penetraba por delante. Sentirse llena por ambas partes haría que se corriera con tanta intensidad que gritaría hasta quedarse sin voz.

Mi sexo dio un respingo.

Me esparcí el champú por el pelo y me obligué a no pensar en aquellas cosas obscenas. Tenía el pene duro como una piedra e hinchado en el glande. No había querido masturbarme desde que había conocido a Rome, pero ahora la necesidad se había adueñado de mí. Quería vivir mi fantasía, aunque no fuese real. No podía.

Como si mi pene tuviera el control sobre mi cerebro, me la imaginé montándome y abofeteándome con toda la fuerza que

podía. Me pegaba con más ardor del que había empleado en aquel bar. La huella de su mano quedaba grabada en mi mejilla de forma permanente.

Metí la cabeza debajo del agua y sentí cómo el jabón me resbalaba por el cuerpo. Me temblaban las manos porque no podía resistir la tentación. Sabía que Rome estaba en el garaje y que se quedaría allí al menos durante treinta minutos.

Tenía tiempo para masturbarme una vez.

Me sentí un capullo por sentir aquel impulso, por darme placer a mí mismo cuando tenía a la mujer perfecta para satisfacerme. Pero, joder, yo me moría de ganas por hacer cosas perversas que ella no toleraba. Con la mandíbula apretada y un sentimiento de culpabilidad, me eché champú en la mano y me lo extendí por la erección.

Ahora que le había permitido a mi mente pensar en aquellas cosas depravadas, las imágenes surgieron de inmediato. Yo agarraba el cinturón y lo estrellaba contra su trasero, oyéndola llorar y gimotear.

«Cuenta conmigo».

«Uno».

Volvía a agarrar el cinturón y le azotaba la otra nalga, dejando una marca donde le había dado.

«Más alto».

«Dos...»

La golpeaba una y otra vez, castigándola por no haberme hablado de su pasado. Yo era su dominante, y se suponía que tenía que contarme hasta el último detalle de su vida. Se suponía que tenía que recurrir a mí para que la protegiera, que tenía que confiarme todos sus secretos. La azoté con más fuerza que nunca antes y los nudillos se me pusieron blancos por la potencia con la que agarraba el cuero.

Ella dejó escapar un grito y un gemido exactamente en el mismo momento.

«Tres».

Dejé caer el cinturón y me puse detrás de ella a los pies de la cama. Introduje mi furiosa erección en ella y sentí la humedad al momento. Estaba empapada y desesperada por recibir mi miembro. Sabía que merecía ser castigada. Sabía que merecía tres azotes más cuando hubiera terminado de follármela.

Moví la mano de arriba abajo con rapidez, al mismo ritmo con el que me la tiraba en mi mente. Tenía la entrepierna apretada y húmeda. Sus gritos hacían eco en mi mente. Me llevé dos dedos a la boca y los chupé antes de metérselos en aquel ano pequeño y ceñido. Aquello hizo que volviera a gemir y sentí que mi pene estaba a punto de estallar.

Estaba al borde del éxtasis. Sentí cómo el deseo se me acumulaba en los testículos antes de salir disparado por mi erección. Sentía una sensación maravillosa en todo el cuerpo, increíble. Me corrí con tanta intensidad que no pude evitar dejar salir un gemido. Disparé contra la pared de la ducha, y el semen blanco se pegó a los azulejos antes de deslizarse lentamente hacia el desagüe. Seguí frotándome hasta descargar la última gota, imaginando que su ceñida vagina recibía toda la carga.

—Joder... —Me apoyé contra la pared al acabar, aliviado y satisfecho. Ahora que finalmente había obtenido lo que necesitaba, tal vez dejaría de tener aquellos pensamientos sucios.

O tal vez empeorarían.

—ESTOY TAN dolorida que casi no me puedo mover. —Rome

estaba tumbada de costado junto a mí en la cama, dándome la espalda. Me recordó a una mujer embarazada que se sentía incómoda al final del embarazo.

—Te dije que las pesas pesaban.

—La próxima vez me ceñiré a la cinta de correr.

Pegué el pecho a su espalda y la acuné en la oscuridad. Le había hecho el amor después de cenar, justo sobre la mesa donde habían estado nuestros platos unos momentos antes.

Probablemente habríamos tenido otra ronda si no estuviera tan agarrotada. Si no me hubiera dado el gusto aquella tarde, era probable que ahora estuviera mucho más gruñón.

Ni siquiera cuando estábamos tumbados juntos así, con ese vínculo apacible, podía evitar preguntarme cuál era su nombre real. ¿Era Rome su nombre propio? ¿Había sido algo completamente distinto? ¿La llamaba Christopher de otro modo cuando estaban los dos solos?

El hecho de que él supiera algo que yo desconocía me molestaba.

Descansaba con la cara hundida en su cabello, mientras me llegaban reconfortantes oleadas de su aroma. Cuando estaba a mi

lado, yo dormía mucho mejor. Descendía al país de las noches sin sueños. Hasta cuando se revolvía en mitad de la noche y me daba una bofetada en la mejilla, seguía gustándome su cercanía.

Cuando estaba muy cansada, roncaba, y eso también me encantaba.

A pesar de que Rome no me estaba mirando, podía sentir mi tensión. Llenaba aquel cuarto oscuro y le infectaba la piel.

—¿Estás dándole vueltas a algo?

No sabía cómo abordar aquel tema. Podría hacer que se alejara y acabaría pasando la noche solo.

—Christopher y tú estabais en la misma casa de acogida, ¿no?

Ella hizo una mueca al oír la pregunta, como si aquello fuera lo último que había esperado que dijera.

—¿Por qué lo preguntas?

—Es un aspecto importante de tu vida. Lo quiero saber todo de ti.

—Bueno, ya te conté que estábamos en la misma casa de acogida. Y más tarde nos adoptaron a los dos juntos.

Era obvio que no quería hablar de ello. Su tono era breve y cortado. Me estaba alejando, se estaba cerrando a mí, y no me

gustaba.

—Puedes contarme cualquier cosa. Espero que lo sepas, Rome.

—Lo sé, Calloway, pero no hay nada que contar. Esa parte de mi vida es agua pasada.

¿De verdad había cosas que fueran agua pasada? Oculté mi indignación por que siguiera ocultándome su secreto. Si creía que no acabaría por descubrirlo, no era muy espabilada. La verdad siempre lograba salir a la luz, siempre. Me esforcé por mantener el enfado a raya ante su frío desaire. Yo había hecho muchos sacrificios por aquella relación, pero eso seguía sin ser lo suficientemente bueno para ella.

No dije una sola palabra más durante el resto de la noche.

Capítulo 9

Rome

CALLOWAY ENTRÓ EN MI DESPACHO EL VIERNES DESPUÉS DE LAS CINCO.

Siguió su rutina habitual de quedarse de pie en silencio cerca del umbral de la puerta y dejar que su inquietante figura hablara por sí sola. Había estado de mal humor toda la semana. Cada vez que le preguntaba al respecto, afirmaba que sólo estaba cansado.

Cogí las cosas y me reuní con él junto a la puerta.

—Menos mal que ya es viernes, ¿eh?

Se me quedó mirando a la cara, entrecerrando los ojos y centrándose en mis labios. Se inclinó hacia adelante y me besó durante más tiempo y con más intensidad de lo adecuado para estar en la oficina. Entonces se apartó bruscamente, sin responder a mi comentario.

—Tenemos que elegir un vestido para ti. —Salió al pasillo y redujo el paso para que pudiera seguirle el ritmo.

—¿Un vestido?

—Tenemos una gala benéfica mañana por la noche.

Lo había olvidado por completo.

—Ah, sí...

Entramos en el ascensor y bajamos hasta el vestíbulo.

—Hay algunas boutiques en esta calle. Estoy seguro de que encontraremos algo para ti.

—Puedo ir yo sola, Calloway. No hace falta que te aburras.

—Ver a mi mujer probándose preciosos vestidos de noche no me resulta aburrido. —Salimos del edificio y subimos la calle juntos, fusionándonos con el resto de peatones que salían de trabajar para disfrutar del fin de semana.

—Qué respuesta tan diplomática.

Me rodeó la cintura con un brazo, apoyando su mano grande y pesada sobre mi cadera.

—Nunca he sido muy diplomático.

Entramos en una de las tiendas de lujo de Manhattan. Con sólo mirar a los maniqués supe que no podría permitirme ni un pañuelo. Había emblemas de diseñadores en la pared, del tipo de calidad que los famosos llevaban en la alfombra roja.

—Calloway, yo...

—Invito yo, no te preocupes. —Me había leído la mente como si estuviera sentado dentro de mi cerebro en aquel preciso instante.

—Es un evento benéfico. ¿No crees que es un poco insensible llevar un traje de noche de diseño?

—Pues claro que no. Se celebra en el Plaza, ¿recuerdas?

Caminó hasta el mostrador principal y de inmediato recibió la atención de la mujer que se encontraba detrás.

—Mi novia necesita un vestido de noche para mañana por la noche. Usa la talla dos.

Levanté una ceja.

—¿Cómo sabes qué talla uso?

Me puso los labios en la oreja.

—Te follo todas las noches, ¿no?

—Por supuesto, señor. —La dependienta rodeó el mostrador, vestida con una falda de tubo y unas gafas de montura negra. No

era el tipo de servicio que yo estaba acostumbrada a recibir en el centro comercial del barrio.

—¿Para qué tipo de evento?

—Una gala benéfica —dijo Calloway—. El precio no es problema. Quiero algo elegante, pero también un poco sugerente. —Me guiñó el ojo antes de darme un beso en el hombro—. Estaré en la zona de espera. Avísame cuando estés lista. —Se alejó, con aspecto de ser el dueño de la tienda desde el momento en que había puesto un pie en ella. Sus hombros parecían más musculosos cada vez que los miraba.

Yo me giré hacia la mujer que estaba a cargo de atenderme.

Había una chispa de atracción en sus ojos, no había quedado tan inmune ante los encantos de Calloway como debería haber hecho. Cuando captó mi mirada, fingió rápidamente que no tenía

los ojos clavados en aquel culo prieto.

—Por aquí. Tengo una cosa en mente...

NUNCA MIRÉ la etiqueta del precio porque habría vomitado en caso de hacerlo. Me sentía culpable por haber permitido que me comprara algo que ni siquiera necesitaba, pero a él le parecía importante que luciera mis mejores galas. Y, muy dentro de mí, estaba emocionada por tener algo tan glamuroso. Yo siempre había comprado cosas de oferta porque estaba satisfecha sabiendo que no tendría cosas más bonitas en mi vida. Pero en el momento en que puse las manos en algo realmente bonito, sentí un cosquilleo en el pecho.

Calloway tendió su tarjeta de crédito sin parpadear y salió de la tienda con el vestido a cuestas.

—Vas a estar perfecta con esto mañana por la noche. —Se detuvo al borde de la acera y sacó el teléfono. Escribió un mensaje rápido, probablemente a Tom, y se lo volvió a meter en el bolsillo.

—Gracias... Me encanta. Gracias por habérmelo comprado.

—Él ya había hecho mucho por mí. No había forma de que algún día pudiera recompensarle por su amabilidad. Me había dado un

trabajo, cuando no tenía por qué hacerlo. Dejaba que viviera con él y no aceptaba ni un céntimo por mi mitad de su hipoteca.

Pagaba todas nuestras provisiones y comidas. Me resultaba muy raro tener una cuenta de ahorros cuando la mayor parte de mi vida apenas había tenido lo suficiente para acabar la semana.

Me puso un brazo en la cintura y me dio un cálido beso en la sien. Sus labios eran seductores, exquisitos al tacto.

—Ha sido un placer, cariño. Sólo espero que ningún hombre cometa el error de quedarse mirándote durante demasiado tiempo. La gala benéfica se convertiría en la escena de un crimen.

—Bueno, la mujer de ahí dentro te estaba mirando el culo, así que yo diría que estamos empatados.

Calloway miró hacia la calle mientras esperaba a su chófer, sin confirmar ni negar que se hubiera dado cuenta de la atracción que la dependienta sentía por él. Era un movimiento inteligente.

—Podemos ir andando —dije—. No me importa. —Los tacones me hacían daño en los pies, pero llevaba tanto tiempo caminando por las calles de Manhattan que ya estaba acostumbrada.

—No vas a andar con esos zapatos. No estoy seguro de cómo sobrevives todo el día en la oficina.

—Bueno... paso la mayor parte del tiempo sentada.

—Ojalá estuvieras sentada en mi cara. —Me clavó la mirada, con la comisura de la boca curvada en una sonrisa.

Yo sabía que sólo estaba bromeando a medias.

—Ninguno de los dos haría nada.

El coche frenó y Calloway me abrió la puerta trasera.

—De todas formas, yo nunca he sido un buen trabajador. —Se sentó junto a mí y me puso la mano en el muslo. Mi vestido estaba colgado en el perchero que había dentro del coche para que no se arrugara. Él no podía mirar por la ventana porque el vestido estaba en medio, así que decidió quedarse mirándome a mí.

Yo no podía ignorar su mirada, porque era demasiado intensa.

Cuando exigía mi atención, siempre la tenía. Aunque no estuviera mirándolo directamente, estaba prestándole toda mi atención. Cuando su mirada fue demasiado, lo miré a los ojos. Me rodeó los hombros con el brazo y me puso la otra mano en el muslo. Fue subiendo lentamente por mi pierna, metiéndose

bajo la tela mientras pegaba la cara a la mía. Cuando sus labios estuvieron a centímetros de los míos, me provocó con su proximidad. Su mano se deslizó más arriba hasta que tocó con los dedos la parte externa de mis bragas.

La ventanilla divisoria estaba levantada para que el chófer no pudiera ver qué estábamos haciendo atrás, pero aun así me sentía demasiado atrevida. Si Calloway me hacía gritar lo suficientemente alto, Tom sin duda lo oiría.

Todavía no me había besado, se limitaba a rozar los labios con los míos mientras sus dedos me tocaban. Con el pulgar, me movió las bragas hacia un lado y finalmente me tocó el sexo palpitante con las puntas de los dedos.

Gemí junto a su cara y sentí que las rodillas se me separaban automáticamente. Le agarré el bíceps con la mano para tener algo a lo que aferrarme.

Me frotó el clítoris con los dedos mientras frotaba la boca contra la mía.

Me encantaba sentir sus dedos, pero deseaba su boca en la misma medida. Le puse un brazo alrededor del cuello y pegué sus

labios a los míos, recibiendo por fin el beso que ansiaba conseguir. Debería haberme sentido expuesta porque era uno de los lugares más públicos en los que nos habíamos liado nunca, pero cada vez que Calloway me ponía las manos encima, no podía pensar con claridad.

Me frotó con más fuerza, llevándome al límite de un dulce clímax.

Entonces se apartó de repente, llevándose sus labios y sus dedos. Se sentó a mi lado y miró hacia delante de nuevo, como si no hubiera pasado nada.

—Eh... ¿perdona? —Nunca me había dejado colgada así, así que no pude ocultar la sorpresa.

Su rostro permaneció duro, implacable.

—Piensa en ello durante el resto del trayecto hasta casa. Te follaré cuando lleguemos allí.

—¿Qué tipo de juego es este?

—Ningún juego, cariño.

—Uní las rodillas y apreté los muslos, sintiendo cómo mi entrepierna latía de deseo y enfado. Me planteé seriamente acabar el trabajo yo misma, pero sabía que la sensación sería

mucho mejor si dejaba que Calloway hiciera los honores.

—¿Por qué me haces esto? Creía que eras un caballero.

—Créeme, la espera valdrá la pena.

—No estoy de acuerdo...

Se volvió hacia a mí, y su rostro era tan atractivo que dolía mirarlo.

—En el momento en que crucemos esa puerta, te voy a follar contra la pared. Me voy a correr en cuanto esté dentro de ti. Y tú también te vas a correr.

ME ARREGLÉ el pelo y me maquillé en el otro cuarto de baño, porque Calloway se estaba preparando al mismo tiempo. Yo nunca había asistido a uno de esos eventos de lujo, con copas de champán y hombres con esmoquin. Como mis orígenes eran humildes, todo aquello era nuevo para mí. Había pasado tiempo de más dejándome el pelo perfecto, y llevaba más maquillaje del que usaría normalmente. Sólo esperaba no haberme excedido.

El vestido que Calloway me había comprado era de tirantes, con un escote en forma de corazón. Era estrecho en la cintura y se ensanchaba al llegar a las caderas. Era de un suave color dorado con detalles negros, deslumbrante pero sutil al mismo

tiempo.

No quería quitármelo nunca.

Bajé las escaleras y me puse los tacones, sintiéndome trece centímetros más alta en cuanto los tuve puestos. Estaba organizando el bolso cuando oí que Calloway llegaba al último escalón, a mis espaldas.

—Estoy preparado cuando tú lo estés.

Se acercó a mí por detrás y me apoyó los labios en la nuca.

Deslizó la mano hasta mis caderas y me agarró con fuerza, clavándome los dedos a través de la tela hasta la piel. Me sostuvo así durante casi un minuto, respirando conmigo.

—Todavía no te he visto la cara y ya te veo guapa.

—Espero que no me prefieras así —bromeé.

Rio contra mi cuello.

—A veces sí... pero no en este momento. —Me guió las caderas con las manos y me giró hasta que quedé de frente a él.

La sonrisa arrogante que tenía en la cara se desvaneció lentamente, sustituida por una expresión más suave que yo rara vez veía. Me puso las manos en el cuello y apoyó suavemente los dedos contra mi piel cálida, dejando el pulgar sobre mi pulso. No

hizo ningún comentario porque no era necesario. Sus pensamientos estaban escritos en su rostro como un texto sobre el papel.

Yo le puse la mano en la muñeca para poder notar sus latidos, percibiendo lo suaves y rítmicos que eran. Cuando lo agarraba mientras hacíamos el amor, normalmente su pulso era palpitante por la adrenalina. Ahora sentía una parte más dulce de él.

—No creo que pueda esperar hasta el final de la noche para hacerte el amor, cariño. —Se acercó más a mí hasta que su cara estuvo unida a la mía. No me besó, pero sus labios estaban lo bastante cerca como para que pudiera sentir la atracción magnética que había entre nuestras bocas.

No sabía cuánto tiempo teníamos, pero me di cuenta de que la verdad era que no me importaba. Había pasado una hora arreglándome el pelo y maquillándome, pero ahora no me importaba que acabara hecho un desastre. Cuando me miraba así, lo único que quería era estar unida a él.

—Pues no lo hagas.

Capítulo 10

Calloway

ME ESFORCÉ AL MÁXIMO POR NO ESTROPEARLE EL VESTIDO NI EL PEINADO,

porque había pasado casi una hora arreglándose. La tomé a los pies de la cama, con los pantalones del traje por los tobillos y la camisa de cuello abierta. Había dejado la chaqueta sobre la cama en lugar de tirarla al suelo, donde normalmente la habría lanzado.

No estaba de humor para follarla, no como de costumbre.

Cuando había visto lo guapa que estaba, tan elegante y refinada, mi corazón había hecho una extraña pirueta. Sólo quería estar enterrado en ella, sentir a mi mujer de un modo en que nadie lo había hecho antes.

Introduje mi enorme erección hasta el fondo lentamente, casi golpeándole el cérvix antes de volver a salir. Estaba empapada por la excitación, y tan prieta como siempre. En aquel momento, me daba igual la gala benéfica. Me importaba un comino llegar tarde. Cuando deseaba a mi mujer, la tomaba. Ni de coña iba a esperar hasta el final de la noche. Conociéndome, acabaríamos montándonoslo en el baño de todas formas.

Y entonces no cabía duda de que se le mancharía el vestido.

Estaba tumbada completamente inmóvil para no deshacerse el peinado, pero cuando se aproximó al orgasmo, arqueó el cuerpo y ladeó la cabeza, con una expresión absolutamente sensual.

—Calloway...

Joder, me encantaba que dijera mi nombre.

Disfruté del resto del espectáculo, viendo cómo se retorció y alcanzaba el orgasmo hasta que hubo terminado por completo.

Al final, me había olvidado de que estaba enfadado con ella por no haberme contado la verdad sobre su pasado, por no haberme dicho su nombre real. Cuando estábamos conectados así, hombre y mujer, sus secretos parecían irrelevantes. Mi obsesión alcanzaba nuevos límites y disfrutaba de ella como siempre.

Habría seguido si no hubiera tenido que ir a ningún sitio. Pero como teníamos que marcharnos, sabía que era hora de acabar. Continué con mis lentas embestidas hasta que mi erección se engrosó y se puso dura como el acero. Era la mejor parte del orgasmo, la deliciosa explosión en mi sexo antes de finalmente

descargarme.

Llegué al límite y me corrí dentro de ella, llenándola con todo mi semen, donde permanecería el resto de la noche. Presumiría de ella ante mis respetados compañeros y donantes, sabiendo que estaba repleta de mi semilla. Haría que me sintiera un hombre.

Mi mujer siempre hacía que me sintiera un hombre.

SE SENTÓ a mi lado en el asiento del centro mientras mi chófer nos llevaba al Plaza. Yo tenía apoyada la mano en su muslo y la miraba de vez en cuando, preguntándome qué estaría pensando aquella cabecita suya. Parecía una reina de la belleza a mi lado, haciendo que yo resultara mediocre en comparación.

Aparcamos delante del hotel, donde vimos a algunos invitados charlando. Hombres con traje y mujeres con vestidos de noche colgadas de sus brazos. Uno de los ayudantes abrió la puerta para que pudiéramos salir. Antes de que él pudiera ayudar a Rome a bajarse del coche, extendí la mano y la ayudé a que se presentara como la reina que era.

El ayudante la miró con aprobación antes de caminar hasta el siguiente coche que acababa de aparcar.

Le rodeé la cintura con el brazo y la mantuve cerca de mí, queriendo que fuera completamente obvio que era más que mi acompañante: era la mujer que dormía en mi cama todas las noches. Atravesamos la entrada y nos dirigimos al gran salón de baile donde tendría lugar la cena.

—¿Entonces esto es una subasta silenciosa o algo así?

—No. —Noté el modo en que su pelo me rozaba el brazo. No lo podía sentir a través del traje, pero sabía cuál era la sensación porque la experimentaba todas las noches mientras dormíamos. Sus mechones sedosos me hacían cosquillas en la piel con su suavidad natural—. Es para reconocer a los donantes destacados del año pasado. Normalmente otras personas se ofrecen a hacer grandes donaciones para que sus empresas puedan tener la misma publicidad en el futuro. En realidad todo es un numerito publicitario.

—Estoy segura de que algunas personas quieren donar de corazón.

Algunas, pero la mayoría no.

—O desgravarse impuestos.

—Oh, venga ya. —Me dio con la cadera en el costado—. Confía

un poquito más en la humanidad.

—Ya lo estaba haciendo.

Puso los ojos en blanco como si yo estuviera bromeando.

Y hablaba absolutamente en serio.

Entramos en el salón de baile donde había centenares de personas parloteando con compañeros de trabajo o presentándose a competidores empresariales. Reconocí a algunas de las personas de mi empresa que estaban socializando con la gente que nos daba donaciones para hacer que nuestro trabajo fuera posible. Colgaban del techo candelabros de cristal, y las mesas estaban cubiertas con manteles de color marfil y preciosos centros de mesa de flores.

Pero a mí me interesaba más la barra.

Guié a mi acompañante al lugar donde estaba el licor.

—¿Qué quieres tomar, cariño?

—Lo que tomes tú. —El modo en que sonreía al hablar hizo que quisiera besarla... besarla con pasión.

Pero eso lo haría más tarde. Cogí las bebidas y le tendí una a ella.

Me miró mientras daba un sorbo a su copa con una expresión coqueta en los ojos.

Noté que estaba tonteando conmigo sin mediar palabra. A veces lo hacía cuando estábamos en lugares públicos. Si creía que no me la tiraría en el baño porque habíamos hecho el amor antes de salir de casa, se equivocaba de medio a medio.

Antes de que pudiera transmitir mi amenaza, la gente me reconoció y se acercó a hablar conmigo.

Pero aún quedaba toda la noche.

—CONOCES A MUCHAS PERSONAS. —Rome y yo por fin tuvimos un momento para nosotros cuando nos disculpamos para ir a por otra copa.

—No los conozco, pero ellos a mí sí.

—Entonces, ¿cómo los recuerdas a todos?

—Me lo escribo en la mano. —Le dirigí una mirada bromista antes de tenderle otra copa.

Entornó los ojos y dio un sorbo a su bebida.

—¿Cuándo dinero crees que se recaudará esta noche?

Ese era siempre su objetivo final. Quería saber qué diferencia supondría aquello para las personas más necesitadas. Las cenas

de lujo y las personas vestidas con sus mejores galas no le interesaban. Era una de las cualidades que habían hecho que me volviera loco por ella hacía mucho tiempo.

—Mucho.

—¿Nos lo dan directamente a nosotros?

—No necesariamente. Parte irá destinado a ciertos grupos, como la Cruz Roja Americana, el Ejército de Salvación, etc.

—Ah, vale.

—El dinero se distribuirá de forma adecuada. —Mi brazo apenas se había separado de su cintura en toda la noche, porque quería presumir de ella ante toda la sala. Nunca había llevado a una acompañante a ese tipo de cosas. Era mucho más fácil ir solo y socializar. Pero ahora nunca iba a ningún sitio sin mi mejor mitad.

Caminamos hasta una de las mesas y aparté una silla para ella. Justo cuando se sentó, atisé un rostro conocido al otro lado de la sala. Con el pelo oscuro, los ojos azules y una fuerte figura, se entremezclaba con el resto de los trajes de la multitud. Pero su expresión atemorizada hizo que a mí me llamara la atención.

Hank.

Era la última persona a la que esperaba ver allí. Tal vez acudía a aquellos eventos con regularidad, pero nunca me había fijado en él, porque para mí no significaba nada por entonces. Pero él debía de haber sabido que yo estaría allí, y habría creído que estaría seguro con todos aquellos testigos.

«Piénsatelo otra vez, hijo de puta».

Rome se fijó en mi mirada y soltó un silencioso grito ahogado al darse cuenta de quién era el destinatario.

—Calloway, no...

Yo ya me había marchado de la mesa. Rodeé despacio los grupos de gente y las otras mesas mientras salvaba la distancia que había hasta él.

Los ojos casi se le salieron de la cara y se dio la vuelta para salir precipitadamente en otra dirección.

Maldito cobarde hijo de puta.

Yo caminé a ritmo normal y sonreí cuando vi a compañeros que me dirigían el mismo gesto. Pero en ningún momento aparté la vista de mi objetivo. Vi cómo avanzaba a través de la gente hasta llegar al alcalde. Se quedó de pie a su lado y entabló una conversación cualquiera, aún con la copa en la mano. Se había

derramado algunas gotas sobre el traje durante su intento de escapar.

Como si el puto alcalde pudiera detenerme. Ni aunque fuera el presidente de Estados Unidos me importaría una mierda.

Caminé hasta el grupo, me detuve justo al lado de Hank, y le clavé la mirada.

Michael Rosenberg se giró hacia mí cuando me uní al grupo.

—Señor Owens, ¿qué tal está en esta fantástica velada? —El alcalde extendió la mano para estrechármela.

La sostuve con firmeza.

—De maravilla, señor. ¿Cómo está usted?

—Muy bien. Siempre estoy de buen humor cuando hay barra libre.

Hank continuó allí de pie mientras el sudor le brotaba de la frente.

Yo lo miré fijamente, disfrutando de cada segundo de su temor. Exactamente así era como se sentía Rome cuando miraba por encima del hombro todos los días. Quería que él sufriera más de lo que ella había sufrido nunca. Él necesitaba acabar con los huesos rotos y con unas atroces cicatrices.

—¿Cómo está Lydia?

A Michael no pareció importarle que estuviera mirando a Hank en vez de a él.

—Está bien. Está con las otras chicas. Ya sabes cómo son las mujeres, probablemente no la veré hasta el final de la noche.

—Ya sé de qué me habla —concedí.

—¿Ha venido con alguien? —preguntó el alcande—. Eso es fantástico, Calloway. ¿Puedo conocerla?

Me giré hacia Michael, agradecido por su pregunta.

—Desde luego. —Me volví hacia la mesa donde estaba sentada Rome, que no apartaba los ojos de nuestra conversación, con una expresión de alarma en los ojos. Alcé la mano y le indiqué que se acercara con los dedos.

Rome abrió los ojos de par en par.

Le dirigí una mirada severa, diciéndole que si no movía el culo hasta allí la arrastraría yo mismo.

Finalmente se levantó de la silla y rodeó las mesas en dirección hacia nosotros.

Le eché un vistazo a Hank y vi su piel húmeda y la ansiedad en sus ojos.

Rome por fin llegó a mi lado, rígida y claramente atemorizada por el hombre que estaba justo a mi lado. Esgrimía una sonrisa falsa, pero sus ojos estaban llenos de temor.

Yo le puse el brazo en la cintura de inmediato y la atraje hacia mí, recordándole que no podía pasarle nada mientras estuviese conmigo.

—Michael, esta es Rome. Rome, este es Michael Rosenberg, el alcalde de Nueva York.

Rome se esforzó todo lo que pudo por ser ella misma, pero transmitió nerviosismo.

—Es un placer conocerlo, señor. —Le estreché la mano antes de apretujarse de nuevo a mi lado—. Ha hecho mucho por la gente de Nueva York y se lo agradezco.

—Gracias —dijo Michael—. Calloway, es encantadora.

—Gracias, señor. —Miré a Hank, retándolo sólo con mi silencio. Creía estar a salvo cuando estaba junto a los hombres poderosos de la ciudad, pero no se había dado cuenta de que yo conocía a las mismas personas, y de que yo tenía más poder que todos ellos.

Sospechaba que Rome nunca había estado tan cerca de Hank

sin haber estado en medio de una trifulca. Hizo lo que pudo por aparentar calma, pero yo notaba el leve temblor de su cuerpo. La mujer a la que yo conocía no tenía miedo a nada y, si lo tenía, no lo mostraba. Así que aquella reacción sólo me hacía desear aún más partirle el cuello a Hank. Ninguna mujer debería sentirse nunca así, como una presa.

—Bueno, tengo que hablar con unos amigos —dijo Michael—, pero a lo mejor podemos echar una partida al golf juntos la semana que viene.

—Me encantaría, señor. —Volví a estrecharle la mano—. Le diré a mi ayudante que llame al suyo.

—Perfecto. —Michael se giró, dándonos la espalda.

Hank había permanecido en silencio durante toda la conversación. Me pareció raro que al alcalde no le resultara extraño. Hank puso pies en polvorosa de inmediato para alejarse de nosotros.

Lo agarré del brazo y tiré de él hacia atrás, haciendo que se le derramara más vino sobre la pechera del traje. No me importaba una mierda que alguien hubiera visto lo que había hecho. Había ocurrido a tanta velocidad que probablemente no estarían

seguros de lo que habían visto.

Rome contuvo la respiración a mis espaldas, petrificada por lo que ocurriría a continuación.

Miré a Hank a los ojos, haciendo lo posible por no estamparle mi enorme puño en la cara.

—Has elegido meterte con la mujer equivocada.

TERMINAMOS de cenar cuando empezaron los discursos. Se entregaron premios y se reconoció a los contribuyentes más destacables a la sociedad. La ceremonia pareció extenderse hasta el infinito, sin final a la vista.

Yo mantuve la mano sobre el muslo de Rome, recordándole que siempre estaba ahí. Yo era una pared de cemento invisible a su alrededor, tan gruesa y fuerte que nadie podría atravesarla.

Ella siempre estaría a salvo bajo mi protección.

Rome hizo lo que pudo por comportarse con normalidad, pero no volvió a sonreír durante el resto de la noche. Tampoco me dirigió una sola palabra, y comió en silencio sin mirarme a los ojos. Probablemente tenía ganas de marcharse para no tener que sentarse en la misma sala que aquella horrible persona.

Pero no podíamos irnos.

No había una declaración de intenciones más eficaz que mantenernos firmes. Yo había demostrado que no le tenía miedo, que un salón de baile lleno de testigos no cambiaría mi modo de tratarlo. Y Rome había demostrado que ella tampoco huiría.

Sólo teníamos que aguantar el resto de la noche.

Apoyé la cabeza en su sien y le di un beso en el nacimiento del pelo, consolándola del único modo en que sabía hacerlo en ese momento.

Mi contacto no hizo que se derritiera como de costumbre.

Como si estuviera congelada, no sentía nada.

—Tengo que ir al baño. —Tiró la servilleta sobre la mesa y se excusó.

Por supuesto, la seguí.

Nuestra mesa estaba cerca del lateral, así que era fácil salir del salón sin distraer a nadie. Fui detrás de ella y vi cómo se le balanceaban las caderas mientras caminaba sobre sus altísimos tacones.

Cuando salimos de la sala, la alcancé y le puse el brazo

alrededor de la cintura.

Se apartó de golpe de mí y se metió al baño, como si tocarme fuera lo último que deseara.

Ofendido, sentí que me ardía la piel por su rechazo. No necesitaba nada más que a mí para pasar por aquello. Me metí las manos en los bolsillos mientras la esperaba, preguntándome si estaría llorando en el baño de mujeres.

Sólo pasaron unos minutos antes de que entrara con ella.

Estaba de pie junto al lavabo con las manos apoyadas contra la encimera. Tenía la cabeza inclinada hacia adelante y respiraba despacio. No había lágrimas, pero era evidente que necesitaba la intimidad del baño para controlar las emociones con las que estaba batallando en su interior.

Miré bajo las puertas de cada aseo y me di cuenta de que estábamos solos. Mantuve la distancia y crucé los brazos sobre el pecho mientras me quedaba de pie en el lado contrario de la encimera para que ella todavía tuviera espacio si lo necesitaba.

Finalmente notó mi proximidad y se giró hacia mí.

—Lo siento... Sólo quería pasar un momento sin tener que poner buena cara.

—Lo entiendo. —Llevar una máscara requería energía. Fingir sentir una emoción cuando sentías justo lo contrario era agotador. Yo también tenía que hacerlo de vez en cuando.

—Pero no podemos marcharnos, Rome. Tenemos que volver ahí fuera y quedarnos el resto de la velada.

—Lo sé...

—No hay ningún motivo en absoluto para tener miedo.

—Mientras yo estuviera vivo, me aseguraría de que él no volviera a molestarla nunca. No había nada que él pudiera hacer para pasar por encima de mí. Ni siquiera una bala me detendría.

—Eso también lo sé.

—Ese tío es un puto cagón. Ya no va a volver a molestarte.

—Hank no había opuesto resistencia de ningún tipo. Sólo había acosado a Rome porque ella era más pequeña que él, pero cuando se había visto las caras con un verdadero oponente, se había ido pitando. Era absolutamente patético—. Sabe que yo tengo el mismo poder. Sabe que conozco a las mismas personas. Si vuelve a intentarlo y lo pillo, estará acabado. Él lo sabe y yo lo sé. Al final se volvió hacia a mí, con un aspecto sobrecogedor incluso estando alterada. El vestido se le ceñía a la menuda

cintura y su pelo seguía exuberante y voluptuoso. Quería besarla hasta disipar sus miedos.

—No sabría qué hacer sin ti, Calloway...

Mi mirada se enterneció.

—Nunca he necesitado a un hombre para nada. —Miró hacia el suelo porque no podía seguir mirándome a mí—. Pero... a ti te necesito para todo.

La vulnerabilidad que traicionaba su voz me llegó directa al corazón. Casi nunca admitía sus debilidades ante nadie, ni siquiera ante mí. Pero ella me había abierto el alma a mí, me había revelado sus secretos más ocultos e importantes. El corazón me dio un vuelco extraño en ese momento. Se encogió y me dolió como si ella me hubiera hecho daño en lugar de halagarme.

Saber

que

aquella

mujer

fervientemente

independiente y fuerte me necesitaba, me provocaba una extraña

sensación de alegría. Cuando había puesto los ojos en ella, había deseado ser todo lo que le faltaba. Quería solucionar todos sus problemas. Quería darle la vida que se merecía.

Y sabía por qué.

Me acerqué hasta donde estaba, delante del lavabo, y le sujeté la cara. En lugar de besarla, apoyé la frente en la suya y cerré los ojos, deleitándome en el fuerte vínculo que había entre nosotros. Sin sentir su pulso, notaba el latido de su corazón. Sin sentir su alma, notaba su amor. Aquella mujer era lo más bonito que tenía, el diamante más excepcional entre un mar de joyas. Me encantaba venerarla y protegerla, y saber que ella quería que hiciera aquellas cosas me aportaba una sensación de satisfacción.

Las palabras se me quedaron en la punta de la lengua, pero no podía decirlas. Percibía el sentimiento en lo más hondo de mi alma, la sensación de pura devoción. Las emociones se adueñaron de todo mi cuerpo, pero mi boca siguió sin reaccionar. Era una sensación tan extraña y poderosa que no sabía cómo apaciguar mi miedo.

Así que no lo dije.

Pero sin duda, lo sentía.

—Yo también te quiero, Calloway.

Abrí los ojos y la miré, viendo el amor escrito en sus hermosos rasgos. Sus ojos color esmeralda brillaban como piedras preciosas. Reflejaban las luces fluorescentes del techo, por lo que relucían más de lo normal. Se la veía fuerte y vulnerable al mismo tiempo.

En aquel instante me quedé sin palabras, así que hice lo único que podía hacer. La besé en la frente y dejé los labios apoyados, siguiendo allí de pie, en el baño público, con ella. Me importaba un carajo que entrara alguien.

Y a ella también.

AL FINAL DE LA VELADA, salimos del salón de baile y entramos en el vestíbulo principal del hotel. Rome me sujetaba la mano mientras caminaba a mi lado sobre los tacones. A pesar de los trece centímetros adicionales, seguía siendo casi treinta centímetros más baja que yo.

—Me muero de ganas de llegar a casa —me susurró al oído.

—¿Sí?

—Estos zapatos son preciosos, pero me están matando.

—Siempre puedo llevarte en brazos.

—No, me las apañaré.

Salimos al exterior y le envié un mensaje a mi chófer para que viniera a recogernos.

Hank salió con otro fiscal de la oficina, un tipo al que reconocí, pero cuyo nombre no fui capaz de recordar. Cuando vio que estábamos cerca, se desvió a propósito hacia la izquierda para evitar aproximarse a nosotros.

Yo le clavé la mirada todo el tiempo.

Estaba claro que Hank ya no volvería a ser un problema. Había torturado a Rome porque era fácil, pero ahora que yo estaba cerca, sus provocaciones ya no eran eficaces. No quería enfrentarse a mí directamente porque perdería.

Pero yo seguía queriendo una compensación.

Quería que pagara por lo que le había hecho a Rome. Le había dado una paliza y la había dejado en el hospital dos días. Los dos necesitábamos que se hiciera justicia por aquello. Yo quería llevar a cabo mi venganza físicamente, pero entendía los riesgos que eso implicaba. Al ser uno de los mejores abogados de la

ciudad, él podría usar fácilmente el sistema de justicia en su favor. Si las cosas me salían mal, podría pasar un breve periodo de tiempo encerrado. Y si eso ocurría, Rome estaría completamente vulnerable ella sola.

Así que la violencia no era una opción para mí.

Tendría que aprender a controlar mi ira. Lo importante era que por fin la estaba dejando en paz. Si daba un paso en falso, yo conseguiría pruebas de todas y cada una de las cosas que hiciera y las presentaría ante un tribunal. Así que los dos estábamos esperando a que el otro cometiera un error y fuera el primero en inculparse. Sospechaba que los dos éramos demasiado inteligentes como para cometer tal estupidez.

El coche llegó y le abrí la puerta trasera Rome, dejando que entrara primero. Le dirigí a Hank una última mirada amenazadora antes de meterme con ella en el asiento posterior. Hasta cuando ya estuve en el coche, seguí mirándolo fijamente. Las ventanas estaban tintadas, así que no podía verme, pero estaba seguro de que podía sentir la diana dibujada en medio del pecho.

El coche se alejó en dirección a casa.

Rome se quitó los zapatos de tacón y se masajeó los pies.

—Si hubiera tenido que seguir llevándolos un segundo más, me habría cortado los pies.

La agarré por el tobillo y le puse los pies sobre mi regazo. Por si acaso mi chófer veía más de lo debido, pulsé el botón y subí la ventanilla para tener más intimidad. Mis manos se dedicaron a las plantas y al empeine de sus pies.

—No hace falta que hagas eso... —Se echó hacia atrás y cerró los ojos de inmediato, haciendo que sus palabras carecieran de sentido.

—Me gusta tocarte.

—Mmm... —Apoyó la cabeza sobre sus brazos doblados y no dijo nada más durante el trayecto a casa.

Yo seguí usando los pulgares para masajear sus minúsculos pies, adorando la sensación de tenerlos en las manos. Nunca me habían gustado especialmente los pies, pero en lo que respectaba a Rome, me encantaba todo. Era perfecta desde los dedos de las manos a los de los pies.

Llegamos a casa momentos después y Rome tuvo que esforzarse por incorporarse.

—Haces cosas increíbles con las manos, Calloway.

Me reí y salí del coche.

—Eso ya lo he oído antes. —Le cogí la mano y la ayudé a bajar.

Llevaba los tacones en una mano y pisó la acera descalza. La levanté sin esfuerzo y caminé hasta la puerta de entrada. Era tan ligera que pude abrir la puerta con una mano y cruzar el umbral con ella en brazos.

—Gracias por el paseo.

En lugar de soltarla en el vestíbulo, la llevé a la planta de arriba hasta el dormitorio que ahora compartía conmigo. La dejé en el suelo y al instante le bajé la cremallera del vestido. A pesar de lo mucho que me gustaba verla con él puesto, quería disfrutar de su desnudez.

El vestido cayó arrugado al suelo y yo le di un beso en el hombro desnudo, sintiendo su piel cálida al tacto. Noté cómo se le tensaba el cuerpo en respuesta, mientras la emoción le corría por las venas. Su respiración cambió al momento, y una chispa llenó el ambiente.

Era una de las pocas ocasiones en las que realmente quería hacer el amor, disfrutar de un sexo lento y sensual que fuera

simplemente vainilla. No me la imaginé encadenada al cabecero con una venda en los ojos. No me la imaginé suspendida del techo con los pies colgando a centímetros del suelo. No tuve que fingir herirla para excitarme. Quería que fuera así, ella y yo viviendo aquel momento.

Con suerte, mi batalla había terminado. Me había masturbado en la ducha unas semanas antes porque no podía controlar aquel deseo apremiante. Necesitaba cumplir esa fantasía para fingir al menos que estaba recibiendo lo que necesitaba. Después me había sentido avergonzado por lo que había hecho, pero cuando supe que me ocultaba un secreto, la culpa se disipó.

Ahora no pensaba en ello.

Cuando los dos estuvimos desnudos, la puse de espaldas sobre la cama, apoyándole la cabeza en la almohada. Tenía las piernas abiertas, y yo me coloqué justo delante de su abertura. Quería estar dentro de ella toda la noche, llenarla con todo lo que tenía hasta que no quedara nada. Ansiosa, me agarró las caderas y tiró de mí hacia ella, obligando a que mi erección pasara por sus labios y atravesara su humedad. Se mordió el labio inferior al sentir cómo mi grueso miembro llenaba su estrecho canal. Se le

aceleró la respiración en seguida, y un jadeo llenó la habitación.

Yo saboreé la sensación, aunque la había sentido centenares de veces. Antes de que saliéramos a cenar, le había hecho el amor en esa misma cama. Sólo habían pasado unas horas, pero sentía un deseo voraz, como si nunca hubiera ocurrido.

Rome se agarró los pechos y jugó con ellos para que yo lo viera. Ponía unos gestos extraordinariamente sensuales mientras nos acostábamos. Le pesaban los párpados por el placer y se le separaban los labios con cada gemido.

Yo le puse los brazos detrás de las rodillas y le eché los muslos hacia atrás para poder penetrarla más. No importaba lo apretada y estrecha que estuviera, iba a darle hasta el último centímetro porque era mi mujer.

Se soltó los pechos cuando el ritmo se apoderó de ella. Me resultó evidente que iba a correrse. No sólo se le contrajo la vagina alrededor de mi sexo como si fuera una serpiente sobre su presa, sino que el cuerpo se le arqueó y la cabeza se le echó hacia atrás. Los labios se le separaron ligeramente por lo hondo que respiró. Justo cuando la intensidad le llegó, gritó.

—Calloway... —Me puso las manos en los brazos y me clavó

las uñas en las muñecas mientras disfrutaba del éxtasis—.

Calloway.

No había nada más sensual que escuchar cómo gritaba mi nombre.

—Cariño... Me encanta hacerte el amor. —Silencié sus gritos a besos, y le metí la lengua en la boca mientras seguía embistiendo mi pene en su interior.

Siguió clavándome las uñas hasta que finalmente pasó la explosión que tuvo lugar entre sus piernas. Contuvo la respiración y se relajó paulatinamente, con la entrepierna empapada de la humedad que su cuerpo había producido.

Yo había querido continuar, pero ahora sólo deseaba correrme. Conociéndome, de todos modos volvería a estar duro en un instante. Cuando tenía a una mujer así debajo, no hacía falta mucho para que me empalmara, aunque acabara de correrme unos minutos antes.

—Joder, quiero correrme.

—Deja que te ayude. —Me puso de espaldas y trepó encima de mí.

Me gustaba estar encima y ver cómo le temblaban las tetas

debajo de mí, pero me encantaban las vistas cuando era yo el que estaba abajo. Sabía montarme como una profesional. Si no hubiera sabido que era virgen antes de conocerme, nunca lo habría sospechado.

Con las rodillas a cada lado de mis caderas, apuntó mi erección hacia su entrepierna. Se deslizó lentamente, como si estuviera introduciéndolo por primera vez. Tenía el miembro empapado de su humedad, así que volvió a entrar fácilmente. Sacudió las caderas mientras tomaba mi sexo una y otra vez. Se llevó las manos a los pechos y jugó con ellos, pasándose los pulgares por los pezones y endureciéndolos. El pelo le quedaba exquisito sobre los hombros, y su expresión era innegablemente erótica. Tomó mi miembro hasta los testículos y levantó el cuerpo hasta llegar al glande. Después volvió a descender. Yo le agarré el culo y la guie hacia abajo por mi erección a la velocidad que a mí me gustaba. Estaba ansioso por correrme y lo deseaba cuanto antes. Le moví el cuerpo hasta que las tetas le rebotaron sin control. Gemí y jadeé con ella, mientras mi sexo se endurecía hasta tal punto que dolía.

—Aquí llega...

Llevó la mano hacia atrás, acariciándome los testículos mientras seguía sentándose sobre mi erección.

—Estoy preparada.

Le sostuve las caderas mientras me corría, llenándole la vagina de todo el semen que había almacenado para aquella noche. Lo derramé todo en su interior, gimiendo de forma descontrolada, como si no hubiera echado un polvo en meses. Su entrepierna tenía algo tan adictivo que daba miedo.

—Joder... —Tiré de sus caderas hacia abajo con más fuerza, para que no perdiera ni una sola gota.

Se inclinó sobre mí, aún con el pene dentro, y me dio un beso en los labios.

—Eres un hombre increíble. —Me besó por la mandíbula y por el cuello, bajando hasta el pecho y los hombros. Sus suaves labios salpicaban su afecto por todas partes, haciendo que se me subiera el ego al ver que aquella fascinante mujer me adoraba como si yo hubiera hecho algo para merecerlo.

—Eres tú la que me hace increíble.

Capítulo 11

Rome

HABÍAMOS VISITADO A LAURA CASI TODOS LOS DÍAS DURANTE LAS ÚLTIMAS

tres semanas. A veces nos saltábamos la visita porque los dos estábamos cansados u ocupados. Por desgracia, no parecía que importara el número de veces que la visitáramos.

Seguía sin acordarse de nosotros.

Hablamos con la enfermera y después nos reunimos con ella en la terraza posterior. Ahora que estaba pasando tanto tiempo con ella, me daba cuenta de que nunca la había visto en ningún otro lugar. Nunca estaba dentro del apartamento, siempre fuera, lloviera o hiciera sol.

Calloway se presentó con una sonrisa, a pesar de que ya lo había hecho al menos mil veces.

Ahora que había pasado por las mismas presentaciones, había escuchado el mismo libro de Harry Potter y había oído cómo formulaba las mismas preguntas una y otra vez, comprendía lo difícil que era aquello para Calloway. No sólo era repetitivo, sino que carecía de sentido. Su relación con su madre no avanzaba nunca. Estaba atascada permanentemente en la misma rutina.

Calloway leyó el primer capítulo mientras Laura y yo escuchábamos. Había oído aquella historia tantas veces que, en

lugar de escuchar, me concentré en la voz de Calloway y en el modo en que se movía su boca. Me fijé en la forma en que sostenía las solapas con facilidad, mientras se le marcaban las fuertes venas de las manos. Presté atención al hombre del que me había enamorado tan locamente, haciendo caso omiso del resto del mundo. Era el primer hombre que merecía mi confianza, mi lealtad. Ahora apenas tenía barreras en el corazón. Laura miraba por el borde del balcón hacia el jardín de flores que había abajo. Jugaba con un colgante que llevaba al cuello, deslizándolo de atrás hacia delante para tener las manos ocupadas en algo. Me fijé en los rasgos que compartía con Calloway: los ojos azules, la intensidad natural, y la inteligencia innata. No podría agradecerle lo suficiente el haber creado a un hombre como él.

Calloway siguió leyendo hasta que Laura cerró los ojos lentamente y apoyó la cabeza en el respaldo de la mecedora. Sus dedos dejaron de jugar con el collar al relajársele la mano. Su respiración era profunda y regular, y dejaba ver que había caído en un remanso de tranquilidad.

Calloway dejó de leer cuando se dio cuenta de que había hecho

que su madre se durmiera. Se apoyó el libro en la rodilla y la contempló con una expresión dulce que nunca mostraba para nadie más. A pesar de lo frío y duro que era Calloway, sin duda tenía debilidad por su madre.

Pensé que era realmente bonito.

Se recostó en la silla y se giró hacia mí, claramente notando mi mirada.

—¿Hmm?

—Nada.

—Me estabas mirando muy fijamente. —Habló en voz baja para no despertar a su madre.

—Porque eres muy guapo. —Le subí la mano por el brazo, sintiendo los músculos de su poderoso físico.

La comisura de la boca se le curvó en una sonrisa involuntaria.

—Ese es un muy buen motivo. —Dejó el libro en la mesa que había junto a él y apoyó los brazos en el reposabrazos. Como si una sombra de melancolía hubiera sacudido el balcón, Calloway se giró hacia el jardín exterior.

—¿Estás seguro de que Jackson no quiere venir a visitarla?

—La presencia de su otro hijo podría hacer que Laura recuperara

la memoria. A veces los estímulos más impredecibles podían suponer una diferencia fundamental.

Se llevó las puntas de los dedos a la barbilla, donde ya crecía una barba espesa.

—Sí.

—¿Se lo has preguntado últimamente?

—Se lo he preguntado más de una vez —dijo con frialdad—. No quiere tener nada que ver con esto. Dice que para él está muerta. Eso era lo más duro que había oído nunca.

—Pero no está muerta. Todavía podéis hablar con ella y disfrutar del tiempo con ella. La mayoría de las conversaciones son repetitivas, pero sigue aquí. Es muy egoísta decir eso.

—Mi hermano es un hombre muy egoísta.

Si hubiera tenido unos padres tan cariñosos como los de Calloway, yo también estaría allí todo el tiempo. No les daría la espalda.

—Tengo que hablar con él.

Soltó una risa, como si yo hubiera hecho algún tipo de broma.

—Lo digo en serio.

—Cariño, no deberíamos perder el tiempo. Jackson es como

es. Yo lo acepté hace mucho tiempo.

—Bueno, pues yo no lo acepto. También es su madre.

Sacudió la cabeza.

—De todas formas, no me gusta estar con Jackson más de lo necesario. Así que me parece bien no verlo.

—No es por ti, es por ella.

No continuó con la discusión, a pesar de que era obvio que seguía sin estar de acuerdo conmigo.

—Odio decirlo, pero no creo que estemos haciendo ningún progreso. Creo que los síntomas de mi madre son permanentes, y simplemente no hay nada que podamos hacer para cambiarlo. Yo siempre vendré a visitar a mi madre, pero dedicar tanto tiempo a verla todos los días es excesivo. Deberíamos pasar el tiempo en otro sitio... preferiblemente en el dormitorio.

Llevábamos semanas haciendo aquello y no se había producido ningún cambio. Yo no quería tirar la toalla, pero las perspectivas no eran optimistas.

—Vamos a darle un poco más de tiempo...

Calloway suspiró al no salirse con la suya, pero no insistió.

—Un poco más de tiempo, nada más.

BAJÉ la ventanilla divisora del coche.

Calloway levantó una ceja al verlo.

—Tom, ¿puedes llevarnos al Ruin? —pregunté desde el asiento trasero.

Calloway me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué estás haciendo?

Tom no obedeció mi orden como obedecía a Calloway. No era yo quien pagaba su nómina, así que tampoco podía sentirme ofendida.

—¿Señor?

—No vamos a ir al Ruin —dijo Calloway con calma—. Llévanos a casa. —Pulsó el botón de la ventanilla.

Yo volví a apretar el botón.

—Calloway, quiero ir al Ruin.

—¿Para hablar con Jackson? —preguntó—. Siempre puedes llamarlo, si tienes tantas ganas de hablar con él.

—Se trata de tu madre —repuse—. Quiero hablar con él en persona.

Volvió la vista hacia la ventana.

—No. Y no se hable más.

Me quedé mirándolo impactada, con las cejas levantadas.

—¿No?

—Sí. No.

—Tú no me das órdenes, Calloway. Si quiero hablar con Jackson, lo haré.

Se volvió hacia mí con una mirada igual de feroz.

—No le vas a hablar a mi hermano de mi madre. Eso es asunto mío, no tuyo.

Habíamos llegado a un fuerte enfrentamiento. Nuestros ojos se encontraron, y Calloway rezumaba enfado. No iba a echarse atrás, pero estaba jodidamente claro que yo tampoco.

Acabábamos de parar en un semáforo, así que abrí la puerta y me bajé.

Ojalá hubiera visto la expresión de su cara.

Me subí a la acera y empecé a caminar.

Calloway salió del coche a tal velocidad que resultó aterrador.

—Métete en el puto coche. —Cerró de un portazo la puerta trasera y rodeó el coche de inmediato, pasando por delante del taxi que estaba atrapado en el tráfico detrás de nosotros.

Yo continué andando.

—Voy a ir al Ruin, aunque tenga que ir andando.

—A ver si lo consigues. —Llegó hasta mí y me agarró del brazo. Me sostuvo con fuerza y tiró de mí hacia él. La mirada suave y afectuosa que estaba acostumbrada a ver ahora no existía. Tenía un aspecto aterrador, y sus ojos relucían como lava ardiente—. ¿Estás intentando cabrearme?

—No me digas lo que tengo que hacer.

—Te daré todas las órdenes que quiera cuando te pases de la raya. No vas a hablar con mi hermano y sin duda no vas a ir allí.

—Tengo piernas —dije con tono petulante—. Y funcionan.

Me agarró con más fuerza, pero sin excederse. Ejerció presión, pero no tanta como para hacerme daño de verdad.

—Suéltame.

Me hundió los dedos en la piel.

—Nos vamos a ir a casa. Te llevaré sobre el hombro, si tengo que hacerlo.

—No soy tu sumisa. —Retorcí el brazo para soltarme—. No me trates como si lo fuera.

Dejó caer la mano, y acusó el insulto en sus rasgos.

Yo sabía que había sido un golpe bajo y que no debería haberlo dicho. Recordarle lo que no podía tener era una crueldad.

Calloway dio un paso atrás, como si quisiera marcharse, pero su compromiso de protegerme hizo que se quedara en la acera.

Apartó la mirada con la mandíbula tensa, como si quisiera decir un millón de cosas de las que se arrepentiría más adelante.

Ahora me sentía culpable por lo que había dicho.

—Lo siento...

—¿Por qué? —preguntó con frialdad—. ¿Por meterte donde no te llaman? ¿O por recordarme que no voy a tener nunca lo que necesito? ¿Por cuál de las dos cosas, Rome? —Me dio la espalda, y su mirada brillaba de intensidad. Tom se había alejado con el coche durante la pelea porque no podía quedarse parado en la carretera.

—¿Lo que necesitas? ¿O lo que deseas? —No sabía por qué le daba vueltas a la elección de sus palabras. Había algo en la forma violenta en que había hablado que me había dolido. Había oído su resentimiento, su decepción.

—Eres la mayor hipócrita que he conocido en mi puta vida. Ni siquiera te planteas darme lo que quiero cuando los dos sabemos

que te gusta que esté al mando. Te gusta pegarme bofetones. Te gusta la mierda oscura y pervertida que me gusta a mí. Así que no hagas como si no tuvieras ni idea de lo que estoy hablando.

—A mí no me gu...

—Y después, metes las narices en mi vida familiar, cuando no tienes ningún derecho a hacerlo. Ni siquiera tienes el detalle de contarme quién eres de verdad, ¿pero vas a meterte en el Ruin para hablar con Jackson de mi madre?

Abrí la boca para rebatir sus palabras, pero volví a cerrarla cuando oí lo que había dicho. ¿Que no le había dicho quién era de verdad? ¿Qué quería decir con eso? ¿Sabía lo de mi pasado? ¿O sólo estaba hablando en general y había sido una mera coincidencia? No veía cómo era posible que realmente supiera algo de mi extraño pasado, así que di por hecho que había sido lo último.

A pesar de mi enfado, entendí por qué estaba tan disgustado.

En el fondo, sabía que era yo la culpable. Respiré lentamente para calmarme y relajar la situación. Estábamos sólo en la esquina, pero en cualquier momento podría pasar cualquier persona y presenciar nuestra ridícula pelea.

—Tú me dijiste que dejarías esa vida. Yo nunca te pedí que lo hicieras, Calloway. ¿Te están entrando dudas?

Continuó dirigiéndome una expresión enfurecida; sus ojos azules se asemejaban a bombas atómicas. Tensó la mandíbula como si estuviera apretando los dientes de forma dolorosa.

Su silencio me asustó.

—¿Calloway? —Sentí cómo el corazón se me hundía hasta el estómago. Me encantaba lo que teníamos, y me devastaría que él no fuera feliz. Nos habíamos unido mucho. Ni siquiera me importaba que no me dijera que me quería, porque era obvio cada vez que me miraba—. ¿Calloway?

Al final me respondió, con la mandíbula todavía tensa.

—Nunca he dudado de que quiero estar contigo. Sólo contigo. Una parte de mí quería leer su respuesta entre líneas, porque en realidad no había respondido a la pregunta. Pero había una parte aún mayor que quería aceptar lo que había dicho, en lugar de analizarlo demasiado.

—¿Qué querías decir con que yo me meto en la vida de tu familia pero que realmente no sabes quién soy?

Miró hacia el final de la calle, como si hubiera estado

esperando que Tom diera la vuelta y nos recogiera. Seguía tenso por el enfado, y las extremidades le temblaban ligeramente por lo furioso que aún estaba. Calloway siempre era apasionado, pero aquello era un nivel nuevo para él.

—Nada.

—¿Nada?

—Aún sigues con las defensas levantadas.

—No tengo ninguna defensa contigo, Calloway. —Había permitido que aquel hombre se convirtiera en algo permanente. Había dependido de él para cosas para las que nunca había necesitado a nadie. Confiaba en él. Lo amaba.

—Hay más cosas de tu pasado que no me estás contando.

¿Era una especulación o una acusación? Quería desviar el tema por completo.

—No sé por qué importa mi pasado. Mi vida contigo empezó el día en que te conocí. Todo lo anterior es irrelevante.

—No me hablaste de Hank, y eso sí importaba —me espetó.

El insulto me golpeó como una bofetada en la cara.

—Creía que podría arreglarlo yo sola...

—Y no pudiste. Podría haberme ocupado de ese cabrón mucho

antes.

No me gustaba hablar con Calloway así. Era temible e irracional. No era el hombre al que conocía, el hombre del que me había enamorado. Era una bestia que perdía los estribos. Podría haber arrancado la señal de stop del cemento y no me habría sorprendido.

—Lo siento por lo que he dicho. Estaba enfadada y me he dejado llevar. —Una disculpa siempre era una buena forma de conseguir que la otra persona se calmara.

A juzgar por la frialdad con que me miraba, no había sido suficiente.

—Sólo estoy intentando ayudar con Jackson. Pero si no quieres que hable con él, pues no lo haré. Sólo creía que una opinión externa podría hacerle cambiar de opinión. Admito que, a veces, Jackson es poco razonable... pero si se parece a ti en algo, sé que tiene que tener algo de corazón dentro.

—Yo nunca se lo he visto.

Estaba hablando desde el enfado, así que lo ignoré.

Tom se subió a la acera con el sedán negro que tenía las ventanas tintadas. Siguió con la mirada al frente para darnos

algo de intimidad.

Calloway le echó un vistazo al coche antes de volver a mirarme a mí.

Yo me aproximé a él y vi cómo su cuerpo permanecía rígido.

Por lo normal se ablandaba cuando me acercaba, sus brazos me rodeaban la cintura automáticamente y me atraían hacia su pecho. Me detuve delante de él y alcé la vista hacia su expresión feroz.

No me tocó.

Me puse de puntillas y le di un beso en los labios. Su boca no se movió, ni se abrió para recibir la mía, pero tampoco me rechazó. Le puse las manos en el cuello y utilicé su cuerpo para mantener el equilibrio. Al ver que sus labios seguían sin

responder, supe que su enfado no se disiparía con un simple beso.

Me aparté, sintiéndome derrotada.

De repente, volvió a agarrarme y estampó su boca contra la mía, con una agresividad repentina y vertiginosa. Su beso estaba lleno de pasión y enfado, una mezcla de dos emociones que ya

habíamos vivido antes.

Se apartó con brusquedad, como si no confiara en nuestros cuerpos cuando nuestros labios estaban conectados de aquel modo.

—Iremos al Ruin y hablaremos con Jackson. —Me rodeó y abrió la puerta trasera.

—No tenemos por qué hacerlo, Calloway, de verdad... —Yo me había pasado de la raya y lo sabía.

—A lo mejor tú puedes meterle más sentido común en la cabeza que yo. —Extendió la mano y esperó a que yo se la tomara.

Miré la mano que me había tocado innumerables veces. Me había aportado alegría y un placer exquisito. La agarré y sentí cómo su calidez me rodeaba la palma de la mano de inmediato.

—No vendría mal, ¿no?

Me besó el dorso de la mano antes de guiarme al interior del coche.

—No, no vendría mal.

COMO AÚN ERA PRONTO, no había tanta gente allí dentro. Seguía habiendo mujeres vestidas de cuero negro y llevaban cadenas alrededor del cuello, pero también había muchas mujeres que

parecían normales. No estaban dándoles órdenes como si fueran inferiores.

Calloway mantuvo el brazo apretado alrededor de mi cintura mientras me acompañaba hacia la parte posterior de la planta de arriba, donde estaba la oficina. Había estado allí una vez y todo tenía exactamente el mismo aspecto. Seguía siendo un lugar negro con luces que emitían un apagado color azul.

Sujetó el pomo y estaba a punto de pasar cuando se dio cuenta de su error. Alzó la mano hacia la puerta y, después de tomar aire, llamó.

—Jackson, soy Cal. —Se metió una mano en el bolsillo mientras esperaba una respuesta.

—¡Está abierto! —gritó Jackson.

Entramos y nos recibió una imagen interesante. Dos mujeres en ropa interior estaban liándose en el sofá, tan absortas la una en la otra que ni siquiera se dieron cuenta de que Calloway y yo habíamos entrado. Sus lenguas se entrelazaban mientras sus manos se exploraban mutuamente.

No sabía cuál debía ser mi reacción. Nunca antes había visto nada igual.

Jackson estaba detrás del escritorio con los pies sobre la superficie. Tenía una expresión penetrante, igual que la que tenía su hermano cuando me miraba a mí.

—¿Qué pasa, tío? Es temprano. —Sus ojos no se apartaron en ningún momento de las mujeres del sofá.

Calloway no las miró, bien por respeto a mí, o bien porque no estaba interesado.

—¿Podemos hablar un momento?

—¿Qué es lo que estamos haciendo ahora? —preguntó Jackson con tono de listillo.

Tal vez aquello no fuera buena idea.

Calloway ocultó su irritación.

—A Rome le gustaría que le prestaras tu atención, y más te vale que lo hagas. —La amenaza era inconfundible, a pesar de que no había alzado la voz.

—Rome, ¿eh? —Al final miró a su hermano a los ojos con una sonrisa socarrona—. Tengo tiempo para ella. —Chascó los dedos para atraer la atención de las mujeres—. Chicas, seguiremos con esto después. Nos vemos en la sala de juegos número cinco.

Las chicas se separaron y salieron dándose la mano.

Una vez que se hubieron marchado, Jackson volvió su atención hacia mí.

—Nunca he hecho un trío con mi hermano, pero estoy abierto a la idea.

—Jackson. —A Calloway le bastaba con decir su nombre para hacerse entender.

Jackson tenía tendencia a traspasar los límites, pero sólo hasta un cierto punto. Como un niño malcriado con sus padres, sabía dónde estaban los límites. No puso los ojos en blanco, pero estaba claro que quería hacerlo.

—¿Qué puedo hacer por ti, Rome?

Calloway me apartó la silla y esperó a que me sentara.

Tomé asiento y vi cómo Calloway se acomodaba en la silla de al lado.

Jackson sonrió como si estuviera observando algo interesante.

—Soy un hombre ocupado, Rome. Como puedes ver por mis dos amigas...

Me pregunté si Calloway habría hecho el mismo tipo de cosas.

Nunca antes me lo había planteado. Antes de que yo apareciera, probablemente había participado en cosas más serias que una

relación entre dominante y sumisa. Probablemente había estado con dos mujeres al mismo tiempo, tal vez con más.

Probablemente había tenido una agitada vida sexual que yo no podía ni imaginar. Había pasado toda mi vida siendo virgen hasta que había aparecido el hombre adecuado.

Como yo había perdido el hilo, Calloway empezó la conversación.

—Hemos estado visitando mucho a mamá últimamente.

La mención de su madre hizo que Jackson cambiara de actitud de inmediato. Ya no era el pícaro conquistador.

—¿Está bien?

—Hace unos meses, más o menos se acordó de Rome —explicó Calloway—. Eso no significa que necesariamente recordara su nombre, pero sí reconoció su cara. Hablé con el médico del tema y nos animó a ir a verla todos los días para ver si su enfermedad mejoraba.

—¿Has ido a verla todos los días? —preguntó Jackson con incredulidad.

—No absolutamente todos —dije—, pero sí casi todos.

Jackson se frotó la barbilla al igual que hacía Calloway. Se

parecían mucho, pero tenían unos rasgos claramente distintos.

Calloway tenía la mandíbula marcada, y la de Jackson era algo más suave.

—¿Y ha habido algún cambio?

—No —respondí—. Vamos a intentarlo unas semanas más y a esperar que cambie algo, pero creo que ayudaría que vinieras tú también.

Se tensó al oír la propuesta, como si hubiera esperado que no se formulara.

Yo comprendía su reacción, pero sólo hasta cierto punto.

—Estamos hablando de tu madre, Jackson. Deberías estar ahí para ella. Ella estaría ahí si tú la necesitaras.

—La verdad es que no soy la mejor persona para esto —dijo Jackson—. No se me da bien hablar, y Calloway te puede decir que apenas sé leer. —Soltó una risa forzada que sonó completamente falsa.

—Tampoco Calloway es la mejor persona para esto —repuse—, pero lo hace porque es lo que hay que hacer. Calloway no debería tener que soportar esta carga solo. Deberíais estar juntos en esto.

—No estoy intentando quedar como un capullo, pero nuestra

madre ya no está. —Jackson se encogió a modo de disculpa—. No se acuerda de nosotros. No se acuerda de papá. No se acuerda de quién es el puto presidente. No tiene sentido. No voy a ir allí a leerle, cuando de todas formas no se va a acordar de nada. ¿Para qué obligarnos a pasar por eso? Está en una residencia de cuidados asistidos por algo. Además, no quiero verla así.

—Pero ¿y si verte ayuda a que recupere la memoria? —rebatí.

—Vale, en el mejor de los casos, imaginemos que nos recuerda a Calloway y a mí. Pasamos la tarde juntos y se crea un vínculo y todo eso. Y a la mañana siguiente, cuando se despierte, se vuelve a olvidar de todo. Sé que parezco un cabrón, pero, en serio, ¿de qué sirve?

Entendía su punto de vista, a pesar de lo duro que era.

—Pues de que es tu madre, Jackson. Ella te parió y te crio, por si se te ha olvidado. No debería importar que te recuerde o no.

Estoy segura de que has olvidado muchas cosas maravillosas que ella ha hecho por ti, pero eso no impidió que cuidara de ti.

Jackson inclinó la cabeza, como si el ataque hubiera tenido algún tipo de impacto.

Calloway cruzó las piernas, apoyando el tobillo sobre la rodilla

contraria. Tenía los dedos entrelazados sobre el regazo y miraba fijamente a su hermano pequeño, que estaba al otro lado de la mesa, en el asiento que él había ocupado a diario.

Jackson dio una respuesta mejor.

—Lo pensaré, ¿vale?

Aquello era lo máximo que sacaría de él.

—Gracias.

Calloway se giró hacia mí; sus ojos dejaban ver su sorpresa.

Probablemente había dado por sentado que Jackson nunca cambiaría de opinión.

Me levanté de la silla porque estaba ansiosa por marcharme del Ruin. Aquel lugar sólo me recordaba el tipo de hombre que era Calloway antes. Mientras yo intentaba encontrar al hombre adecuado con el que entablar una relación, él estaba allí con una cadena en el cuello de alguna mujer. No me gustaba pensar en su pasado, especialmente porque cambiaba la opinión que ahora tenía de él. Tampoco era justo.

—Te dejamos con tus amigas...

Calloway me siguió afuera sin despedirse de su hermano.

Salimos de la oficina y caminamos por el pasillo. Su mano buscó

la mía al instante, una muestra de afecto que recordaba a todos los que nos rodeaban que estábamos comprometidos mutuamente.

—Creía que no ibas a hacerle cambiar de opinión.

—Bueno, no he hecho que cambie de opinión... todavía.

Capítulo 12

Calloway

AQUELLA NOCHE TUVE UN SUEÑO INCREÍBLE.

Entraba en la casa después de un largo día en la oficina. Me desataba la corbata mientras pasaba por la puerta y me desabrochaba el botón superior del cuello de la camisa. Rome estaba sentada en el sofá con los papeles sobre la mesita de café. No llevaba puestos los tacones, que estaban cuidadosamente colocados bajo la mesa.

Yo me quedaba en la entrada del salón y la miraba fijamente.

Ella me miraba a los ojos con su beligerancia habitual.

—¿Qué tal el día?

Yo no estaba de humor para hablar de trivialidades. No estaba de humor para que fuéramos iguales. Sólo quería tomar el control.

—No hables.

La beligerancia aún relucía en sus ojos, pero no volvía a abrir la boca, obedeciéndome como la buena sumisa que era. Ella sabía que a mí me apetecía ser más que un simple novio. Sabía que yo quería dominar.

—De rodillas. —No me hacía falta repetírselo.

Ella se dirigía al suelo y se sentaba sobre las rodillas, con las manos apoyadas sobre los muslos. Sus ojos mostraban desafío porque no quería obedecerme, pero me escuchaba de todas formas, sabiendo que aquello era lo que yo necesitaba.

Y eso me ponía duro como una piedra.

Yo me quitaba la chaqueta y la tiraba al suelo. Después pasaba a la camisa, tomándome mi tiempo para desabrochar cada botón.

A pesar de su incomodidad, hacía que esperara. Permanecería allí sentada todo el tiempo que yo quisiera. Ahora era mi sumisa y tenía trabajo que hacer.

Yo dejaba caer la camisa y me desabrochaba el cinturón.

Sentía el cuero en las manos y meditaba sobre si debía azotarla sin ningún motivo en absoluto. Me gustaba pegarle con fuerza, haciéndola llorar y suplicar para que le diera más al mismo

tiempo.

Pero no lo hacía.

Tiraba el cinturón al suelo y me desabotonaba los pantalones.

Lo dejaba caer todo y me quitaba los zapatos. Una cadena de metal aparecía de la nada y yo me acercaba a ella, con el collar abierto en las manos.

Ella lo miraba dubitativa, pero no oponía resistencia.

Porque no tenía elección. Era yo el que estaba al mando. Lo cerraba alrededor de su cuello y apoyaba el collar sobre sus hombros. Tenía la cadena en las manos, y el frío metal se calentaba al poco rato al entrar en contacto con mi piel acalorada.

—Arriba.

Ella se ponía de pie, aún con el vestido que había llevado al trabajo aquella mañana.

Yo subía a la planta de arriba con ella a cuestas. Iba hasta la sala de juegos que no existía en mi casa. Un montón de cadenas descansaban sobre la mesa, y yo cogía la que sería perfecta para lo que quería hacerle.

Me apoyaba en los pies de la cama con la correa aún en la

mano.

—Desnúdate. La mirada al suelo.

Ella desviaba la mirada y se bajaba la cremallera de la espalda del vestido. Me cedía todo el poder; aquella reina poderosa se quitaba la armadura y se sometía a mí. Se quitaba el vestido y lo dejaba caer al suelo, seguido del sujetador, que dejaba al descubierto aquellas maravillosas tetas que pronto estarían pinzadas. A continuación se quitaba las bragas y las echaba a un lado.

Ver cómo se doblaba hacía que las manos se me cerraran sobre la cadena y los nudillos se me pusieran blancos.

—Ven aquí.

Ella caminaba hasta la cama, aún con la vista en el suelo porque no le había dicho que dejara de hacerlo.

—Boca abajo.

Completamente desnuda, trepaba sobre la cama y se tumbaba; la curva de su culo contrastaba contra la espalda recta.

Cogía las otras cadenas que necesitaba y le ataba los tobillos.

Después le encadenaba los brazos tras a espalda y se los ponía en la pronunciada curva. Estaba atada y lista para disfrutar de ella.

Yo me subía encima de ella con el sexo palpitante. Mantenía una mano sobre la correa, como si ella pudiera intentar escapar. Tenía el lubricante a mano, así que se lo extendía por el culo y le masajeaba el pequeño ano con los dedos. Estaba tensa por la espera, porque sabía que mi erección parecería incluso más grande metida en su trasero.

Mi sexo anhelaba estar dentro de ella a medida que los minutos pasaban. Yo sentía con los dedos cómo su agujero se relajaba lentamente, acostumbrándose a aquella intrusión por detrás. Su respiración era pesada e irregular, a veces excitaba y a veces asustada.

Cuando estaba lo bastante distendida, introducía mi enorme erección en ella, estirándola de forma inesperada.

Ella gemía al sentir aquella plenitud en su entrada trasera, y su gemido estaba mezclado con un grito de dolor.

—Ya sabes cuál es la palabra de seguridad. —Ella tenía el poder para poner fin a aquello cuando quisiera, pero nunca pronunciaba la palabra, porque quería que yo disfrutara de aquella diversión. Quería que yo tuviera lo que necesitaba. Cada vez que lo lograba, podía pasar periodos de tiempo más largos sin

tenerlo. Funcionaba a su favor.

Yo tiraba de la cadena, obligándola a echar la barbilla hacia atrás mientras mantenía el pene hundido en ella.

—Suplícame que te folle con fuerza. —Tiraba de la correa hasta que la cara casi le apuntaba hacia el techo. Ella boqueaba en busca de aire porque apenas podía respirar.

—Por favor... dame por el culo.

Yo soltaba la cadena y la embestía con brusquedad, penetrándola por detrás como a un juguete. Balanceaba la cama y estrellaba el cabecero contra la pared. Con cada empujón, me sentía más inmerso en el momento. Mi mujer era completamente sumisa a mí y hacía cualquier cosa que le pedía sin formular una sola pregunta. Me dejaba hacerle cosas increíbles, permitía que tuviera un control absoluto sobre ella. Era el mayor calentón de mi vida.

No podía aguantar mucho, no cuando mi fantasía se estaba haciendo realidad. Escuchaba sus gemidos orgásmicos, que pronto serían sustituidos por gritos por la dureza con la que la penetraba. Ella disfrutaba, pero al mismo tiempo le hacía daño. No podía contenerme más y me corría con un gemido.

Y en aquel momento, me desperté.

Abrí los ojos de golpe y vi el techo oscuro. El pene me dio un brinco al correrme bajo las sábanas, y el semen fue a parar a mi estómago. Mi cuerpo se sacudió de inmediato y se me escapó un gemido incontrolable de la boca. Estaba medio dormido, así que no podía pensar con claridad. Tenía la mano alrededor del pene y me estaba masturbando mientras terminaba.

Joder...

Me quedé mirando fijamente el techo mientras recuperaba la respiración, aún extasiado por el increíble orgasmo que me había llegado hasta el tuétano. Tardé unos instantes en darme cuenta de dónde estaba exactamente, y de con quién me encontraba.

Rome dormía profundamente a mi lado, sin tener ni idea de lo que acababa de pasar.

Como si fuera un adolescente, acababa de tener un sueño húmedo.

Madre mía.

Aparté las sábanas con los pies y me limpié en el cuarto de baño. Había tanto semen que no sabía cómo lo había producido todo por un sueño lúcido. La puerta estaba cerrada y la luz seguía

apagada, así que me agarré al mueble del lavabo y me apoyé contra él, aún percibiendo débilmente las imágenes del sueño en mi mente.

Con Rome tenía orgasmos intensos, pero no así.

Estaba soñando con la mujer a la que ya tenía en mi cama, con las cosas que no tenía permitido hacerle. Pensaba que podía superar aquello, ignorar mis instintos, pero tal vez fuera una ilusión.

Quizás nunca podría lograr aquella hazaña.

No estaba traicionando a Rome porque todas mis fantasías eran sobre ella, pero cuando me había preguntado si tenía dudas sobre nuestra relación, yo le había dado una respuesta edulcorada, tal y como ella me había hecho a mí. Los dos nos guardábamos algunos secretos, pero lo hacían todas las parejas,

¿no?

Volví a entrar en la habitación y me metí bajo las sábanas, aún oliendo un ligero aroma de mi semen pegado al tejido. Con suerte, ella no se daría cuenta porque a esas alturas ya estaba acostumbrada al olor.

Giré la cabeza y miré en dirección a ella, aliviado por el hecho de que siguiera profundamente dormida a mi lado. Tenía la cara bonita mientras dormía, inmersa en sueños pacíficos. No tenía ni idea del tipo de pensamientos que me rondaban la cabeza.

Habíamos visto a dos mujeres liándose para disfrute de Jackson y a mí no me había sorprendido en lo más mínimo. Rome, por otra parte, no estaba segura de cómo debía reaccionar.

Ahora que estaba completamente despierto, no podía volver a dormirme. Aún me ardía el cuerpo por el sueño que había tenido, tan erótico y oscuro. Daría cualquier cosa por hacerle eso a Rome en la vida real, por lograr que se sometiera a mí con una simple orden.

Tal vez había un modo en que aún podía hacer que sucediera.

TENÍA una reunión por teléfono con un donante del otro lado del mundo, así que recibí la llamada mientras Rome preparaba la cena en la cocina. Podía oler las gambas en el horno, con las verduras y el arroz. No hacía falta que ella pagara su parte de la hipoteca porque sin duda lo compensaba de otras formas.

Acabé la llamada justo a tiempo para comer. Los platos estaban sobre la mesa, junto con dos vasos de vino. Me senté

frente a ella y disfruté de la cena, como hacía cada noche, sintiendo que éramos una pareja casada en lugar de algo más informal. Pero la comparación no me molestaba. La idea de estar para siempre con aquella mujer me emocionaba en lugar de aterrorizarme.

—¿Qué tal ha ido la llamada?

—Bien. He conseguido que se comprometa a donar un montón de dinero.

—¿Cómo lo consigues? —Agitó el vino antes de dar un sorbo—. Que la gente suelte pasta así.

—Es que yo soy bastante encantador. —Mi boca dibujó una sonrisa arrogante para que supiera que estaba bromeando.

—Eres muy encantador. ¿Dónde aprendiste?

—No es algo que se aprenda, es algo que simplemente se tiene.

—Supongo que eso explicaría por qué Jackson es un imbécil.

Me reí antes de beber vino.

—Buena deducción. —Di algunos bocados y me gustó el sabor.

Rome sabía cómo mezclar las cosas sin crear nada que fuera demasiado fuerte.

Removió el arroz antes de dar por fin unos bocados. Masticó lentamente y se enderezó en la silla, como si estuviera preparándose para decir algo.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? ¿Algo de lo que probablemente no quieras hablar?

Aunque yo no quisiera hablar de ello, ella podía preguntarme cualquier cosa.

—¿Qué te preocupa?

—Estaba pensando en lo que vi en la oficina de Jackson el otro día...

¿Las dos mujeres?

—Sé que has sido un dominante la mayor parte de tu vida.

Toda mi vida.

—Pero... ¿alguna vez has hecho otras cosas?

—¿Como qué?

—Como... estar con dos mujeres a la vez.

Me sorprendió que me hiciera aquella pregunta porque la respuesta era bastante evidente.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Es sólo que... Bueno, la verdad es que no estoy segura de por qué. Sé que en realidad no quiero saber estas cosas. Lo que hayas hecho no cambia nuestra situación actual. Supongo que simplemente siento curiosidad, y sé que la curiosidad mató al gato.

—¿Quieres que te responda a la pregunta?

Dio algunos bocados más mientras pensaba en ello. Después tocó suavemente sus preciosos labios con la servilleta.

—Sí.

No era una pregunta demasiado difícil de contestar.

—Muchas veces.

Su expresión no se convirtió en un gesto de decepción. Era obvio que se lo había esperado.

—¿Alguna vez hacías cosas en las que no fueras el dominante?

No era algo que pudiera reprimirse fácilmente. Era parte de mí. Era el motivo por el que a veces me costaba lidiar con su

autoritarismo. Mi furia sacaba lo mejor de mí y estallaba cuando no debía hacerlo.

—A excepción de contigo, nunca.

—¿Y nunca ha habido una mujer que te haya pedido más?

Ni siquiera Isabella. Lo único que ella quería era volver a ser mi sumisa.

—No. Yo dejaba muy claras mis intenciones. Además, las mujeres prefieren que sea un dominante.

—¿Todo el tiempo?

Asentí, sabiendo que Isabella no conseguía saciarse de ello.

Aún parecía escéptica al respecto. Me miró dubitativa antes de tomar otro bocado de su comida.

Mi mano se cerró en un puño automáticamente sobre la mesa,

—

mi dominante interno luchaba por salir a la superficie. Quería ordenarle que se pusiera de rodillas y que me la chupara hasta que se ahogara. Quería decirle que sería su dominante tanto si le gustaba como si no. Si intentaba escapar, la encadenaría.

—¿Va todo bien?

La dulce voz de Rome me obligó a relajar la mano. Miré la

comida que tenía delante de mí, recordándome a mí mismo lo feliz que estaba sólo por cenar con ella. Aquella sensación aparecía en los momentos más inesperados. En general, me sentía feliz y satisfecho. Me había dado cuenta de que disfrutaba haciendo el amor cuando era con la mujer adecuada. Disfrutaba abrazándola cuando dormíamos juntos todas las noches.

Disfrutaba de todo lo que teníamos.

Pero siempre querría más.

LE HABÍA DADO vueltas a mi plan varias veces, y sabía que no era consistente. Rome podría reaccionar de muchas formas distintas. Podría decirme que yo tenía un problema grave y que nuestra relación nunca funcionaría. O podría verse tentada por el lado oscuro y unirse a mí.

No lo sabría hasta que lo intentara.

Esperé algunas horas después de la cena para sacar el tema.

Ella ya llevaba una de mis camisetas largas y estaba sentada en el sofá, con el pelo sobre un hombro y los ojos fijos en la televisión.

En unas horas, haríamos el amor y después nos iríamos a dormir.

Pero yo tenía otros planes.

Cogí el mando y apagué la tele.

Rome me miró, sabiendo que era demasiado pronto para ir a la cama, y que por tanto debía de querer decirle algo.

—Hay algo que quiero enseñarte. —Me levanté del sofá y cogí

las llaves de la entrada—. No quiero responder a un millón de preguntas, sólo quiero que me des una oportunidad y confíes en mí. —Me metí las manos en los bolsillos delanteros de los vaqueros.

La expresión de Rome no cambió, pero sin duda la había pillado por sorpresa. Yo estaba junto a la puerta, y se me quedó mirando hasta que se puso de pie. Bajó la vista al suelo mientras pensaba en mi petición. Sus pies la llevaron hacia la escalera adyacente a la entrada. Cuando me miró, la indecisión relucía en sus ojos como un faro luminoso, pero debió de tomarse mis palabras en serio, porque dijo:

—Deja que me vista.

FUI CONDUCIENDO hasta la zona de aparcamiento privada detrás del Ruin.

En el instante en que aparcamos en aquel lugar y apagué el motor, ella supo dónde nos encontrábamos. Estudió el edificio

antes de volverse hacia mí con la decepción escrita en todos sus rasgos. Era una chica inteligente y había unido los puntos al momento. Un quedo suspiro se le escapó de los labios, lo bastante fuerte como para que yo pudiera oírlo en el coche.

—Confía en mí. —Yo sabía que podía pedirme que la llevara a casa en cualquier momento. Si lo hacía, tendría que hacer lo que me pedía. Yo era un dominante y quería que me obedecieran, pero extrañamente, también quería que ella tuviera el poder. En el segundo en que ella quisiera algo, yo se lo daría, hasta si no estaba de acuerdo con ello.

Al ver que no hablaba, supe que estaba intentando mantener la mente abierta.

Caminamos hacia la entrada trasera, donde utilicé mi tarjeta de acceso y un código para entrar. Inmediatamente, le puse el brazo alrededor de la cintura mientras la guiaba a través del concurrido bar. La música tronaba sobre nuestras cabezas, y las parejas se agrupaban en la pista de baile.

La acompañé a la planta de arriba hasta la sala de juegos, localizando la que había reservado específicamente para aquella noche. Metí la tarjeta dentro y la habitación se abrió, dándonos

paso a una pequeña zona con un sofá de cuero. Estaba frente a una ventana de cristal que daba directamente a la sala de juegos, completamente equipada con todo lo necesario para un encuentro consensuado entre un dominante y una sumisa.

Rome contempló la sala, sin tener ni idea de lo que estábamos haciendo.

Le agarré la mano y la guie hacia el sofá. Los dos nos sentamos, y le sostuve la mano sobre mi muslo.

Examinamos la sala de juegos vacía.

Rome conservó la paciencia durante varios minutos, sin decir nada porque esperaba que ocurriera algo. Pero, al final, se cansó de la incertidumbre.

—Calloway...

La puerta de la sala de juegos se abrió y entraron un hombre y una mujer. Jet era un tío atractivo con un cuerpo musculoso, una expresión feroz y tanta experiencia en ese tipo de vida que se había convertido en un respetado dominante. Lo acompañaba una mujer que había sido una de sus sumisas favoritas durante el último año.

—De rodillas. —Jet dio la orden con facilidad y se quitó la

camisa por la cabeza, dejando al descubierto un físico cincelado parecido al mío. Le daba instrucciones a ella sobre lo que debía hacer, consiguiendo que se comportara exactamente como a él le gustaba.

Le expliqué lo que estábamos haciendo.

—Saben que estamos aquí, pero no pueden vernos.

—¿Y por qué estamos aquí? —Habló en voz baja, como si pudieran oírnos.

—Quiero que veas cómo es, cariño. Tú no vas a darme la oportunidad de probarlo contigo, pero a lo mejor si lo ves, lo entiendes.

Un callado suspiro se le escapó de los labios, dejando clara su decepción.

—Calloway...

—Sólo piénsatelo. No te estoy pidiendo que hagas nada más que mirar.

—No voy a ver a dos personas manteniendo relaciones

—rebatíó.

—¿Nunca has visto porno? —la desafié, sabiendo que una virgen inocente como ella debía de haberse tocado viendo algún

buen vídeo de vez en cuando—. Es lo mismo. De hecho, ellos quieren que los vean. Es un fetiche que tienen.

—Aun así...

—Rome, te estoy pidiendo que hagas esto por mí. ¿No te parece razón suficiente? —Yo había hecho muchos sacrificios por ella. No estaba fuera de lugar que le pidiera que hiciera aquello a cambio.

Tenía los ojos clavados en Jet y Cynthia a través de la ventana. Era evidente que Rome se sentía incómoda presenciando cómo se desvestían, pero cuando se relajara, aquello le excitaría. Querría lo que tenían ellos, pero conmigo.

Jet estaba de pie a los pies del colchón y miraba hacia abajo, a Cynthia.

—Chúpamela. Ahora.

Ella tenía las manos hacia adelante atadas con una cinta y se irguió para meterse el pene de él en la boca. Jet la agarró por la nuca y le metió la erección con fuerza en la boca, golpeándole el fondo de la garganta mientras la penetraba con vigor. La saliva le caía por la mandíbula y le salpicaba en las rodillas. Respiraba cada vez que tenía ocasión, pero se dedicaba por completo a

chupársela como él quería.

Jet se tocaba los testículos mientras le metía el pene hasta el fondo de la garganta, casi provocándole arcadas en algunos momentos. Cuando estuvo a punto de correrse, le quitó la boca de su erección y la agarró del pelo.

—Las manos arriba. Ahora.

Ella levantó los brazos hacia el techo.

Jet le cerró sobre los brazos los grilletes que había sobre ella y luego la suspendió a unos centímetros del suelo. Cogió un látigo de la repisa y la fustigó inesperadamente en el trasero.

Ella gritó al curvarse hacia adelante con el culo ya marcado de rojo.

Rome pareció inquieta al instante, como si no pudiera soportarlo.

Le agarré el muslo y la mantuve tranquila.

—Dale una oportunidad.

—¿Quieres que te azote, muñeca? —preguntó Jet mientras se colocaba detrás de ella, aún con el pene largo y duro.

—Sí —respondió ella.

—Vas a tener que decirlo más alto.

—¡Sí! —gritó.

—Has sido una chica mala, ¿eh? —Jet se acercó a ella por detrás y la agarró de las caderas. Se arrodilló y le besó la zona entre las nalgas, lamiéndole la entrepierna mientras seguía con el látigo en la mano.

Ella echó la cabeza hacia atrás, con la cara inclinada hacia el techo.

—Sí...

Jet la chupó durante unos momentos, venerando su cuerpo con la lengua. La succionó y la lamió, llevándola al borde del éxtasis.

Yo miré a Rome de reojo, con la esperanza de ver alguna reacción. Tenía las mejillas ligeramente ruborizadas, pero no estaba seguro de su significado.

Jet retrocedió con el látigo.

—Te correrás cuando yo te diga que te corras. —Le estrelló el látigo por la espalda, haciendo que ella se doblara hacia adelante por el impacto.

—Oh...

Volvió a fustigarla, paseando de un lado a otro mientras

admiraba la marca roja de su espalda.

—¿Me entiendes? —La azotó de nuevo.

—Sí... —gimió ella mientras las lágrimas se le acumulaban en los ojos.

—Sí, señor —la corrigió. La golpeó una vez más.

El acuerdo continuó hasta que recibió diez latigazos. Tenía la espalda marcada con las líneas rojas, pero eran superficiales y habrían desaparecido a la mañana siguiente. Él movía el brazo con suavidad, golpeándola con mucha más delicadeza de la que yo había empleado con algunas de mis sumisas.

Se puso delante de ella y le colocó las piernas alrededor de su cintura, para después introducirse en interior con facilidad, porque estaba empapada.

—Muñeca... qué gusto me estás dando ahora mismo. —La penetró con fuerza mientras ella colgaba del techo y las caderas se le frotaban con las de él mientras se movían al unísono. Él le succionaba los pezones con la boca e incluso se los mordía de vez en cuando. Cada vez que ella parecía dolorida, tardaba poco en volver a verse inmersa en el momento.

Ver cómo él se la follaba con aquella intensidad me hizo

recordar mi pasión por Rome. Deseé estar poseyéndola así en ese mismo momento. No estaba excitado por Jet o Cynthia, pero me ponía la idea de tener ese tipo de relación con la mujer que estaba a mi lado.

Le puse la mano sobre el muslo y lentamente le subí el vestido, llegando hasta la cima de sus piernas.

Ella se giró hacia mí con los labios separados, como si hubiera estado respirando con más intensidad de la normal. Tenía las mejillas sonrosadas y los pezones duros bajo el vestido.

Reconocía aquella mirada por todas las veces que me la había follado.

Estaba excitada.

Lo sabía.

Posé la boca sobre la suya y la besé mientras los dos oíamos a Jet follando a Cynthia hasta la inconsciencia. Le metí la lengua en la boca hasta encontrar la suya. Bailaron juntas con desesperación, mientras nuestra excitación mutua se fusionaba. Seguí subiéndole la mano por el muslo hasta llegar al encaje de su ropa interior. Lo acaricié lentamente hasta que mis dedos lo apartaron hacia un lado y dejaron expuesto su sexo

deslumbrante. En el instante en que le toqué el clítoris, sentí la humedad. La froté con suavidad antes de volverme agresivo, haciendo que jadeara y gimiera para mí. Tal vez un instante antes hubiera estado pensando en Jet y Cynthia, pero ahora no cabía duda de que estaba pensando en mí.

Le introduje los dedos y froté el pulgar contra su clítoris mientras seguía besándola. Tenía el miembro duro apretado contra el interior de mis vaqueros, ansioso por liberarse. Quería follarla hasta el desmayo en ese momento y lugar. Sentir su excitación en las puntas de los dedos, sabiendo que estaba caliente por los mismos motivos que yo, era una fantasía hecha realidad.

Por fin iba a conseguir lo que quería.

Ojalá hubiera hecho aquello mucho antes.

Jet y Cynthia ya eran irrelevantes para mí. Habían cumplido su función y ya podía olvidarme de ellos. Yo era un dominante mucho más fuerte de lo que podría ser Jet nunca. Si a Rome le había excitado aquello, que esperara a verme en acción a mí.

La levanté del sofá y la saqué de la habitación, aún besándola mientras avanzaba por el pasillo y abría la puerta de una de las

salas de juegos. La puerta se cerró a nuestras espaldas y la dejé caer sobre la cama. Prácticamente le rasgué el vestido al quitárselo, porque necesitaba que estuviera desnuda lo antes posible.

Ella se desató el sujetador para mí, para ayudarme a acelerar las cosas, y yo le quité las bragas y percibí la excitación pegajosa que empapaba la tela. Yo ya no tenía puestos ni los vaqueros ni la camisa, y las manos me empezaron a temblar. Por fin podía tenerla como yo la quería. Ahora no sabía qué hacer primero.

Pero entonces salté a la acción.

Cogí un puñado de bridas para cables.

—Date la vuelta.

Hizo lo que le pedía.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo de inmediato, haciendo que me estremeciera y dejándome entumecido. Ver cómo obedecía era lo más sensual que había presenciado nunca. No opuso resistencia. Simplemente me escuchó.

Joder, no iba a aguantar mucho.

Le alcé el trasero en el aire y tiré de las muñecas hacia sus rodillas. Le até las bridas sobre las muñecas y los tobillos,

manteniéndolos unidos para que no pudiera moverse. Estaba espectacular así: una sumisa lista para que la azotaran.

Necesitaba castigarla. Me había hecho esperar mucho tiempo por aquello. El pecho estaba a punto de explotarme de la ansiedad.

Pegué la cara a su abertura y la saboreé, sintiendo su excitación por toda mi lengua. Le succioné el clítoris y la masturbé con la boca hasta que fue un festín preparado sólo para mí. Sus gemidos hacían eco en la habitación, volviéndose cada vez más intensos hasta que llegó al borde del orgasmo. A propósito, le succioné el clítoris con más fuerza para llevarla al límite.

Entonces me aparté.

Sus gemidos se convirtieron en un lloriqueo de desolación.

Llevé la mano a su culo y le froté la nalga, mi erección ya estaba lista para estallar ante esa imagen. En unos segundos, la palma de mi mano iba a marcar su clara piel, volviéndola roja. La huella de mi mano iba a quedarse marcada sobre su piel hasta la mañana siguiente.

—Te mereces que te castigue, Rome. Me has estado

provocando durante mucho tiempo.

Ella respiró hondo al sentir cómo mi mano se deslizaba por su trasero. El pelo le caía por la espalda en rizos sueltos, contrastando contra su piel clara. Me miró por encima del hombro, con los labios aún separados por la excitación.

—Tienes que compensármelo todo. —Le estampé la palma de la mano en el culo con fuerza, haciendo que se sacudiera hacia adelante por el impulso. El sonido de la cachetada hizo eco en la sala de juegos, y fue música para mis oídos. El pene me dio una sacudida al mismo tiempo, ansioso por estar dentro de aquella vagina húmeda.

Ella dio un grito y se inclinó hacia adelante, porque no esperaba que la abofeteara así. Se sostuvo sobre los brazos y se puso rígida.

Enrosqué mi mano en su pelo y la tiré de la cabeza hacia atrás, haciendo que mirara hacia el techo.

—Los hombres como yo no esperan, Rome. —La azoté con más fuerza, dejando una marca en la zona del trasero donde había impactado mi mano.

Ella volvió a moverse hacia adelante, con el cuello tenso

porque yo le estaba sujetando el pelo.

Le froté la otra nalga, preparado para dejarla igual de roja que la primera. Mi erección se deslizó entre ambas porque se moría de ganas por estar en su interior. Ni siquiera la había penetrado todavía y nunca había estado tan empalmado, tan excitado.

Levanté la mano para volver a pegarle.

—No. —Peleó por deshacerse de las bridas que le ataban las muñecas a los tobillos—. Para.

Todavía no habíamos acordado una palabra de seguridad, pero cuando una mujer me decía que parara, paraba. Quería seguir adelante, lo deseaba más que nada en este puto mundo. Mi sexo quería ignorar sus protestas y acarrear con las consecuencias más tarde, pero el hombre decente que había dentro de mí asumió el mando. Le desaté ambas bridas para que quedara libre.

Ella se alejó de mí en la cama de inmediato, cubriéndose el pecho con los brazos como si no quisiera que la mirara. Las lágrimas le anegaban los ojos y se abrazó las rodillas delante del pecho, ocultando aún más su figura.

Aquello acabó conmigo.

De forma instintiva, quise rodearla con los brazos y protegerla

de todos sus miedos, pero no había nada que pudiera hacer cuando era yo la persona a la que temía. Cogí los bóxers y los vaqueros y me los puse, porque no quería que supiera que yo seguía excitado por ella. El subidón que ella me había dado tardaría al menos media hora en disiparse.

Me senté en el otro lado de la cama y esperé a que ella hablara primero, dándole la oportunidad de decir cualquier cosa que necesitara decir. Me sentía devastado por el hecho de que se hubiera alejado de mí. ¿La había golpeado con demasiada fuerza? ¿Había hecho algo que la hubiera asustado? ¿No confiaba en mí lo suficiente como para saber que no la llevaría hasta un punto que no pudiera soportar?

—Cariño, dime algo.

—¿Por qué disfrutas tanto haciéndome daño? —Tenía la voz gangosa por las lágrimas inminentes. No habían brotado de sus ojos, pero estaban acumulándose bajo la superficie—. ¿Por qué no soy suficiente para ti? ¿Por qué siempre tenemos que volver aquí?

Eran demasiadas preguntas para que las respondiera de una vez.

—Te ha gustado ver a Jet y a Cynthia. Creía que entenderías que es una relación bonita. Es apasionada. Es sensual. Quiero tener eso contigo.

—Pensaba que lo que teníamos ya era bonito...

—Lo es —dije con suavidad—. Y valoro mucho lo que tenemos. Es sólo que, a veces, quiero más. Pensé que si te mostraba cómo era, podrías tener una perspectiva distinta. Y lo has hecho. Podemos discutir todo lo que quieras, pero estabas empapada antes de que te tocara. Explícame eso, Rome.

Ella no pronunció palabra.

—Rome —insistí—. No lo niegues.

Abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla. Pasaron los minutos, pero continuó sin decir nada.

—Me ha gustado. Me ha parecido sensual, pero cuando estaba en la cama... y tú me estabas pegando... me ha hecho sentir como si no valiese nada. Me ha hecho sentir débil. Me ha hecho sentir que soy alguien de quien puedes abusar porque soy inferior a ti. Y eso me recuerda a... muchas cosas. El hecho de que tú disfrutes tanto haciéndome daño me rompe el corazón. —Se sorbió la nariz y finalmente derramó una lágrima.

Ahora me arrepentía de haberla llevado allí.

Me precipité a su lado de la cama y la rodeé con un brazo.

—Es más que eso, Rome. Es cuestión de confianza. Se trata de que tú me permitas hacer estas cosas. Yo nunca te haría daño de verdad. Nunca te daría más de lo que pudieras resistir.

—Pero es que ¿por qué tiene que ser así? —susurró—. ¿Por qué no podemos ser una pareja normal que haga el amor y punto? ¿Por qué no podemos tener relaciones más bruscas de vez en cuando? ¿Por qué tenemos que venir a este lugar inquietante y oscuro? Te quiero, Calloway. Sólo quiero estar contigo.

La atraje hacia mi pecho y le posé los labios en el nacimiento del pelo. Quería decirle que yo sentía lo mismo, pero no podía hacerlo. Ella había sido muy paciente conmigo, pero yo no podía cruzar esa línea.

—Lo siento. Pensaba de verdad que si lo intentábamos unas cuantas veces, te darías cuenta de que es una relación bonita. No hace que seas débil. Es lo contrario, Rome. Nos hará fuertes a los dos. No tenemos que hacerlo así siempre, sólo a veces.

—Pero es que no quiero hacerlo nunca, Calloway. —Las lágrimas desaparecieron y su voz se volvió firme—. Lo siento. Sé

que esto es algo que tú deseas, pero yo no puedo hacerlo. Va contra todas las cosas en las que creo. Una mujer nunca tendría que soportar que un hombre le pusiera una mano encima...

—Pero no es así. No me pintes como a un maltratador. —Yo no era Hank ni la maltrataba porque hubiera dicho algo que me enfadara—. Te he dado azotes para que te sintieras bien. Si realmente te dejaras llevar por el momento conmigo, sentirías el placer.

Negó con la cabeza, como si su respuesta no fuera a cambiar nunca.

—No quiero esto, Calloway. Si esto es algo sin lo que no puedes vivir, entonces... —no podía acabar la frase porque era demasiado doloroso— lo entenderé.

Experimentar aquella emoción, aunque fuera por un instante, me había recordado cuánto me gustaba ser un dominante, cuánto me gustaba estar en una sala de juegos. Pero sabía que nunca tendría la misma experiencia con nadie más.

—No puedo vivir sin ti, cariño. Lo sabes.

Finalmente me miró con los ojos humedecidos.

Le besé la comisura del ojo y suspiré, decepcionado por que aquel sueño me hubiera sido arrebatado. Pero yo había intentado hacer que funcionara entre nosotros. Había intentado enseñarle que había más placer que dolor, pero su pasado, sus batallas, le nublaban tanto la mente que no podía sentir la euforia de verdad.

—Siento haberte traído aquí. Siento haberte presionado.

Cuando la sostuve contra mi pecho, sentí que se derretía, como hacía siempre. En lugar de ponerse hecha una furia y decirme que era un capullo, se quedaba conmigo. Si ella estaba dispuesta a soportar mis transgresiones, yo tenía que soportar las suyas. De lo contrario, nos perderíamos el uno al otro.

Y yo no sobreviviría a eso.

La besé en la sien.

—Vámonos a casa.

NO HICIMOS el amor en dos días.

Notaba que no estaba preparada. Todas las noches, cuando nos íbamos a la cama, ella se alejaba de mí a propósito, y su lenguaje corporal me decía todo lo que necesitaba saber. Cuando me besaba, era siempre de forma apresurada y carente de pasión, como si pudiera darme una impresión equivocada que me diera

más muestras de afecto.

Pero, a decir verdad, a mí tampoco me apetecía hacerlo.

Lo cual era algo nuevo para mí.

Tras haber tenido mi fantasía al alcance de la mano y haberla perdido, estaba demasiado devastado para desear nada. Había tenido a Rome en la cama, con el culo hacia arriba y las manos atadas a los tobillos, y había tenido el lujo de azotarla con tanta fuerza que la palma de mi mano le había dejado una marca.

Y después, me lo había arrebatado.

Al igual que en aquel sueño que había tenido, la experiencia había sido absolutamente increíble. Nunca me había sentido más vivo que en aquel momento con ella, cuando me había permitido hacer lo que quería. Saber que su entrepierna se había mojado por el mismo motivo por el que yo me había empalmado era todo lo que yo deseaba.

Pero eso se había terminado.

Ahora no sabía qué hacer. No sabía hacia dónde dirigirme.

Podía dejar a Rome y escoger a una sumisa en cuestión de horas.

Pero, joder, es que no quería a otra sumisa.

No quería a otra mujer.

Sólo la quería a ella, a Rome.

Entonces, ¿cómo iba a solucionar aquello? ¿Cómo lo arreglaba?

No tenía ni idea.

Estaba sentado detrás de mi escritorio en la oficina cuando Jackson me llamó. Tal vez había tomado una decisión con respecto a mi madre. Respondí la llamada y miré por la ventana.

—¿Qué pasa?

—Vaya, estás de mala leche.

Dejé que el insulto me fuera indiferente.

—¿Qué pasa?

—¿Acaso ahora eres un loro?

Cerré la mano en un puño.

—¿Tienes algo que decirme, idiota? Si no, tengo cosas que hacer.

—Joder, vale —dijo Jackson—. Me ha contado un pajarito que llevaste a Rome al Ruin hace unas noches, pero que no os quedasteis. ¿Qué pasó?

Jet debía de habérselo contado.

—No quiero hablar de ello, Jackson. Luego hablamos.

—Acerqué el auricular al aparato.

—Eh, eh. Espera. No me cuelgues.

El único motivo por el que volví a llevarme el teléfono a la oreja era porque se trataba de mi hermano.

Debía de saber que yo seguía ahí, porque empezó otra vez a hablar.

—No estoy siendo entrometido...

—Pues eso parece.

—A juzgar por tu tono, no salió bien.

Me había estallado en la cara. Sólo había conseguido darle dos cachetadas antes de que se acabara la diversión.

—No.

—¿No le molaba el rollo?

—Sí le molaba. —De eso estaba seguro. No era posible que tuviera la entrepierna mojada sin ningún motivo—. Pero sus principios se lo impiden.

—¿Sus principios?

—Cree que es sexista, y maltrato. Cree que al dejar que yo le haga eso, está aceptando que le falte al respeto. Hank la trataba muy mal y sospecho que incluso hubo alguien más que se las hizo

pasar putas antes. No confiaba en mí lo bastante como para ir por ese camino. —Suspiré al teléfono, incapaz de ocultar mi tristeza.

—Qué mal. Lo siento, Cal.

Oí la sinceridad en su voz. No ocurría muy a menudo que actuara como una persona compasiva. Le quedaba bien esa actitud.

—Ya lo sé.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Lo mismo que antes. —Tendría que reprimir mis impulsos y masturbarme cada cierto tiempo cuando la tentación fuera excesiva. El resto del tiempo, era feliz.

—Eso es lo que has estado haciendo y es evidente que no funciona.

—Si estás sugiriendo que la deje, no puedo hacerlo.

—¿Por Hank? —preguntó.

—No. —Porque no podía vivir sin ella. Así de simple.

—No lo entiendo. Yo no podría reprimirlo, ¿sabes? No podría cambiar quién soy.

—Ella me satisface todas las noches. Sólo de vez en cuando quiero algo más extremo... y me encargo de ello de otras formas.

Jackson sabía lo que quería decir.

—No sé... es un sacrificio muy grande.

Yo no veía ninguna otra opción.

—Ya hemos roto una vez antes, y fui mucho más infeliz de lo que lo soy ahora. Sin duda es el menor de dos males.

—A lo mejor puedes esperar unos meses y volver a intentarlo. O a lo mejor incluso más tiempo.

Era demasiado testaruda para cambiar de opinión. Después de haber visto sus lágrimas, no quería volver a provocarle aquel dolor nunca. Había sentido mucho placer al azotarle el trasero, pero mucha tristeza cuando ella había llorado después.

—No. Se acabó.

Jackson permaneció en silencio al otro lado de la línea, aceptando mi situación.

—Isabella vino a mi oficina hace más o menos un mes. —No estaba seguro de qué se había adueñado de mí para decir aquello.

Mentiría si dijera que sus palabras no me habían afectado. El dominante que tenía dentro había sido persuadido para volver a la vida, interesado en su oferta.

—¿Qué te dijo?

—Quería que volviera a ser su dominante.

—¿Y eso qué tiene de nuevo?

—Me dijo que quería que la controlara, que le dijera qué hacer, pero que no hacía falta que hubiera sexo de por medio, ni siquiera que nos tocáramos.

Jackson finalmente lo pilló.

—No es mala idea. Puedes descargar tu necesidad de dominación con Isabella. No es infidelidad si no la tocas ni te masturbas por ella.

—Sí... —Una intuición me decía que aun así estaba mal.

—Obtienes lo mejor de ambos mundos, ¿no? —preguntó

Jackson—. Tienes a Rome y toda la mierda esa vainilla de novios.

Y obtienes lo que necesitas de Isabella, las cosas que Rome se niega a darte. Creo que es bastante justo.

Rome nunca lo aceptaría.

—No sé...

—Y ni siquiera hace falta que se entere. De hecho, es que sería mejor para Rome. Nunca tendría que preocuparse por que el tema del BDSM volviera a salir a relucir. Se acabaría para siempre. Y si no está dispuesta a darte lo que necesitas, tampoco

debería sorprenderle que lo busques en otra persona. Yo creo que es totalmente justo.

Cuanto más me apoyaba Jackson, más tentado me sentía. Pero no importaba lo fuerte que fuera el impulso, nunca podría aplacar la culpa que sentía en el estómago. Si ella recurriera a un ex para satisfacer necesidades que yo no satisfacía, a mí no me gustaría ni un pelo. Pero, en realidad, yo siempre le daría lo que necesitaba, así que eso no ocurriría nunca.

Y ella no estaba dispuesta a llegar a eso por mí.

—Deberías intentarlo. De todas formas, Rome no se va a enterar. Dile que vas a echarme una mano en el Ruin algunas noches al mes. Ya sabes cuál es el código aquí. Nadie va a desvelar tu secreto, ni siquiera Isabella.

Me froté la mandíbula y me pasé los dedos por la barba incipiente.

—¿Has pensado más en lo de mamá? —El hecho de que estuviera siquiera planteándome aquella idea, que era incorrecta por definición, me hacía sentirme como un capullo. Cambié de tema para ocultar el dolor que notaba en el estómago.

Jackson cambió el tono rápidamente.

—No sé, tío...

Yo tampoco lo presioné. No se me daba bien persuadir a la gente como a Rome.

—Verla así me hace sentir fatal.

—No es que a mí me encante. —Pero yo me armaba de coraje y lo hacía de todas formas.

—Casi no hablo con la gente a la que conozco. ¿De qué se supone que voy a hablar con ella?

—Es una persona, Jackson —repuse—. Sólo ha perdido la memoria. No es que se haya convertido en una ardilla.

—Pero ya sabes lo que quiero decir, Cal, no hagas como que no.

Me pasé los dedos por la barbilla y me quedé mirando fijamente la ciudad por la ventana. Movía lentamente la silla de izquierda a derecha, apoyando el pie en el suelo. Mi mente divagó hacia mi madre y después volvió a centrarse en Rome.

—Avísame con lo que decidas.

—Ya te he dicho que no quería hacerlo.

—Bueno, pues no acepto esa respuesta, Jackson. Así que piénsatelo un tiempo más. —Dejé caer el auricular en la base sin

apartar los ojos de las vistas de mi oficina. Tenía mensajes que escribir y llamadas que hacer, pero no me apetecía mover ni un dedo.

No me apetecía hacer nada.

Capítulo 13

Rome

SEGUÍA DISGUSTADA.

No estaba realmente enfadada con Calloway por lo que había hecho. No me irritaba que siguiera deseando aquel tipo de intensa relación sexual. En todo caso, me sentía culpable por no poder dársela. Ver a Jet y a Cynthia haciéndolo me había excitado. La forma en que ella lo deseaba y le permitía poseerla de aquella manera era realmente excitante.

Pero odiaba ver cómo él le hacía daño.

Odiaba oír el restallido del látigo contra su piel.

Odiaba ver que él tenía tanto poder sobre ella.

Nunca olvidaría cómo era que me quitaran la libertad, que mi vida estuviera en manos de otra persona. Estar a merced de alguien era lo peor del mundo y yo lo despreciaba por completo.

Aunque fuera Calloway el que llevara las riendas, a mí me traía

demasiados recuerdos dolorosos.

Calloway nunca lo entendería.

Cuando me había escapado, me había prometido que nunca permitiría que nadie volviera a tratarme así. Cuando había conocido a Hank y él había usado sus artimañas, yo me había resistido y nunca había cedido. Si dejaba que Calloway me hiciera aquello, temía las repercusiones que tendría en mi mente.

Yo nunca me permitía convertirme en un juguete roto, nunca me ahogaba en mi autocompasión. Era una mujer fuerte que no se rendía. Tenía que seguir adelante, mantenerme positiva hasta el final.

Pero aquellas conversaciones sacaban lo peor de mí.

Al final de la jornada, Calloway llegó a mi despacho, anunciándose en silencio. Era difícil decir si estaba de buen o mal humor en aquel momento del día, porque rara vez decía algo.

Su silencio era imposible de ignorar, así que recogí mis cosas y salí con él. La oficina parecía haber vuelto a la normalidad, tal y como era antes de que se enteraran de que Calloway y yo estábamos juntos. No nos dábamos la mano ni nos profesábamos muestras de afecto en la oficina. Hasta en el ascensor, Calloway

mantenía las manos quietas.

Pasamos el trayecto a casa sentados en extremos opuestos del coche. Calloway miraba por su ventana y yo por la mía.

Llevábamos unos días sin sexo, y para nosotros era un nuevo récord. Ni siquiera cuando tenía el periodo se mantenía bajo control. Estaba segura de que él se iba poniendo ansioso, y yo también lo estaba. Era difícil dar ese primer paso para pasar página y olvidarnos de la última vez en que habíamos estado desnudos juntos.

Entramos en casa y yo me quité los tacones junto a la puerta.

Me destrozaban los pies todos los días, pero quedaban tan bien con todo lo que llevaba que tenía que seguir poniéndomelos.

Calloway se quitó la chaqueta y la colgó en el perchero.

Caminó hacia mí por detrás y apoyó las manos en mi brazo, agarrándome con delicadeza.

Yo me quedé congelada en el sitio, sin recordar cómo se respiraba.

Apoyó la frente sobre mi cuello y sus suaves respiraciones me rozaron la nuca. Sentía sus dedos ásperos contra mi piel, pero eran cálidos y tentadores. Sus caricias no se parecían en nada a

como habían sido en la sala de juegos del Ruin. Eran suaves, llenas de afecto, como a mí me gustaban.

—Necesito hacerte el amor. —Me posó los labios en la nuca, depositando un beso ligero como una pluma.

De inmediato, un escalofrío me recorrió la columna. Mi cuerpo cobró vida después de los dos últimos días de letargo. Como si nunca me hubiera hecho daño, de repente lo deseaba con urgencia. En el segundo en que sus labios se posaron en mí, sentí esa corriente de éxtasis, la adrenalina que sólo sentía cuando él me tocaba.

Eché la cabeza hacia atrás, apoyándola sobre su hombro y dejando mi cuello expuesto, porque deseaba sentir más de su boca sobre mí.

Él aceptó la oferta y me besó el cuello y la línea de la mandíbula, frotando la barba contra mí mientras me devoraba. Sus besos eran lentos e intencionados, pero llenos de una pasión innegable. Me apretó con sus fuertes manos y me rodeó la cintura con los brazos, atrayéndome hacia su pecho mientras me besaba con más intensidad.

Ahora ya estaba desesperada por sentir su boca en la mía. Mi

piel quería más caricias tuyas, pero era mi boca la que estaba al mando. Estiré el cuello a pesar de la incomodidad y lo besé por encima del hombro. Él me besó con más pasión una vez que tuvo mi boca. Tiró de mi cuerpo hacia el suyo, presionando su erección dura justo contra mi trasero.

Como si no hubiera estado molesta en absoluto, lo deseaba más que nunca. Nos tomamos nuestro tiempo para subir las escaleras. A veces me inmovilizaba contra la pared del pasillo y me besaba porque estaba demasiado impaciente para esperar hasta que llegáramos al dormitorio. Nos despojamos de otra prenda de ropa, que cayó al suelo formando un recorrido por toda la casa.

Cuando llegamos a la habitación, los dos estábamos desnudos y ansiosos. Me depositó sobre la cama con la espalda en el colchón. Aunque no era tan apasionado como la última vez que nos habíamos liado, seguía comportándose con agresividad y desesperación. Me hacía sentir apreciada, deseada. Yo era vainilla y siempre lo sería, pero aun así él anhelaba aquel sencillo sabor.

Me echó las piernas hacia atrás poniéndome los brazos por

detrás de las rodillas y abriéndome para poder disfrutar de mí del modo más exhaustivo posible. Sostuvo su cuerpo enorme sobre el mío con la fuerza de sus brazos. Era un espectáculo para la vista, un hombre tan sexi que costaba creerlo.

Su glande encontró mi abertura como si tuviera sentidos propios. Me estiró al máximo, haciendo que los ojos me escocieran de las lágrimas porque me había dado cuenta de lo mucho que había echado de menos su sexo palpitante en mi interior.

Él vio cómo se me humedecían los ojos, pero comprendió el significado de las lágrimas. Me introdujo toda su erección y cerró los ojos mientras gemía, sintiendo el mismo incremento de alegría. Sus testículos me dieron en el trasero con la embestida inicial, golpeándome las nalgas con fuerza.

Le hundí las uñas en el culo mientras lo atraía hasta el fondo de mí, sintiendo el placer y la incomodidad que me causaba su miembro entero. A veces no entendía su necesidad de ser tan violento, de encadenarme y azotarme el culo hasta que llorara. Creía que el sexo que teníamos ya era increíble, ya era perfecto. ¿De verdad podía ser mejor que aquello?

Él enterró una mano en mi pelo mientras empezaba a empujar en mi interior, reclamando mi sexo como suyo una vez más. Sus labios estaban sólo a centímetros de los míos, pero no me besó; su cálido aliento me rozaba la piel. Podía oír su excitación con cada inhalación, podía sentir su desesperación por mí cada vez que se hundía en mi interior.

Yo ya tenía ganas de correrme, bien porque Calloway era muy bueno o bien porque habían pasado dos días desde la última vez que habíamos hecho el amor. Antes de que él apareciera, yo estaba bien siendo soltera y reservándome para el hombre adecuado. Pero ahora que había estado con Calloway, me ponía de mal humor cuando no recibía mi dosis. Me enfadaba cuando no alcanzaba aquellos benditos orgasmos que Calloway me regalaba como si fueran golosinas. Me había convertido en una niña mimada, que necesitaba salirse siempre con la suya.

Le bajé las manos por el pecho y sentí cómo el sudor se me pegaba a las puntas de los dedos. Los músculos se le tensaron y se desplazaron mientras él movía su cuerpo de formas increíblemente sensuales. Su respiración estaba agitada por la excitación, y los quedos gemidos que emitía mientras se

enterraba dentro de mí hacían que la vagina se me tensara automáticamente en respuesta. Quería seguir así el resto de la noche, pero deseaba correrme. Si lo hacía, Calloway no duraría mucho más porque la expresión de mi cara normalmente desencadenaba su orgasmo. Así que me contuve lo máximo que pude para conseguir que durara.

—Déjate llevar. —Sus palabras sonaron como una orden—.

Haré que te corras todas las veces que quieras, cariño.

Calloway me conocía mejor de lo que yo pensaba. Podía leerme la mente y entender mi cuerpo incluso mejor que yo misma. Me dio un beso brusco, con lengua y con pasión, y me embistió contra la cama para forzarme a estallar.

Y lo hice.

Le enterré las uñas en la espalda mientras me corría sobre su erección, temblando con una explosión que me atenazó la garganta. Grité con tanta fuerza que me hice daño en mis propios oídos. La vagina se me tensó sobre él mientras mi corrida se derramaba por todo su miembro, goteándole hasta los testículos. El placer era tan increíble que me dejó aturdida, flotando sobre las nubes mientras disfrutaba de la exquisita ternura entre

mis piernas. El éxtasis compensaba el periodo de sequía por el que habíamos pasado, resarcía la falta de éxtasis físico del que nos habíamos privado durante los últimos días.

—Dios, te quiero... —Esas palabras tenían muchos significados distintos, pero todos ellos eran sinceros. Lo quería porque era un buen hombre con un gran corazón, pero también lo quería por lo increíble que era cuando estaba entre mis piernas.

Un quedo gemido surgió del fondo de su garganta, dejando claro que su ego acababa de duplicarse.

—No hagas que me corra, cariño. Sabes lo mucho que lo deseo. —Redució el ritmo y se meció hacia mí con suavidad, deslizándose por mi humedad. Normalmente cambiaba de postura después de la primera vez que yo me corría, pero ahora continuaba encima de mí, sacudiéndome con la suficiente energía como para que mis pechos se bambolearan de arriba abajo.

Se inclinó hacia abajo y pegó los labios a los míos, besándome despacio, haciendo que mi excitación aumentara al máximo después de unos seductores minutos. Se metió mi labio inferior

en la boca y frotó la nariz con la mía, provocándome antes de que su boca volviera a estar en mi poder.

Joder, qué bueno estaba.

Me llevó las piernas más hacia atrás y cambió de ángulo, haciendo que su hueso pélvico se frotara contra mi entrepierna.

Empleaba la fricción perfecta, haciendo que el clítoris me palpitara de placer. De algún modo, mi sexo se tornó más húmedo, más prieto todavía.

Calloway pudo notar la diferencia.

—Tu coño es una puta pasada.

Eso se debía únicamente a que él era el hombre más sensual del planeta.

Aumentó el ritmo porque sabía que estaba al borde de otra explosión. Estaba llevándome a casa, arrastrándome a la línea de meta para poder unirse a mí.

—Enséñame esa carita de orgasmo, cariño.

Reaccioné a su orden y me corrí sobre su sexo, volviendo a gritar como si el primer orgasmo no hubiera sucedido nunca. Le enterré los dedos en los brazos y me aferré a él mientras la sensación me sacudía el cuerpo, abrasándome como si un rayo

acabara de golpearme. Me gustó tanto que quise llorar; fue tan intenso que desee desmoronarme.

Calloway siguió empujando a medida que se acercaba al clímax.

Le puse la mano en el pecho e hice una petición muy egoísta.

—Uno más. —Era muy afortunada por tener a un hombre que lograra hacer que me corriera, y no era algo que yo debiera dar por sentado, pero me sentía hambrienta después de dos días de abstinencia. Estaba tan excitada que ni siquiera estaba segura de por qué le había impedido que me azotara en la sala de juegos. Merecería la pena sufrir todo el dolor del mundo por tenerlo dentro de mí.

Apretó la mandíbula, como si estuviera molesto por tener que reprimirse. Sus ojos perforaron los míos y su habitual mirada de intensidad brilló con fulgor. Pero no se corrió, logrando reunir de algún modo la fuerza necesaria para contenerse un poco más.

—Lo que mi mujer desea, lo consigue.

—¿QUÉ tal fue tu cita? —pregunté mientras me sentaba enfrente de Christopher en la tienda de delicatessen. Me había recogido

para ir a comer mientras que la ayudante de Calloway había ido a comprar algo para él. Estaba ocupado en la oficina, así que no tenía tiempo para venir con nosotros.

—Ella era muy aburrida. Casi me quedo dormido.

—¿Que casi te quedas dormido en una cita? —pregunté con incredulidad.

—Sí. —Dio un mordisco al sándwich y tragó—. Así de aburrida era, aunque no te lo creas.

—La verdad es que me cuesta.

—No tiene amigos ni aficiones. Sólo va al trabajo y después se marcha a casa. Está buenísima, pero eso es lo único que tiene a su favor.

—Entonces, cuando acabó la cena, ¿te marchaste a casa y ya?

—No. —Christopher dio otro bocado y engulló su comida en un abrir y cerrar de ojos—. Follamos y luego me marché a casa. Puse los ojos en blanco.

—Te he dicho que estaba buena.

—Entonces no podía ser tan aburrida.

—Bueno, no se habla mientras se folla, así que es bastante difícil ser aburrido. —Abrió la bolsa de patatas fritas y las puso

sobre la mesa entre los dos para compartirlas—. ¿Y qué tal todo entre tú y Hulk?

—¿Hulk? No es verde.

—Pero se vuelve verde cuando se enfada. Lo he visto en acción.

—Las cosas van bien... —Le di un sorbo al té helado y metí la mano en la bolsa de patatas.

—Oh, no. —Christopher lo pilló de inmediato—. ¿Qué ha pasado?

Le hablé del desastre de Ruin.

—Rome, hazlo y ya está. Se nota que a este tío le mola mucho.

—Ya lo sé... pero es que no quiero.

—No habría dado ese paso si no pensara que a ti también podría llegar a gustarte.

No mencioné los detalles sobre Jet y Cynthia. Resultaría un poquito demasiado incómodo hablar de ello.

—Ha renunciado a muchas cosas por ti. No veo por qué te parece tan difícil hacer algo por él, aunque a ti no te guste.

—¿De verdad tengo que explicar mis motivos? —No quería repetirme por quinta vez.

—Mira, entiendo lo que dices. Pero las relaciones implican sacrificios, ¿no?

—Pero no estoy dispuesta a sacrificar todo aquello en lo que creo. Me han pasado por encima demasiadas veces en la vida. No quiero volver a pasar por ello sólo porque al buenorro de mi novio le pongan mierdas raras.

—Él no estaría pasándote por encima —me corrigió Christopher.

—Vale. Me fustigaría como a una adúltera en mitad de la plaza del pueblo —dije con sacasmo—. Mucho mejor.

—No seas niñata, ¿vale? Tampoco es así.

—Tú sólo lo dices porque a ti también te va esa mierda rara, Christopher.

—Puede ser —concordó—. Pero si no mantienes feliz a tu hombre, iré a buscarlo a otra parte...

Aquella insinuación hizo que se me helara la sangre.

—No estoy diciendo que Cal sea infiel. Me parece un hombre bastante honrado. Pero un día se frustrará y se largará, los hombres somos así. Necesitamos a una mujer que nos alimente y nos mantenga satisfechos. Si haces esas dos cosas, no nos

iremos a ninguna parte. Somos criaturas muy simples.

Christopher decía muchas cosas estúpidas, pero esa no era una de ellas. Cuando los hombres no conseguían lo que necesitaban, era natural para ellos buscarlo en otra parte.

—Pero está satisfecho conmigo. —Sabía que Calloway quería hacer esas cosas a veces, no todo el tiempo. Si ese fuera el caso, no habríamos durado tanto juntos.

—Estoy seguro de que lo está, por ahora. Sólo piénsatelo, Rome.

—Ya lo he hecho.

Christopher sabía que yo podía ser igual de testaruda que él, así que dejó el tema.

—¿Cómo se encuentra a una mujer guay en esta ciudad? A alguien que sea supersexi pero también supergenial. No me va mucho eso de las citas por Internet, así que no he tirado por ahí.

—Estamos en Nueva York. Hay mujeres increíbles por todas partes.

—Sí, pero necesito a una mujer que tenga madera de esposa.

—¿Qué quiere decir que tenga madera de esposa?

Dio otro bocado mientras pensaba en la pregunta.

—No me importa que sea rica o pobre, pero quiero que haga algo con su vida, ¿sabes? Que sienta pasión por algo.

—También hay muchas mujeres que cumplen ese requisito.

—Y tiene que cocinar, y no sólo fideos chinos de bolsa.

—Eso tampoco debería ser tan difícil de encontrar.

—Y tiene que ser sexi, pero no presumir de ello.

La mayoría de las mujeres guapas a las que conocía eran así, así que aquello podía ser difícil.

—Puede que eso sea un poco más complicado de encontrar.

—Bueno, prefiero tener a una tía supergenial que sea un seis, que a una tía que sea un coñazo y sea un diez... Así que supongo que la apariencia es negociable.

—¿Sabes qué deberías hacer?

—¿Ajá? —preguntó.

—Simplemente sal y conoce a gente. Cuando encuentres a la mujer adecuada, lo sabrás. No hagas una lista y esperes que se cumplan todos tus requisitos. Calloway no cumple todos mis requisitos, pero eso no impidió que me enamorara de él.

—Bueno... él no cumple un punto extremadamente importante de tu lista. Y parece que eso ha sido un problema

recurrente.

No quería vivir sin Calloway. Mi corazón se desvivía por él de un modo en que no se desviviría por nadie más. Estar locamente enamorada de él me hacía aceptar sus defectos, sin importar lo turbadores que fueran.

—Haremos que funcione. No sé cómo, pero lo haremos.

—A lo mejor puedo conocer a alguien en el Ruin. Ya sabes, a una chica pervertida.

No podía imaginarme a Christopher con ninguna de las mujeres de allí. Si quería una mujer con la que casarse, tenía que encontrar a alguien que no estuviera dispuesta a llevar una cadena en el cuello.

—Creo que te lo pasarías bien, pero que no querrías sentar cabeza con ella.

—Mmm... eso es cierto.

Nunca habíamos hablado en profundidad de la vida amorosa de Christopher, pero desde que había decidido que quería asentarse y casarse, era lo único de lo que hablábamos.

Christopher no parecía desesperado, pero sin duda parecía ansioso.

—Cuando tenga que ocurrir, ocurrirá.

—Eso espero. Sólo espero no haber esperado demasiado y que ya no quede ninguna buena.

—¿No has salido con nadie que te gustara de verdad?

—Bueno... —Metió la mano en la bolsa de patatas—. Había una mujer, Kim, que molaba bastante. Era guapa, simpática, lo tenía todo. Pero me acosté con ella y nunca la volví a llamar... e ignoré sus llamadas. Nunca me daría otra oportunidad.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde eso?

—Unos... seis meses.

Sí, probablemente ella ya habría pasado página a esas alturas.

—¿Por qué pasaste de ella?

—Me gustaba mucho la relación que teníamos, pero yo era tan anticompromisos que ni siquiera me molesté. Como no estaba buscando nada serio, pues pasé de todo. No he empezado a pensar en lo increíble que era hasta hace poco.

Si yo estuviera en su lugar, probablemente no le daría otra oportunidad a Christopher. Eso me haría parecer desesperada, algo que me negaba a que sucediera. Si Kim era una mujer por la que mereciera la pena luchar, probablemente sería igual que yo.

—Seis meses es mucho tiempo.

—Sí, estoy bastante seguro de que hace mucho que me ha olvidado.

Terminamos el resto de la comida en silencio, comiendo hasta la última miga. Christopher miró el reloj, como si tuviera que volver al trabajo pronto.

—Te acompaño a la oficina y me voy al trabajo.

—No hace falta que vengas conmigo, Christopher. Hank ya no es un problema. —De hecho, era un absoluto cobarde.

—Conozco a Cal. Se cabreará si te dejo volver sola.

—Los dos tenéis que aceptar el hecho de que ahora estoy completamente a salvo. Vamos a volver a la normalidad.

—Christopher y yo salimos del delicatessen y pusimos rumbo a mi edificio, que estaba a unas manzanas de distancia—. Además, mi edificio ni siquiera te pilla de camino.

—Me viene bien hacer ejercicio. —Caminaba con las manos en los bolsillos del pantalón.

—Pero aun así no quiero que las cosas sean así. No recuerdo la última vez que estuve sola, sola de verdad.

—A nadie le gusta estar solo, así que considérate afortunada.

Me acompañó hasta que llegamos al exterior de mi edificio.

Alzó la vista hacia los enormes ventanales y levantó la mano para chocarme los cinco.

—Luego nos vemos, hermanita.

Sonreí y choqué la palma contra la suya.

—Buena suerte con las chicas.

—No me hace falta suerte. —Movi6 las cejas de arriba abajo—.

Pero gracias.

Capítulo 14

Calloway

INTENTÉ OLVIDAR AQUELLA TERRIBLE NOCHE Y SEGUIR
ADELANTE CON MI

vida.

Seguir adelante con Rome.

Me reconcilié con el hecho de que nada cambiaría. Ella no iba a a cambiar su decisión, a pesar de lo ridícula que era, y yo tenía que aceptarlo. Pese a lo decepcionado que me sentía, sabía que tenía que lograr que aquello saliera bien, porque sería mucho más infeliz si la perdía.

Ya había pasado por eso.

Acabé de trabajar y atravesé el pasillo hasta entrar en su

oficina. Rome estaba sentada tras la mesa de su ordenador con una postura perfecta y tan fresca como estaba cuando había llegado aquella mañana. Le apasionaban tanto sus proyectos que no parecía agotarse nunca.

No se fijó en que había llegado porque estaba escribiendo un correo en el ordenador. Se hallaba tan absorta en lo que estaba haciendo que no se dio cuenta de que yo merodeaba en el umbral de la puerta.

Dejé que acabara antes de anunciar mi presencia.

—¿Estás lista para marcharnos, cariño?

Casi saltó de la silla al darse cuenta de que estaba allí.

—Ostras, ¿cuánto tiempo llevas ahí de pie?

—Unos minutos, pero no te sientas mal. He disfrutado de las vistas.

Su boca esgrimió de inmediato una cálida sonrisa mientras apagaba el ordenador y cogía el bolso.

—De mí sentada sobre mi culo.

—Cualquier vista de ese culo es buena.

Se reunió conmigo en la puerta y, para mi sorpresa, se puso de puntillas y me besó en los labios. Nunca me demostraba afecto

en la oficina, pero debía de estar haciendo una excepción porque la mayoría del personal ya había terminado la jornada. O eso, o estaba tan guapo que le dio igual.

Esperaba que fuera lo segundo.

Salimos juntos de la oficina y nos subimos al ascensor para ir a la planta baja. Mi mano buscó la suya y entrelacé nuestros dedos, sin importarme que los chicos de seguridad nos pudieran ver juntos. Los dos estábamos fuera del horario de trabajo, así que no deberían importar las muestras de afecto. Además, el jefe era yo, así que sin duda daría igual.

—¿Quieres ir a ver a mi madre hoy? —La veíamos casi todos los días. A veces era para cenar temprano o más tarde, antes de que se fuera a dormir.

—Sí. ¿Va a venir Jackson?

Yo estaba bastante seguro de que eso no ocurriría nunca.

—No creo que Jackson nos acompañe.

—Entonces tienes que obligarlo a venir.

—Es imposible obligar a los hermanos Owens a hacer nada.

—Eso ya lo veremos. —Extendió la mano abierta y me pidió el teléfono sin mediar palabra.

Me lo saqué del bolsillo y lo dejé caer en su mano.

Buscó entre mis contactos y lo llamó en cuanto estuvimos sentados en la parte trasera del coche.

—Hola —dijo Jackson al teléfono—. ¿Ya te has cansado del mismo sabor?

Yo sabía exactamente a qué se refería, y estaba convencido de que Rome también.

Si lo entendió, no lo dejó ver.

—Soy Rome, no Cal.

—Ah... ¿Qué pasa? —Se sintió incómodo de inmediato, probablemente porque sabía para qué lo estaba llamando, antes incluso de que ella dijera nada.

—Vamos a ver a tu madre, y tú vas a venir con nosotros.

—Estoy ocupado —ladró. Lo pude oír desde mi asiento al lado de la ventana.

—Pues deja de estar ocupado —contraatacó Rome—. Vamos a parar en el Ruin y más te vale que salgas.

—¿O qué? —preguntó él con una carcajada.

—Pues que entraré ahí dentro y te sacaré a patadas. —Los ojos de Rome se pusieron de ese sensual color verde del que se ponían

cuando estaba insolente.

Ahora me moría de ganas de follármela.

Jackson no cometió el error de desafiarla.

—Madre mía, vale. Estaré fuera en diez minutos.

—Que sean nueve. —Colgó y me devolvió el teléfono.

Tenía el pene duro en los pantalones del traje y estaba ansioso por liberarse de su jaula. Por extraño que pareciera, me gustaba ser el que estaba al mando, regañar a la gente y ser un capullo, pero cuando ella llevaba la batuta e imponía sus exigencias, me ponía mucho. Todavía no había adivinado por qué.

El chófer puso rumbo al Ruin y levantó la ventanilla entre nosotros. Las ventanas posteriores estaban tintadas, así que teníamos toda la privacidad que necesitábamos. Yo estaba impaciente por hundir mi erección en ella, mi versión dominante había salido a la luz cuando no esperaba que lo hiciera. Me desabroché los pantalones y me saqué la erección.

—Chúpamela. Ahora.

Abrió los ojos imperceptiblemente al oír la orden.

En lugar de echarme atrás, me mantuve en mis trece. Me masajeeé el sexo con la mano, pasando el pulgar por la punta,

donde se había formado una pequeña gota.

Presenciar cómo me tocaba debió de excitarla, porque se recogió el pelo sobre un hombro y se inclinó sobre mí en el asiento trasero. Me agarró la base y me envolvió el miembro con los labios, tomándome justo como a mí me gustaba.

Yo me recosté y vi cómo mi mano se hundía en su cabello y lo sostenía en un puño para que no le cayera en la cara.

—Tenemos unos seis minutos. Que sea rápido. —Le guie la cabeza de arriba abajo, haciendo que se moviera por mi erección de la forma en que más me gustaba.

Rome hizo lo que le pedía, bajando por mi erección rápidamente y sin perder tiempo. Me masturbaba con la mano al mismo tiempo, haciéndome una paja rápida que tendría un satisfactorio clímax al final.

Yo le subí el vestido de un tirón y le agarré el trasero con mi mano libre, adorando la curva respingona de sus nalgas. Le di un suave azote, sin poder controlar mis instintos.

Ella no interrumpió lo que estaba haciendo. De hecho, se movió más rápido. Me goteaba saliva por el pene hasta los testículos y ella hacía leves sonidos de arcadas cuando se metía

mi erección demasiado al fondo por aquella minúscula boca. Se obligó a abrir la mandíbula para no golpearme con los dientes. Para tener tan poca experiencia, se le daba de maravilla chuparla. Cuando pasó a la parte superior del glande, succionó con fuerza, llevándose todo el líquido preseminal de la punta a su lengua y después volvió a metérsela entera. Sin necesidad de meter las manos entre sus piernas, yo sabía que estaba húmeda. Sabíamos que estábamos a poca distancia del Ruin, pero de todas formas ya no aguantaría mucho más. Le pasé la mano por el culo y por la pronunciada curva de la espalda, sintiendo un calor abrasador en el fondo de la entrepierna.

—Más rápido.

Rome estiró el cuello y se movió de arriba abajo más rápido, mientras algunos mechones de pelo le caían hacia la cara. Respiró por la nariz y aplanó la lengua, chupándomela de forma exquisita y brusca.

Estaba a punto de correrme. Lo sentía desde dentro de los huesos.

—Ya llega, cariño.

Se la metió más al fondo de la garganta, a pesar de que eso

hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas.

Aquella era mi mujer. Quería dármelo todo, sin importar lo incómodo que le resultara.

Me masajeó los testículos mientras seguía tomándome con la boca, deseando mi semen tan desesperadamente como yo quería dárselo.

Sabía que el final estaba ahí. Me abrasaba de dentro afuera con su poder. La sostuve por la nuca y la deslicé a lo largo de mi erección justo del modo en que yo quería. Cuando el miembro se volvió grueso y me corrí, se lo metí hasta el fondo de la boca para que le llegara hasta la última gota a la garganta.

—Joder, sí... —Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos, disfrutando de su boca húmeda todavía alrededor de mi sexo.

Rome lo aceptó todo sin atragantarse, devorando mi corrida como una profesional. Nunca se quejaba de mi tamaño, ni de la cantidad de semilla que derramaba dentro de ella. Ella lo hacía lo mejor que podía porque yo siempre hacía lo mismo por ella.

Se sacó el pene de la boca y se lamió los labios. Unos hilos de saliva se extendían desde su labio hasta la barbilla, así que cogió un pañuelo y se limpió. La parte trasera del coche olió de

inmediato a una mezcla de semen y saliva, pero daba lo mismo porque era mi puto coche.

Me limpié y volví a ponerme los bóxers y los pantalones.

Rome se sentó a mi lado y cruzó las piernas como si no hubiera pasado nada. Volvió a parecer una mujer elegante, serena y refinada.

No cabía duda de que era la reina de las mamadas.

El coche se detuvo y, cuando miré por la ventana, me di cuenta de que estábamos delante del Ruin.

—Justo a tiempo.

Se arregló el pelo y me dirigió una mirada seductora.

—Hago bien mi trabajo.

Me reí y la atraje hacia mí para besarla. La necesidad de afecto me abrumaba, y tiré de ella hasta pegarla a mi lado para poder darle mimos. Los momentos así hacían que me diera cuenta de que no conseguir lo que yo quería no era lo peor del mundo.

Aunque no era una sumisa, siempre hacía un esfuerzo adicional por complacerme. Era preciosa, absolutamente maravillosa. No podía fustigarla ni suspenderla del techo, pero conseguía ventajas igual de buenas de nuestra relación. Sin duda, era la

mujer más sexi con la que había estado nunca. Hasta cuando no estábamos follando, me gustaba estar cerca de ella. Nunca me había sentido así por ninguna otra mujer.

Pasamos al interior y entramos en la oficina en la que probablemente se estaba escondiendo Jackson. En lugar de llamar, entramos directamente y lo vimos sentado a la mesa. Suspiró al vernos.

—¿Me estáis secuestrando?

—Sí. —Rome dio un paso adelante, con las manos en la

caderas—. ¿Vamos a hacerlo por la vía fácil o por la difícil?

—Depende —respondió Jackson—. ¿La vía difícil implica que me toques? —Sonrió como un capullo arrogante.

Le dirigí una advertencia sólo con la mirada.

—En realidad, sí. —Rome se acercó a la mesa—. Implica que mi pie acabe contra tu polla.

—O sea que... ¿vas a hacerme una paja con los pies?

—preguntó esperanzado.

—Jackson. —Le dirigí una segunda advertencia. Él sabía lo que ocurriría si tenía que avisarlo de nuevo.

—Sois unos sosos los dos. —Puso los ojos en blanco y se levantó de un salto de la silla de cuero—. Vale, da igual. Vamos a acabar con esto de una vez.

JACKSON NOS SEGUÍA por detrás y prácticamente iba arrastrando los pies por el suelo. Iba a la zaga mientras nosotros avanzábamos por la residencia de cuidados intensivos hasta la habitación de mi madre. Saludamos a la enfermera y pasamos al interior. Las puertas acristaladas que daban a la terraza estaban completamente abiertas, y mi madre estaba sentada en el sillón con la labor de punto en la mesa que tenía delante.

Jackson se quedó parado en medio de la habitación, sus pies inmóviles de repente. Miró fijamente la parte posterior de la cabeza de nuestra madre con una expresión reticente en el rostro. Parecía congelado, incluso asustado.

Nunca le había visto poner una cara así.

Jackson continuó mirándola, observando cómo sus manos trabajaban sobre la tela de la bufanda que estaba tejiendo. De repente parecía un niño pequeño de nuevo, un muchacho que anhelaba estar entre los brazos protectores de su madre.

Rome fue la primera en avanzar y saludó a mi madre. Sus

voces suaves apenas llegaban a nuestros oídos dentro del apartamento.

Yo retrocedí hasta Jackson y me quedé a su lado.

—Puedes hacerlo, tío.

—No la veo desde hace... años.

—Ya lo sé. —Jackson era una de las pocas personas del mundo con las que podía bajar la guardia. Decía un montón de estupideces para mosquearme, y hacía cosas incluso más estúpidas aún para que me enfadara, pero nada de eso importaba porque seguía siendo mi hermano—. Irá todo bien. No tienes que decir nada.

—No estoy seguro de que pudiera aunque quisiera...

Quería decirle que se hacía más fácil con el paso del tiempo, pero no era así. Ver a mi madre tan débil y desvalida siempre era descorazonador. Antes era fuerte, el tipo de mujer que no pasaba ni una. Pasaba el tiempo trabajando en el jardín, manchándose las manos con la tierra, y la casa estaba siempre impoluta. Si llegaba a casa del colegio y metía barro en la casa, me hacía fregar y pasar la aspiradora por toda la casa para darme una lección. En aquella época me parecía muy autoritaria, pero ahora

entendía que ella me había convertido en un hombre fuerte en vez de en un capullo arrogante.

—Todo irá bien. Es muy fácil hablar con ella.

—¿Sí?

Asentí y le di una palmadita en la espalda.

—Vamos.

Yo fui el siguiente en salir al balcón, y vi a Rome y a mi madre hablar de las nuevas flores que acababan de plantar en el jardín, al otro lado del balcón. Yo llevaba el libro bajo el brazo y la saludé con una sonrisa.

—Tú debes de ser Laura. Soy Calloway. —Extendí la mano.

Ella la miró antes de estrechármela.

Era raro estrecharle la mano a mi madre. Era algo que nunca se volvía más fácil.

—Eres un joven muy guapo. —Normalmente soltaba aquello en algún punto de la conversación.

—Gracias. Tú también eres muy guapa.

Ella sonrió de inmediato al oír el cumplido.

—Es muy bonito por tu parte decir eso.

Me hice a un lado para que Jackson pudiera saludarla.

Él se acercó más y la miró inexpresivamente, sin hallar palabras ahora que estaba cara a cara con nuestra madre. Habían pasado al menos cinco años desde la última vez que le había visto la cara.

Nuestra madre lo observó con la mirada perdida, claramente incómoda por el extraño modo en que él la miraba.

De repente, Jackson se arrodilló y la abrazó. La rodeó con sus grandes brazos y la estrechó.

—Yo soy Jackson...

Mi expresión se ablandó al ver a Jackson mostrando sus emociones. Actuaba como un tipo duro todo el tiempo, pero era sólo un hombre bajo ese caparazón exterior.

Ella le devolvió el abrazo y una ligera sonrisa se le dibujó en los labios.

—Eres un joven muy cariñoso. Es un placer conocerte.

Rome parpadeó rápidamente para deshacerse de las lágrimas.

Jackson finalmente se apartó, con un aspecto tan fantasmal como el que tenía antes.

—Gracias... —Volvió a ponerse de pie y se quedó a mi lado, como si no supiera qué más hacer.

Tomamos asiento en los sillones, observando a mi madre, que tenía la bufanda a medio tejer sobre el regazo. El pelo, corto y rizado, le enmarcaba el rostro. Llevaba una blusa azul con cuello y un collar de oro blanco en la garganta. Tenía los ojos vivos y llenos de brillo ahora que tenía acompañantes con quienes compartir la tarde. Veía en ella muchos de mis propios rasgos, los ojos y la estructura de la cara. Había heredado la robusta masculinidad de mi padre, al igual que Jackson, pero las pocas expresiones suaves que tenía procedían de ella.

—Habíamos pensado que podíamos leerte un poco hoy. ¿Qué te parece la idea?

—Es un detalle, pero no, gracias. Preferiría disfrutar de una conversación con vosotros. —La forma en que mi madre reaccionaba con nosotros siempre era diferente, y eso nos resultaba interesante tanto a Rome como a mí. A veces no estaba de humor para hablar y lo único que quería era escuchar una buena historia, y otras veces quería charlar. Sus estados de ánimo no se podían vincular a ningún suceso específico. Simplemente, se sentía así cuando se levantaba a primera hora de la mañana.

Nos observó a Jackson y a mí, pasando la mirada de uno a otro.

—¿Sois hermanos? Tenéis los mismos ojos...

Jackson seguía incapacitado. No lograba formular palabras y no abrió la boca para hablar.

Así que di yo la respuesta.

—Sí, somos hermanos. Yo soy el mayor.

—Qué bonito —dijo ella—. ¿Y estáis unidos?

Esa era una respuesta complicada.

—Nos vemos con bastante frecuencia. —No era exactamente que saliésemos juntos de cañas, pero sí estábamos bastante metidos en los asuntos del otro.

Asintió.

—Eso es encantador. —Se giró hacia Rome—. ¿Tú estás saliendo con alguno de los dos?

Rome puso la mano sobre la mía.

—Calloway y yo llevamos saliendo casi un año.

Guau. No podía creer que hubiera pasado tanto tiempo.

—Sí.

—¿Tú tienes novia? —le preguntó mamá a Jackson.

—Eh... —A Jackson le costó responder a la pregunta, aunque el interés de ella parecía inofensivo—. No, no tengo novia.

—Tómate tu tiempo —dijo mamá—. Tienes que encontrar a una chica simpática con la que sentar cabeza. Es mejor esperar a que aparezca una mujer verdaderamente fantástica que acabar con alguien mediocre. Vosotros dos sois demasiado guapos para estar con alguien corriente.

Mi madre seguía dándome consejos hasta sin darse cuenta.

—Sigue esperando, Jackson —continuó—. Estoy segura de que hay otra Rome ahí fuera para ti.

Rome sonrió por el cumplido.

Jackson aún parecía mareado.

Le di un codazo en el costado, animándolo a hablar con ella como si fuera una persona normal.

Jackson se aclaró la garganta.

—Bueno... ¿qué es eso que estás haciendo?

—Una bufanda. —Sostuvo en alto la prenda que estaba tejiendo. Sólo había hecho la mitad, pero era una mezcla de colores bonita, perfecta para la época de primavera—. No estoy segura de que me la vaya a poner alguna vez, pero me pareció que

sería bonita.

—Sí... —Jackson se aclaró la garganta—. Es bonita.

Yo sabía que no podía presionar demasiado a Jackson. No se le daba bien hacer frente a sus emociones. A mí no se me daba mucho mejor, pero podía manejar las situaciones difíciles con un poco más de soltura.

—A lo mejor te la puedes poner con un vestido o algo así.

—Eso es justo lo que estaba pensando. —Mi madre miró a Rome antes de retomar su labor—. Pero creo que a Rome le quedaría mucho mejor. Deja que la acabe y podrás llevártela cuando te vayas.

—Oh... —Rome hizo un gesto al oír la oferta—. Muchas gracias... es un detalle.

—Una bufanda bonita para una chica bonita —dijo mamá—. Es perfecto.

Rome sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

Aunque mi madre no sabía quiénes éramos, nos trataba exactamente como lo haría si supiera que Jackson y yo éramos sus hijos. Mi madre era de ese tipo de personas, siempre hacía que todo el mundo se sintiera como parte de la familia. Mi padre

había sido un cabrón con ella, y yo me alegraba de que no se acordara de él.

Jackson debió de pensar lo mismo, porque de repente se disculpó para usar el cuarto de baño.

—Ahora vuelvo...

Salió del balcón y volvió al interior.

Rome miró como se iba, con una expresión compasiva en la cara.

Yo decidí seguirlo, sabiendo que necesitaba algo de consuelo en ese duro momento. Rome entabló una conversación con mi madre, así que yo me escabullí sin que se percatara. Entré y fui hasta el vestíbulo, donde Jackson se había sentado en uno de los cómodos sofás.

Me senté a su lado, casi rozándole la rodilla con la mía.

Jackson tenía la mirada fija en el suelo.

—Lo siento, es que... No sé.

—Lo entiendo, tío.

—Es exactamente la misma, ¿sabes? Sólo que no recuerda las cosas.

—Sí, su personalidad no ha cambiado.

—Siento que estoy hablando con mi madre, pero ella no sabe que soy su hijo... Pero yo me siento su hijo.

Asentí.

—Entiendo lo que quieres decir.

—Me hace feliz, pero también me entristece.

Esas eran exactamente las emociones que yo sentía todas y cada una de las veces que iba a visitarla.

—Me gustaría decirte que se hace más fácil, pero no es verdad.

Supongo que yo ya me he insensibilizado un poco ahora que vengo a verla con más frecuencia, pero de todas formas no es fácil verla así. Pero sabes que si la situación fuera al contrario, ella nos visitaría todos los días.

Jackson mostró su acuerdo asintiendo con la cabeza.

—Sí... Ahora me siento culpable.

Debería haber ido conmigo a visitarla durante todo ese tiempo, pero ciertamente no pensaba mal de él por no haberlo hecho.

—No te sientas culpable. Sé que tu ausencia no se debía a la indiferencia, sino al dolor.

Finalmente apartó la mirada del suelo y miró hacia adelante.

—Rome es buena con ella.

—Rome tiene un efecto especial en las personas. —Había usado su magia la primera vez que había puesto los ojos en ella. Después de todo aquel tiempo, seguía igual de obsesionado que entonces—. Mamá nunca se acuerda de ella, pero cae rendida a sus pies cada vez que viene de visita.

—Sí, ya entiendo por qué te has enamorado de ella.

No corroboré su afirmación, pero tampoco la contradije. El amor era una emoción complicada, demasiado pura para que yo la sintiera. Mi padre afirmaba que amaba a mi madre y después se había convertido en una auténtica pesadilla.

—Supongo que ya puedo volver ahí dentro. Sólo necesitaba un momento para calmarme. Esto es mucho más difícil de lo que yo esperaba.

—Sólo recuerda que mamá está en un lugar muy bueno. En esta residencia cuidan bien de ella, cocinan para ella, se ocupan de sus medicamentos. Y está en buena forma. Se arregla el pelo igual que lo hacía antes, lleva ropa bonita... Es la misma.

—Sí, ya lo sé.

Le di una palmada en el hombro.

—Vamos adentro. Las horas de visita se acaban en una hora más o menos.

—Vale. —Se tomó un momento para recobrar la compostura antes de levantarse, alzándose cuan alto era. Era casi de la misma estatura que yo, sólo nos llevábamos un par de centímetros—.

Adelante.

POR FIN LLEGAMOS a casa y nos pusimos a cenar. Los dos estábamos famélicos después de haber pasado toda la tarde con mi madre sin picar nada entre medias. Cenamos en la mesa de comedor como de costumbre, pero no entablamos conversación porque los dos estábamos demasiado hambrientos para decir nada. Apuramos nuestros platos y los metimos en el lavavajillas. Dejé caer la chaqueta en el respaldo del sofá y me aflojé la corbata antes de sentarme. Normalmente me duchaba después de llegar a casa del trabajo, pero aquella noche estaba demasiado exhausto para molestarme en cumplir con mis actividades rutinarias.

Rome se sentó a mi lado y se quitó los tacones con los pies.

Siempre se daba un masaje porque los zapatos le destrozaban los

pies, pero aun así seguía poniéndoselos. Esa estupidez a veces me ponía de los nervios. El único motivo por el que no decía nada era porque estaba tremenda con aquellos tacones de aguja de trece centímetros.

—Jackson es un cielo—dijo en voz baja.

—Sí. Intenta actuar en plan machote, pero en realidad es una nenaza.

Me fulminó con la mirada porque no le gustó el comentario tan frío que hice.

—Calloway.

Cuando se ponía con aquella actitud tan seria, no podía evitar sentir respeto por ella. Nadie más me plantaba cara nunca, ni siquiera Jackson.

—Tiene un gran corazón. Intenta ocultarlo todo el tiempo, pero sin duda lo tiene.

—Sois los dos muy buenos.

Eso era discutible. Jackson y yo nos poníamos azotando a mujeres, así que no éramos exactamente unos príncipes azules.

—Creo que un hombre de verdad se deja llevar por sus emociones. Creo que un hombre de verdad debería querer a su

madre. Y creo que un hombre de verdad muestra sus sentimientos sin importarle lo que piensen los demás. Los dos sois así.

—En general, sí. —Pero los dos teníamos facetas más oscuras. Si yo pudiera matar a Hank y salir impune, lo haría. Si hubiera podido matar a mi padre antes de que tuviera la oportunidad de hacernos daño a mi madre y a mí, lo habría hecho. El hecho de que no hubiera cometido ningún pecado no significaba que no hubiera estado dispuesto a hacerlo si se me hubiera presentado la oportunidad. Trataba a Rome con respeto sólo porque ella me lo exigía, pero si fuera cualquier otra mujer, esperaría que fuera la sumisa perfecta o la dejaría—. Con algunas excepciones.

—Bueno, pues yo creo que eres el mejor hombre que he conocido jamás. —Me sostuvo la mirada mientras lo decía, mostrando su sinceridad. El afecto se reflejaba en sus ojos, aquella mirada que me dirigía innumerables veces a lo largo del día. Era la misma expresión que ponía cuando hacíamos el amor. Y sabía exactamente lo que significaba: que me quería. Me encantaba ver aquella mirada.

—Y yo creo que tú eres la mejor mujer que he conocido nunca.

—Me incliné hacia ella y le posé los labios en el cuello. En el instante en que mi boca le rozó la piel, el cuerpo se me exaltó de calor. Me abrasó los labios e hizo que mi boca deseara más.

El cuerpo de Rome reaccionó al mío y sus manos me tocaron por todas partes, subiendo por mis brazos hasta que llegó a los botones de la camisa. Los abrió todos, desabrochándolos hasta que la camisa quedó suelta.

—Hazme el amor... —Movié los labios junto a mi oreja, y su voz era profunda y seductora.

Nunca tenía que pedirme tal cosa, pero me encantaba oír su petición de todas formas. Quería que mi mujer me deseara tanto como yo la deseaba a ella. Quería darle exactamente lo que ella quería recibir.

La llevé hacia los cojines del sofá y la preparé debajo de mí, sin molestarme siquiera en quitarme toda la ropa antes de penetrarla. Tenía los pantalones y los bóxers por debajo del trasero, y aún llevaba puestos los zapatos. Ella tenía las bragas hacia un lado porque no había tiempo para quitárselas.

Me introduje en su interior, y entonces se estableció la conexión. Aquella deliciosa alineación de nuestros latidos, las

profundas respiraciones que compartíamos y la emoción que ninguno de los dos podía contener corrían desbocadas por nuestros cuerpos.

Ahora sólo podía pensar en ella.

Y ella sólo podía pensar en mí.

Capítulo 15

Calloway

JACKSON ME LLAMÓ AL TRABAJO A FINALES DE SEMANA. DI POR HECHO QUE

quería decirme que visitaría a nuestra madre con más frecuencia, pero la conversación no tomó esos derroteros.

—¿Crees que podrías venir por aquí y echarme una mano con unas cosas?

Yo no quería volver a llevar a Rome allí. Hasta cuando habíamos ido a sacar a Jackson de allí, había sido incómodo. No había forma de que pudiéramos volver a poner un pie allí dentro sin pensar en lo que había ocurrido en la sala de juegos.

—¿Podemos ocuparnos de esto ahora, por teléfono?

—¿Se supone que quieres que te lea todo esto? —preguntó incrédulo—. No, tengo cosas más importantes que hacer.

Puse los ojos en blanco porque sabía que ya estábamos de

vuelta al principio. Él iba a actuar como si la conversación que habíamos tenido sobre nuestra madre nunca hubiera tenido lugar.

—¿Cuánto tiempo tardaremos? ¿Puedo dejar a Rome en el coche?

—Llévatela a casa. ¿Me estás diciendo que no puede estar sola ni treinta minutos?

No me gustaba que estuviera sola ni un solo minuto.

—Está claro que Hank ya no es un problema. Has acojonado a ese cabrón para siempre. Así que déjala en casa y pásate por aquí, ¿vale?

—Está bien.

Jackson colgó sin despedirse.

Me hubiera gustado decir que me sorprendía, pero no era así.

Sólo iba a ir allí porque estaba vinculado al Ruin. A pesar de que yo ya no lo dirigía, seguía importándome. Quería que estuviera en buenas manos. Aquel lugar había sido un hogar para mí durante mucho tiempo, había hecho muchos amigos y había conocido a muchas sumisas. Sin duda ocupaba un lugar en mi corazón, por extraño que aquello sonara. Si Jackson necesitara

ayuda con un tema completamente diferente, le habría colgado el teléfono mucho antes.

Acabé la jornada de trabajo y recogí a Rome en su oficina.

Logramos llegar al ascensor sin tocarnos, pero una vez que las puertas estuvieron cerradas, le sostuve la cara con las manos y le di un beso en los labios. Había una cámara en el rincón, pero eso no me impidió hacer lo que quería.

La oprimí contra la pared posterior mientras la besaba; nuestros cuerpos iban descendiendo lentamente hasta la planta baja del edificio. Rome no me dijo que me apartara. Me besó con la misma pasión lenta, dándome besos intencionados que eran auténticamente sensuales. Deseé poder pasarme por su oficina siempre que quisiera, sólo para darle un beso, para no tener que conformarme con que nos liáramos en el ascensor.

Cuando llegamos a la planta baja, las puertas se abrieron y nos montamos en el coche.

—Voy a ir al Ruin durante unos treinta minutos —proclamé una vez que ya estábamos en el asiento trasero—. Tom te dejará en casa y después vendrá a recogerme. —Ya íbamos de camino al Ruin, avanzando en dirección opuesta a mi casa.

A Rome no pareció preocuparle.

—Vale. Empezaré a preparar la cena.

A pesar de que no hizo ninguna pregunta, yo le di explicaciones.

—Jackson me ha dicho que quería que le ayudara con unas cosas.

—Eres la mejor persona a la que pedírselo. Has dirigido ese lugar durante años.

No estaba seguro de si esperaba que ella se opusiera a mi decisión, pero en cualquier caso su reacción me sorprendió.

—¿Estarás bien en casa tú sola?

Tuvo el descaro de poner los ojos en blanco.

—Calloway, no estoy asustada ni lo más mínimo. Estaré absolutamente bien.

La temeridad de Rome era lo que me había atraído de ella desde el principio. Cuando Hank la había agredido, ella había peleado y se había escapado, varias veces. No se daba la vuelta y se hacía la muerta. Tenía un fuego que no se podía extinguir ni con una manguera antiincendios.

—Vale.

Tom se paró ante el club y esperó a que yo bajara. Me giré hacia ella.

—Ahora te veo, cariño.

—Vale. —Se inclinó sobre el asiento y me dio un beso en la boca.

En cuanto sentí sus labios, quise irme a casa.

—No me provoques, ¿vale?

—Si quisiera provocarte, haría esto... —Tiró de la pechera del vestido hacia abajo, dejando al descubierto sus pechos respingones.

Mi rostro se endureció de frustración y de excitación.

—No te preocupes. —Se echó hacia atrás y cruzó las piernas—.

Estarán listas para ti cuando vuelvas.

—Más te vale. —Salí y cerré la puerta a mis espaldas. El portero se hizo a un lado de inmediato y me dejó entrar con un solo asentimiento a modo de saludo. Me abotoné la parte delantera del traje mientras me introducía en la oscuridad.

Aunque aún era pronto aquella tarde, ya había gente bailando bajo la luz oscura. La música tronaba a través de los altavoces y me sumergía en el mundo en el que había nacido.

Caminé hasta la oficina y recé para no encontrarme con Isabella de camino. No la había visto desde que se había pasado por mi oficina alrededor de un mes antes. Me avergonzaba admitir que me había tentado, no porque la echara de menos ni la deseara, sino porque yo quería tener esa relación con Rome. Golpeé la puerta con los nudillos antes de entrar.

—¿Por dónde empezamos?

Jackson se levantó del escritorio y salió al pasillo.

—Sígueme.

Cruzamos el puente que tenía vistas a la primera planta y nos dirigimos al otro lado del Ruin, donde se encontraban las salas de juegos. Jackson sacó su tarjeta de acceso y entró en una de las salas reservadas para nosotros o para los clientes VIP.

—¿De qué va todo esto? —pregunté, intentando no llegar a una conclusión precipitada.

—Ya lo verás. —Abrió la puerta y entró en la sala oscura.

Yo lo seguí y esperé a que las luces se encendieran.

Jackson pulsó el interruptor y apretó el cuerpo contra la puerta, como si estuviera bloqueándola.

Aquello no me gustaba ni un pelo.

—¿Qué estás haciendo?

Cruzó los brazos sobre el pecho e hizo un gesto con la cabeza hacia el centro de la habitación.

Isabella estaba sentada de rodillas, vestida con un top y unos pantalones de cuero y con zapatos de tacón negros en los pies.

Tenía el pelo recogido en una trenza sobre el hombro, justo como a mí me gustaba. Como si el tiempo hubiera retrocedido, estaba preparada para mí.

Me giré hacia Jackson y prácticamente gruñí.

—¿Qué cojones es esto, Jackson?

—Sólo escúchame antes de perder la cabeza. —Levantó una mano, como si eso pudiera pararme—. Deja que el dominante salga de vez en cuando. Si lo encierras durante demasiado tiempo, al final pasará algo malo. Créeme.

—Apártate de la puerta o te quitaré yo.

Jackson se mantuvo firme, a pesar de que sabía que podía darle una paliza.

—No tiene nada de malo. Sé quien tú eres y luego vete a casa con Rome.

—¿Qué coño te pasa? —le espeté—. Creía que Rome te caía

bien.

—Me cae bien, muy bien —contraatacó—. Y por eso necesitas hacer esto. Si no equilibras tus necesidades, las cosas nunca saldrán bien entre vosotros. Puedes ser un buen novio para ella la mayoría del tiempo, pero no todo el tiempo. Has hecho todo lo que puedes para hacer que Rome ceda, pero ella no se compromete. Si ella no quiere tener nada que ver con este estilo de vida, pues vale, pero más le vale esperarse que tú lo busques en otra parte.

No estaba seguro de qué hizo que me mordiera la lengua. Le clavé la mirada a mi hermano antes de observar a Isabella, que estaba de rodillas con la vista apartada, como la sumisa perfecta que era.

Las manos se me cerraron en puños.

Los nudillos se me pusieron blancos.

La respiración se me volvió agitada.

Como un niño al que hubieran tentado con dulces, me costaba resistirme.

—Nada de sexo. —Jackson se apartó de la puerta cuando se dio cuenta de que los engranajes de mi mente estaban girando—.

Nada de tocarse. Pero podrás ser quien eres de verdad. Estoy haciendo esto porque soy tu hermano. Rome es genial, de verdad, pero necesitas más que eso. Si no vas a renunciar a ella, al menos esto te hará feliz... a largo plazo.

Quería decir que no y marcharme. No había ningún obstáculo en la puerta, así que lo único que tenía que hacer era marcharme. Aunque Jackson estuviera en medio, podría empujarlo hacia un lado. El único motivo por el que seguía en aquella habitación era porque quería estar allí.

Y yo lo sabía.

Jackson me miró atentamente, sabiendo que el demonio que había dentro de mí estaba asomando los cuernos y cobrando vida.

—No vas a hacer nada mal. Puedes decirle a Rome que vas a venir al Ruin a ayudarme con algunas cosas de vez en cuando. No es totalmente mentira... en cierto modo. —Vino a mi lado y miró a Isabella—. Sabes que es la sumisa perfecta. Quiere que la castiguen. Quiere que le des órdenes. Tú lo deseas... Ella lo desea. Haz lo que te hace sentir bien, ¿sabes? —Como si fuera el diablo, Jackson descansaba sobre mi hombro y me susurraba cosas

terribles al oído. Intentaba manipularme con su persuasión, comprendiéndome mejor que casi ninguna persona del mundo.

—No es infidelidad, Calloway.

Pero tampoco estaba bien.

Las manos no dejaban de temblarme.

No estaba excitado, pero aún estaba encendido. Sentía el calor extendiéndose por todo mi cuerpo, la necesidad frustrada arrasaba conmigo como una ola. Rome lo era todo para mí, pero mentiría si dijera que no necesitaba más.

Necesitaba más.

Jackson esperó a que hiciera algo, a que tomara una decisión.

Cuando se cansó de esperar, fue a la repisa de látigos y flageladores y buscó entre el inventario hasta encontrar un látigo de color gris apagado que estaba a la derecha del todo. Lo cogió y examinó la textura del cuero en la mano, palpando el material con las puntas de los dedos.

Clavó los ojos en los míos antes de volver hacia mí con el látigo aferrado en la mano. Se detuvo delante de mí y me lo tendió ofreciéndomelo.

Observé el látigo sin cogerlo, sintiendo que las manos me

temblaban de la adrenalina. Ver aquel látigo ponía a prueba mi determinación. Quería fustigar a Isabella con fuerza, resarcirme por los meses que no había hecho nada más que vainilla. Mi respiración se tornó más errática, el monstruo carnal que tenía dentro tomaba el control del hombre que yacía debajo.

Jackson me cogió la mano y me puso el látigo entre las puntas de los dedos.

Cuando sentí el cuero, supe que estaba perdido.

Lo apreté de inmediato, haciendo que los nudillos se me pusieran blancos. Mi respiración era temblorosa y el pecho me dolía cuando el aire salía de mis pulmones. El sudor que se me formó en la cara y en el cuello de repente me parecía abrumador. Quería el control, lo ansiaba con todo mi ser. Quería castigar a Isabella por todas las cosas que Rome no me dejaba hacerle. Me desintegré, introduciéndome en un nuevo mundo, un vacío que era sólo negro y lleno de pesadillas. Mi compasión y mi humildad se desvanecieron dejando paso al bastardo arrogante que estaba detrás.

Examiné el látigo que tenía en la mano y rodeé a Isabella, poniéndome detrás de ella y contemplando la piel desnuda de su

espalda. De repente la furia se apoderó de mí, recordando toda la ira que había luchado tanto por reprimir. La violencia era mi antojo, y no quería detenerme hasta conseguirla. Rome dejó de estar en mi mente a medida que la bestia fue saliendo a la luz.

—Arriba. —Hablé con más autoridad de la que había empleado en los últimos nueve meses. Sentía que estaba bien. Sentía que era real.

Isabella se puso de pie, con la vista aún en el suelo.

Jackson se apoyó contra la pared y sonrió.

Yo eché el brazo hacia atrás y descargué una fuerza abrumadora, azotándola con intensidad a lo largo de la espalda. Le golpeé la piel y se tiñó de un color rojo sangre, haciéndole suficiente daño como para que durara hasta la mañana siguiente.

Y me perdí.

Isabella gritó y gimió un instante después, sintiendo el dolor y disfrutando de él al mismo tiempo.

Finalmente me sentía yo mismo. Finalmente sentía que era

Calloway Owens: el dominante.

Me sentía vivo de verdad.

Así que volví a fustigarla con el látigo.



OBSIDIANA: LIBRO CUATRO

• ETERNIDAD •
NEGRA

JUNTOS EN LA OSCURIDAD.



VICTORIA QUINN

Otras Obras de Victoria Quinn

La historia termina en Eternidad negra.

[Pide una copia ahora.](#)

Descubre más en

www.VictoriaQuinnBooks.com

Document Outline

- [Créditos](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Otras Obras de Victoria Quinn](#)